

se

NORMAN STONE

**BREVE
HISTORIA DE
LA PRIMERA
GUERRA
MUNDIAL**



Lectulandia

La primera guerra mundial resultó un conflicto desconcertante para sus protagonistas y lo sigue siendo en buena medida para los historiadores.

Lo que debía ser un guerra con botines imperiales y enfrentamientos relámpago, se convirtió en una carnicería sin sentido, con millones de hombres exterminados mediante una atroz mecanización bélica.

La mayoría de los estados implicados acabaron arruinados, e incluso los nominalmente ganadores se vieron irreparablemente afectados.

El botín se demostró infame y el recuento final de víctimas terrible, aun en comparación con las cifras de veinte años después.

Este magnífico libro propone una concisa, clara y audaz aproximación a un acontecimiento histórico esencial para entender el siglo xx.

Lectulandia

Norman Stone

Breve historia de la primera guerra mundial

ePub r1.0

Titivillus 02.02.18

Título original: *World War One: A Short History*

Norman Stone, 2013

Traducción: Ferran Esteve

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

En 1900, Occidente, o más exactamente la región noroccidental de Europa, parecía tenerlo todo de su parte, como si hubiera descubierto la fórmula para acabar con la Historia. Las maravillas tecnológicas se sucedían y la generación de mediados del siglo XIX, a la que pertenecían la mayoría de generales que lucharon en la primera guerra mundial, vivió el mayor «salto cuántico» de la historia: dieron sus primeros pasos entre caballos y carromatos y acabaron, allá por 1900, rodeados por teléfonos, aviones y automóviles. Otras civilizaciones se encontraban en un callejón sin salida, y buena parte del planeta estaba sometido a imperios occidentales. China, el más antiguo de todos, empezaba a venirse abajo y en la India británica, alguien con tantas luces como el virrey lord Curzon proclamó en 1904 que los británicos debían gobernar como si fueran a permanecer ahí «para siempre».

Existe un famoso libro alemán titulado *Krieg der Illusionen* [Guerra de ilusiones]; la ilusión imperial era una de tantas. En el plazo de diez años, una gran parte del Imperio británico se convirtió en millones de acres de tierras arruinadas. Algunos de aquellos territorios eran ingobernables; otros no se merecían siquiera emprender semejante esfuerzo. Treinta años más tarde, los británicos abandonaron también la India y Palestina.

Todos los gobiernos que declararon la guerra estaban convencidos de que actuaban en defensa de los intereses nacionales. Sin embargo, lo que realmente ocupaba sus pensamientos era la idea imperial. En 1914, el último de los grandes imperios no europeos, la Turquía otomana, que, en teoría (muy en teoría, convendría decir), iba desde Marruecos, en la costa atlántica de África, hasta el Cáucaso, pasando por Egipto, se estaba desintegrando. Ya entonces el petróleo era un recurso importante: en 1912, la marina británica se lanzó a por él, en sustitución del carbón. La importancia de los Balcanes radicaba en que se encontraban literalmente en la ruta que conducía a Constantinopla (o *Konstantiniye*, según el nombre que los otomanos le daban a la sazón). Casualidades de la vida, he escrito una parte de este libro en una habitación con vistas al Bósforo, surcado día y noche por un denso tráfico, desde petroleros hasta barcos pesqueros. Como ya sucediera en 1914, de este estrecho depende Eurasia.

Resulta irónico que la única creación duradera de los tratados de paz de posguerra, excepción hecha tal vez de Irlanda, haya sido la Turquía moderna. En 1919, las potencias intentaron dividir el país sirviéndose en parte de aliados locales, como los griegos o los armenios. En una demostración notable de épica, y para sorpresa de muchos, los turcos resistieron y recuperaron en 1923 su independencia. El proceso de modernización –u «occidentalización», como corresponde llamarlo– no ha sido sencillo, aunque no por ello menos extraordinario. El azar me trajo a esta zona en 1995, con motivo de una conferencia sobre los Balcanes, y aquí me he

quedado. Quiero agradecer el apoyo que me ha brindado el profesor Ali Dogramaci, rector de la universidad Bilkent, la primera universidad privada en lo que podríamos denominar «el espacio europeo». El éxito de esta empresa queda de manifiesto en las muchas instituciones posteriores que han copiado ese modelo. He encontrado en Turquía una gran amabilidad, y no me cuesta ver a qué se refería el viejo pachá Von der Goltz, el oficial alemán de más edad que participó en la primera guerra mundial, cuando escribió, al hablar de sus más de dos décadas de vivencias, que «ante mí se abre un nuevo horizonte, y cada día aprendo algo nuevo». Sirva el profesor Dogramaci como transmisor de la gratitud que extiendo a todo el mundo.

Algunos amigos y colegas merecen, sin embargo, ser citados por separado. Los profesores Ali Karaosmanoglu y Duygu Sezer fueron de gran ayuda desde el primer día, y no quiero pasar por alto la contribución, sobre todo, de Ayse Artun, Hasan Ali Karasar y Sean McMeekin, de Sergei Podbolotov –este último en lo tocante a las relaciones entre Rusia y Turquía–, y de Evgenia y Hasan Ünal, que me descubrieron la historia del Levante. Rupert Stone, el lector ideal, leyó el manuscrito e hizo unos comentarios de lo más pertinentes. Mis ayudantes, Cagri Kaya y Baran Turkmen, otro lector ideal, se han ocupado de las tareas administrativas, han aprendido ruso y me enseñaron a manejar las máquinas de escribir.

UNA NOTA SOBRE LOS NOMBRES PROPIOS

Autor y lectores tienen preocupaciones más importantes, en la primera guerra mundial, que la coherencia total a propósito de los nombres de unos lugares que han cambiado con frecuencia. Me he decantado por utilizar las denominaciones históricas en aquellos casos en los que no son fósiles: es mucho más lógico emplear «Caporetto» que la denominación moderna (eslovena), «Kobarid». «Constantinopla», sin embargo, es un nombre hoy ya obsoleto. He abreviado en muchos momentos «Austria-Hungría» por «Austria». Comoquiera que es imposible llegar siempre a la decisión correcta en estos aspectos, pongámonos en manos de la conveniencia.

Capítulo 1

El estallido

El primer tratado diplomático recogido por unas cámaras tuvo como escenario la ciudad de Brest-Litovsk, en la Rusia blanca, y se rubricó al amanecer del 9 de febrero de 1918. Las negociaciones previas habían sido surrealistas. Por un lado, en el vestíbulo de la casa solariega que, tiempo atrás, había sido la sede del club de oficiales rusos estaban los representantes de Alemania y de sus aliados: el príncipe Leopoldo de Baviera, cuñado del emperador austriaco y ataviado con el uniforme de mariscal de campo, diversos aristócratas centroeuropeos, recostados en actitud condescendiente y vestidos de etiqueta, un pachá turco y un coronel búlgaro; por el otro, los representantes de un nuevo Estado que, poco después, adoptaría el nombre de Federación Socialista Rusa de Repúblicas Soviéticas: un grupo de intelectuales judíos y demás personajes, como una tal *madame* Bitsenko, que recientemente había salido en libertad desde Siberia, donde había estado recluida por el asesinato de un gobernador general, un «delegado del campesinado» recogido de las calles de la capital rusa a última hora para convertirlo en un bello adorno (como es lógico, dicho sujeto bebía), y algunos rusos pertenecientes al viejo orden, como un almirante y varios miembros del Estado Mayor, cuya presencia en la delegación obedecía a que estaban familiarizados con los aspectos técnicos del fin de una guerra y de la evacuación del frente (uno de ellos destacaba por su humor negro, y escribió un diario). Ahí estaban, posando para las cámaras. Por fin había llegado la paz. Durante casi cuatro años habían librado la primera guerra mundial, que se había cobrado millones de víctimas y había destruido una civilización europea que, antes del estallido de la contienda en 1914, había sido la obra de la que el planeta estaba más orgulloso. La guerra se había llevado por delante la Rusia zarista. Los bolcheviques habían desencadenado la revolución que les permitió llegar al poder en noviembre de 1917 y habían prometido la paz. Ahora, en Brest-Litovsk, la habían conseguido, aunque al compás que marcaban los alemanes.

El redactado del tratado de Brest-Litovsk era un ejemplo de inteligencia. Los alemanes no se apoderaron de muchos territorios. En su lugar, estipularon que los pueblos de la Rusia occidental y del Cáucaso podían declarar su independencia. Todo aquello propició unas fronteras sorprendentemente similares a las de la actualidad y el nacimiento, aunque de un modo algo impreciso, de los Estados bálticos, incluida Finlandia, y de los del Cáucaso. El mayor de todos, que iba desde Europa Central hasta prácticamente el Volga, era Ucrania, con una población de cuarenta millones y tres cuartas partes de las existencias de carbón y de hierro del Imperio ruso. Con sus delegados, licenciados universitarios vestidos con unos trajes mal cortados y algún que otro banquero oportunista que no hablaba ucraniano y que, como solía decir

Flaubert de tipos como aquél, habría pagado para que alguien se lo quedara, rubricaron los alemanes el tratado que las cámaras inmortalizaron el 9 de febrero. Unos días más tarde, el 3 de marzo, hicieron lo propio con los bolcheviques. Con Ucrania, Rusia deviene una suerte de Estados Unidos; sin ella, es Canadá: un paisaje dominado por la nieve. Todos los estados que nacieron gracias al tratado de Brest-Litovsk reaparecerían tras el hundimiento de la Unión Soviética. En 1918, sin embargo, eran satélites alemanes. El duque de Urach se convirtió en el «Gran Príncipe Mindaugas II» de Lituania, y el príncipe de Hesse se preparaba para tomar las riendas de Finlandia. Hoy, Alemania sigue ostentando un papel de primer orden en esos países, pero con una gran diferencia: a la sazón, aspiraba a crear un imperio mundial; hoy, aliada al resto de países de Occidente, ha aparcado esas ambiciones y el problema estriba ahora en hacer que participe activamente en los asuntos mundiales. Hoy, la lengua franca es el inglés y no el alemán, que, en 1918, todos debían hablar. La Europa moderna es Brest-Litovsk con un rostro humano, aunque fuera necesaria una segunda guerra mundial y la ocupación angloamericana de Alemania para llegar a esta situación.

Mucho se puede decir de una Europa germana. Emergió como la principal potencia en 1871 cuando, bajo el canciller Von Bismarck, derrotó a Francia y siguió adelante con su expansión. En 1914, Berlín era la Atenas del mundo, el lugar al que ir para aprender todo lo que se creía que era importante: física, filosofía, música, ingeniería (los términos «hercio», «mach» o «diésel» son un vestigio de aquella época, y aluden a los descubrimientos sobre los que se construyó el mundo moderno). Tres de los miembros del Gabinete británico que declaró la guerra en 1914 habían estudiado en universidades alemanas —el secretario de Estado para la Guerra había sido traductor de Schopenhauer—, como también lo habían hecho muchos de los bolcheviques ruso-judíos con los que los alemanes se reunieron en Brest-Litovsk y posteriormente. La ingenuidad de los químicos y de los ingenieros alemanes no conocía límites, y las potencias centroeuropeas estuvieron a punto de ganar la guerra en las sendas montañosas del frente italiano gracias a que Ferdinand Porsche inventó un vehículo de tracción integral que permitía sortear aquellos obstáculos (antes de que aparecieran los Volkswagen y muchos otros)^[1]. En 1914, las grandes chimeneas del Ruhr y de las zonas industriales de Sajonia marcaban el ritmo, como había sucedido tiempo atrás con las de Gran Bretaña y Manchester. Incluso Churchill reconocía que Alemania libró un esfuerzo bélico espectacular y que por ello obtuvo victorias como la de la batalla de Caporetto contra los italianos en 1917 o la de la ofensiva de marzo de 1918 contra los británicos, en la que desplegaron una inteligencia que no estaba al alcance de los esforzados pero más limitados miembros del bando aliado.

La idea de una Europa alemana también tenía sentido sobre el terreno, y, una vez más, la similitud con el presente es asombrosa. ¿Por qué no un espacio económico europeo, protegido de la competencia de británicos y norteamericanos y que

incluyera el mineral de oro sueco y francés, el carbón y la industria siderúrgica alemana y cuyas ramificaciones alcanzaran el norte de África y Bagdad, donde el petróleo ya era un bien de primera importancia? En 1915, Friedrich Naumann, uno de los personajes más ilustrados de Alemania, escribió un *best seller* titulado *Mitteleuropa* en el que abogaba no tanto por un imperio alemán como por una comunidad de estados germana, en la que Berlín mostraría el camino a la miríada de pequeños estados del sudeste. Estos pueblos, el mayor de los cuales eran los polacos, habían sido absorbidos por imperios históricos como el austrohúngaro, el ruso y el otomano, y millones de polacos vivían en Alemania. En muchos de ellos surgieron movimientos nacionalistas que amenazaban la existencia misma de Austria y Turquía. A ojos de Berlín, estos pueblos no alemanes estaban, en su conjunto, saliéndose con la suya demasiado a menudo. Los austriacos invirtieron tanto dinero en un intento vano por comprar a los nacionalistas que acabaron resintiéndose económicamente los pilares del Estado, y sobre todo el ejército, cuyo presupuesto era inferior al de uno diez veces menor como el británico. Si Austria hubiera contado con un gobierno sensato y dotado de una cierta eficacia prusiana, problemas de esta índole no se habrían producido. En una *Mitteleuropa* germánica, sostenía el argumento, estos pueblos menores, y que, además, tan en deuda estaban culturalmente con Alemania, acabarían por hincar la rodilla. La alianza entre austriacos y alemanes se había iniciado en 1879. Naumann aspiraba a consolidar su capacidad económica. Otros alemanes, sin embargo, eran partidarios de adoptar un enfoque más agresivo.

La confianza de estos alemanes se vio espoleada por el *boom* industrial del país, tanto que el éxito se les subió a la cabeza. Von Bismarck había sido cauto: era consciente de que, por su situación central, una Alemania fuerte podía aglutinar a sus vecinos en su contra. La figura simbólica al frente del país era un emperador nuevo y joven, el káiser Guillermo II, que ascendió al trono en 1889. Éste se miraba en el espejo de Inglaterra, un imperio extraordinariamente rico y con una gran cantidad de posesiones en ultramar. Las instituciones inglesas, con un poderoso arraigo histórico, eran conservadoras, pero también miraban al futuro, y de la industria del país dependía buena parte del comercio mundial. Una numerosa flota garantizaba la posición global británica. ¿Qué impedía a Alemania hacerse con un imperio de ultramar semejante? Con Guillermo II, el poder alemán y la equivocada expresión del mismo se convirtieron en un problema europeo. En *el problema europeo*.

En el continente, la rivalidad con Francia no sólo era patente a raíz de la reciente gran victoria de Von Bismarck en 1871, tras la cual la nueva Alemania se anexionó las provincias orientales de Alsacia y Lorena, sino por una antiquísima historia que se remontaba al siglo XVII, cuando Francia había dominado Europa y había perpetuado la división de Alemania en estados y provincias enfrentadas entre sí. La rivalidad entre Francia y Alemania se vio acrecentada por las tensiones entre ambos países. Von Bismarck había procurado no distanciarse de Rusia, y Berlín y San Petersburgo

mantenían una relación estrecha, en parte por la solidaridad entre monarquías, en parte porque cada uno tenía bajo su mando una zona de Polonia que no resultaba fácil de gestionar. Sin embargo, a finales del siglo XIX otro factor entró en juego: la pérdida de poder del Imperio otomano. Austria, aliada de Alemania, tenía importantes intereses en los Balcanes, como también le sucedía a Rusia. Austriacos y rusos chocaron, y Von Bismarck se vio obligado a intervenir para reconducir la situación. Decepcionados por el resultado de su búsqueda de apoyo alemán, los rusos se volvieron hacia Francia, cuya economía le permitía realizar inversiones en el extranjero, toda vez que el dinero de los alemanes no salía de sus fronteras^[2]. En 1894, Francia y Rusia sellaron formalmente su alianza. La situación se complicó más si cabe cuando Alemania apostó por dominar el mundo y construyó una marina formidable.

En 1900, el mundo no europeo parecía estar desintegrándose. India y África habían pasado a manos europeas, y China y Turquía iban camino del derrumbe bajo la mirada de los alemanes, que aguardaban su turno para llevarse una parte del pastel. Pero tomaron el camino equivocado, y la generación que alcanzó la mayoría de edad allá por 1890 tiene buena parte de culpa de ello. Lo último que necesitaba Alemania era enfrentarse a Gran Bretaña, y el mayor error que cometió en el siglo XX fue construir una flota pensada para atacar las islas. Esa causa logró, en cierto sentido, reunir lo mejor de Alemania. Max Weber es uno de los sociólogos más respetados, y muchos son los campos en los que sobresale: idiomas, derecho, filosofía e incluso en las estadísticas de los campesinos polacos que compraban tierras en Prusia. En 1895, pronunció una célebre conferencia inaugural después de ser nombrado catedrático en la universidad de Friburgo. Era extraordinariamente joven para aquel puesto, pues apenas superaba la treintena. Weber, que había dimitido de la Liga Pangermanista alegando que no era lo suficientemente nacionalista, dio un discurso que hoy nos parecería una sandez, y más absurdo aún que las manifestaciones de Hitler: que en Inglaterra no había problemas sociales porque era un país rico; que era rico a causa de su imperio; que exportaba a los indeseables –irlandeses, proletarios, etc.– porque tenía un sinfín de Australias donde poder dejarlos; que aquellos territorios le proporcionaban materias primas baratas y un mercado cautivo; que aquello le permitía disponer de alimentos a bajo precio y que no conocía el desempleo; que Inglaterra tenía un imperio porque poseía una gran marina. Alemania también tenía a sus indeseables –polacos, proletarios, etc.–, y, por lo tanto, debía facturarlos a las colonias; por ello, dotarse de una marina era una buena idea. Inglaterra consentiría que Alemania albergara ambiciones imperiales si, en una batalla, la marina alemana era lo suficientemente numerosa para provocar daños de consideración a la marina británica antes de hundirse; eso supondría que, cuando los británicos volvieran a enzarzarse en una batalla naval, no dispondrían de un número de barcos suficiente, y los rusos o los franceses acabarían con ellos. El público premió aquellas palabras con una cascada de elogios. Se trata de uno de los documentos más estúpidos de un

hombre inteligente, y no es ni siquiera digno de ser parodiado. Cada uno de los pasos de su argumentación era erróneo, empezando por la afirmación de que los británicos apenas tenían problemas sociales: de hecho, éstos habrían sido mucho menores sin el coste que suponía mantener un imperio. Cuando el imperialismo europeo tocaba a su fin, en los años setenta del siglo xx, el país más pobre del continente era Portugal, que tenía a su cargo un vasto imperio africano, y los más ricos, Suecia, que había abandonado su única colonia, en el Caribe, mucho tiempo atrás, y Suiza, que jamás había tenido un imperio.

Weber tenía unos valores morales^[3], y cuando vio que sus jóvenes estudiantes morían acribillados en 1914 se negó a unirse a la marea de profesores que ensalzaban la causa nacional. Sin embargo, él y tipos como él habían mostrado a los jóvenes una senda peligrosa. Alemania construyó una flota que se llevó un tercio del presupuesto de defensa. Los fondos, desviados de la partida destinada al ejército, hicieron que resultara imposible librar la guerra de dos frentes que la alianza entre rusos y franceses presagiaba. El Estado sólo tenía dinero para reclutar a poco más de la mitad de jóvenes que podrían haber sido formados, y no podía ni vestirlos, ni alimentarlos. Se salvaron de ser llamados a filas y, en 1914, el ejército de tierra alemán apenas era superior al francés, toda vez que, ese mismo año, la población francesa no llegaba a los cuarenta millones de habitantes, mientras que la alemana se situaba alrededor de los sesenta y cinco. Los acorazados alemanes, por su parte, eran un magnífico ejemplo de construcción, pero su número era escaso y eran demasiado vulnerables. Se pasaron prácticamente toda la primera guerra mundial en el puerto, hasta que, al final, ante la amenaza de un sacrificio inútil, las tripulaciones se amotinaron, provocando así el fin mismo del Imperio alemán. Sin embargo, la marina, cuyo fin había de ser únicamente surcar el mar del Norte y que, por lo tanto, no precisaba de la cantidad de carbón que necesitaban los barcos de guerra británicos que navegaban por todo el mundo, podía reforzar su armamento. La amenaza era tan evidente que los británicos tuvieron que redoblar sus esfuerzos, y no sólo multiplicaron casi por dos el número de navíos construidos por los alemanes, sino que también sellaron alianzas defensivas con Rusia y con Francia que incluyeron algunos intercambios coloniales, como Egipto por Marruecos con Francia (la Entente Cordial) en 1904, y la entrega de Persia a los rusos en 1907. También alcanzaron algunos acuerdos informales en términos de cooperación naval en el supuesto de que estallara algún conflicto. Ante cada uno de estos pasos, los alemanes reaccionaban apresuradamente y escandalizados: en 1905, exigieron asumir el control de una región abandonada de Marruecos; en 1909, alentaron una frívola ofensiva austriaca en los Balcanes; en 1911, enviaron una patrullera a Marruecos. Este «ruido de sables» recogía el parecer de una buena parte de la opinión pública doméstica, pero propició un ambiente de crisis internacional. En 1914, un emisario del presidente de Estados Unidos aludió a la deriva que habían adoptado las posturas militaristas.

Alrededor de esa misma época se planteó una cuestión con la que el mundo ha

tenido que acostumbrarse a vivir desde entonces. En los años sesenta, el presidente Eisenhower dio con la frase idónea para describirla: «el complejo militar-industrial». La industria de guerra se convirtió en el principal motor de la economía, daba trabajo a millares e incluso a millones de personas, era la destinataria de una parte importante del presupuesto y alimentaba a todo tipo de sectores colaterales, entre ellos el de los columnistas periodísticos. Asimismo, la industria de guerra estaba sujeta a un cambio desconcertante: lo que en un momento parecía un despilfarro insensato podía acabar siendo esencial –el caso más evidente es el de la aviación–, mientras que lo que parecía responder simplemente al sentido común se revelaba como algo superfluo –como sucedió, por ejemplo, con las fortalezas–. La tecnología era cada vez más cara e impredecible, y en 1911 se inició la carrera armamentística. Por aquel entonces, el arsenal de un país se había convertido en la excusa a la que se aferraba otro para dotarse de más armas, y las crisis que estallaron en el Mediterráneo y en los Balcanes provocaron que todos los países se sintieran vulnerables. Al enviar una patrullera a Marruecos en 1911, Alemania desenfundó un arma. Curiosamente, sin embargo, el dedo que apretaba el gatillo era italiano.

Si Turquía iba a ver sus posesiones divididas, ¿por qué Italia no podía optar a hacerse con algunas? Los británicos se habían apoderado de Egipto y los franceses, del norte de África. Los imperialistas italianos pusieron su punto de mira en el resto y optaron por declarar la guerra. Uno de los episodios más curiosos de la historia europea moderna estriba en que Italia, la potencia más débil de todas, ha sido asimismo quien ha tomado la delantera en todos los asuntos problemáticos: sin Cavour no se explica Von Bismarck; sin Mussolini, Hitler^[4]. Italia inauguró así los acontecimientos que desembocaron en la guerra de 1914. Consciente de que, a causa de la crisis marroquí, ni los británicos, ni los franceses, ni los alemanes harían nada para detenerla, atacó la Turquía otomana e intentó apoderarse de Libia. Los turcos estaban muy debilitados, y carecían de una flota que les permitiera defender la costa de Anatolia, que sucumbió a la ofensiva italiana. La perspectiva del derrumbe del Imperio otomano llevó a los diferentes Estados balcánicos a declarar sus intenciones. Aliados, en 1912 atacaron, se impusieron en pocas semanas y expulsaron al ejército otomano de los Balcanes. En 1913, en una segunda guerra de los Balcanes, volvieron a la carga por separado. Los turcos se recuperaron, pero quienes se llevaron la victoria en esta ocasión fueron Serbia y Grecia, aliados de Rusia y Gran Bretaña respectivamente.

Diez años atrás, el desmoronamiento de China también había enfrentado a las potencias aunque, en ese caso, las pugnas tuvieron como escenario el mar. Si el Imperio otomano se derrumbaba –y a aquellas alturas prácticamente nadie confiaba ya en que aguantara mucho más–, las refriegas se producirían mucho más cerca, y en ellas intervendrían ejércitos y pasos terrestres. Para Rusia, los estrechos entre el mar Negro y el mar de Mármara o los Dardanelos, entre el mar de Mármara y el Egeo, eran vitales, pues de ellos dependía su economía. Por ahí pasaban el noventa por

ciento de sus exportaciones de grano, y también era el camino que seguían gran parte de las importaciones que permitían que las industrias del sur del país funcionaran a pleno rendimiento. Durante la guerra italiana, en 1911-1912, los turcos habían cerrado los Dardanelos, y aquella medida provocó el bloqueo inmediato de la economía de la zona. Rusia otorgaba una gran importancia a garantizar la seguridad en los estrechos y, a principios de 1914, las potencias de la Triple Entente obligaron a los turcos a conceder un estatuto casi autónomo a las provincias del este de Anatolia, pobladas en parte por armenios. Aquella medida, sumada al interés que, al mismo tiempo, franceses y británicos mostraron por las provincias árabes, podría haber traído fácilmente consigo el fin del Imperio otomano, pues los armenios cristianos podrían convertirse en instrumentos rusos. Antes de que el tratado pudiera ser ratificado, los turcos entablaron negociaciones con Berlín.

Alemania era la potencia que menos amenazaba los intereses otomanos. Todo lo contrario: el káiser optó por presentarse como el protector del Islam y regaló al sultán, en gesto de aprobación y de apoyo, una enorme estación de ferrocarriles germánica en la costa asiática de Estambul. A finales de 1913, un general alemán, Liman von Sanders, hijo de un judío converso y a quien las rígidas mentes alemanas veían como un candidato idóneo para un destino en Oriente, fue nombrado comandante del destacamento del ejército otomano en los estrechos que separaban el mar Negro del Egeo. Los rusos reaccionaron, pero no pudieron impedir el envío de una misión militar alemana a Turquía, formada por varias docenas de oficiales especialistas. Además, la figura principal del nuevo régimen de Estambul era un hombre claramente afín a los alemanes: Enver Bajá hablaba alemán perfectamente y poseía ese vigor militar que tanto admiraban los germanos. Al igual que muchos otros «Jóvenes Turcos», Enver Bajá había estado en los Balcanes, donde había visto con sus propios ojos qué pasos se habían seguido en el proceso de «construcción nacional»: una nueva lengua, militarismo y expulsión de las minorías. Se sentían atraídos por Alemania, mientras que veían en Francia y en Inglaterra los modelos en los que se inspiraban sus enemigos políticos. Entretanto, y fruto de la desesperación que siguió a las guerras de los Balcanes, Enver y sus amigos empezaron a ganar popularidad, e invitaron a Liman von Sanders. Para los rusos, que los alemanes asumieran el control de los estrechos era toda una pesadilla, y la llegada de una misión militar alemana a la estación de Sirkeci en diciembre de 1913 marcó el principio de una cuenta atrás que acabaría ocho meses más tarde con el estallido de la guerra.

Puede que Rusia temiera que Alemania se hiciera con el control de los estrechos, pero los germanos también tenían aspiraciones imperiales –o, más exactamente, soñaban con Centroeuropa, porque hacía tiempo que el Imperio austrohúngaro intentaba extender su influencia política y comercial al Próximo Oriente y el peso comercial de este imperio pisaba los talones al alemán. Uno de los principales altercados de aquellos años giró en torno una línea de ferrocarriles patrocinada por

los alemanes y que había de unir Berlín y Bagdad –la estación que el káiser regaló formaba parte de esa ruta–; asimismo, en 1914 se construyó una nueva embajada alemana en Estambul (conocida como «la jaula», por las ostentosas águilas que coronaban el tejado del edificio), que desde su ubicación en el palacio de Dolmabahce, donde vivía el sultán, un títere acobardado a quien Enver y los Jóvenes Turcos trataban como a un objeto de adorno, dominaba el Bósforo. Hasta entonces, la rivalidad entre rusos y alemanes había sido más bien indirecta, y nacía del tibio apoyo brindado por los germanos al Imperio austrohúngaro. Pero aquello era una afrenta directa contra el principal interés de Rusia.

La maniobra coincidió, asimismo, con un aumento general de la tensión. La carrera armamentística se había acelerado desde 1911: el panorama aéreo y marítimo había variado con la aparición de nuevos «superacorazados», el aumento del número de reclutas y la construcción de más kilómetros de ferrocarril con fines estratégicos. Turquía estaba situada en la frontera de Europa, y una crisis diplomática en la región afectaría a los ejércitos austriaco, alemán y ruso. Antes de 1914, el comercio vivió un período de esplendor, y los gobiernos pudieron gastar más. El leve aumento en el presupuesto militar alemán en 1911 (destinado a la instrucción de más hombres) provocó la respuesta de los franceses, que, en 1912, incrementaron la cifra de soldados en tiempos de paz, lo que llevó a alemanes –y a austriacos– a reclutar a más efectivos. En 1913 se produjo un episodio decisivo: un «gran programa» cuyo fin era hacer de Rusia una «superpotencia». Con aquel proyecto, el arsenal armamentístico ruso superaría al alemán y habría permitido, por fin, al ejército ruso alimentar, equipar y trasladar a un número de hombres mayor que el presente a causa de la reducida proporción que llegaba a la edad de reclutamiento. A pesar de abastecerse de una población tres veces superior a la de Alemania, por falta de dinero, el ejército ruso no superaba al germano, tenía muchas menos armas que éste y su red de ferrocarril estratégica era muy inferior. Pero todo aquello estaba a punto de cambiar, y de un modo drástico. En 1914, *sir* Arthur Nicolson, antiguo embajador británico en San Petersburgo, estaba exultante porque ambos países hubieran sellado una alianza.

En Berlín se respiraba el pánico. Por aquel entonces, no era difícil estar al corriente de qué pasos daban los enemigos potenciales. El traslado de tropas se hacía por tren, y la longitud de los andenes echaba por tierra los planes bélicos del enemigo; no había restricciones ni en los desplazamientos, ni en la fotografía, y un oficial del servicio de inteligencia austrohúngaro llegó a recorrer el sudoeste de Rusia con un pasaporte en el que se podía leer, bajo el epígrafe «profesión», «oficial del Estado Mayor». Si un andén era sospechosamente largo y estaba situado en un lugar remoto, donde por lo general tomaban el tren las esposas de los granjeros cargadas con sus pollos, era evidente que, tarde o temprano, en aquel punto se apeñarían soldados de infantería o de caballería. Asimismo, todos los países tenían un parlamento y las actas de sus sesiones eran públicas, e incluso se podían leer en la prensa diaria. Por ello, en la primavera de 1914, Berlín y Viena pudieron saber

fácilmente que los rusos estaban poniendo su nuevo vigor económico al servicio del ejército. El canciller alemán, Theobald von Bethmann Hollweg, había visto con sus propios ojos el creciente poder de Rusia, pues el patrón-oro respaldaba ahora su divisa y los ferrocarriles ponían en contacto oferta y demanda en todas las esferas. Las publicaciones técnicas se hacían eco del extraordinario progreso de Rusia: aquí, un camión ganaba un premio europeo después de una larga travesía hasta Riga; allá, un físico teórico (Cholkovsky) formulaba las ecuaciones que acabarían llevando al Sputnik, el primer satélite espacial construido por el hombre, más allá de la gravedad de la Tierra. San Petersburgo sigue siendo la capital de lo que podría haber sido y no fue. Von Bethmann Hollweg era suficientemente inteligente como para saber que Alemania debía adaptarse a la situación. En cierta ocasión, su hijo le preguntó si habían de plantar en su propiedad brandenburguesa de Hohenfinow un árbol tan lento en crecer como los olmos adultos. El canciller respondió: «No. Los rusos se aprovecharían de ellos». Y estaba en lo cierto: treinta años más tarde, llegaron hasta Brandenburgo, y ahí permanecieron durante medio siglo. Con todo, Von Bethmann Hollweg, que era un fatalista, cedió ante la presión de otros hombres que no compartían su escepticismo. Los militares insistían: Alemania podía ganar la guerra ahora, pero si esperaba dos o tres años, Rusia sería demasiado fuerte.

El aumento en número y en peso del ejército ruso ya era de por sí una mala noticia, pero lo que provocó el terror fue el crecimiento que experimentó su red ferroviaria. Después de 1908, Rusia había optado por un proceso de industrialización alimentado desde dentro del país que ya había dado unos resultados espectaculares en Estados Unidos y en Alemania. Evidentemente, el país contaba con unos recursos extraordinarios, pero la explotación que se había hecho de los mismos era mala porque uno de los problemas que asolaban al país era el del transporte, y nadie confiaba además en el papel moneda. La situación dio un vuelco cuando la red ferroviaria creció y el precio del oro subió. En 1909, Piotr Stolipin, el primer ministro del zar, dijo a un periodista francés: «Dele al Estado veinte años de paz interna e internacional y no reconocerá a Rusia». En 1914, los ingresos presupuestados se habían duplicado, y una parte de esos fondos se destinó a la construcción de un ferrocarril capaz de llevar a las tropas al frente a más velocidad. La gente que iba y venía de Colonia necesitaba unos 700 trenes cada día; en 1910, el ejército ruso tenía, por su parte, unos 250 para la movilización. En 1914, la cifra era de 360. En 1917, ya era de 560, de modo que todos los soldados rusos podían plantarse en la frontera solamente tres días después de que se hubiera completado la movilización alemana. Es decir, en 1917 se podría haber previsto ya lo que sucedió en 1945: los británicos en Hamburgo, los rusos en Berlín y adiós a los olmos de Von Bethmann Hollweg.

Los generales alemanes tenían un peso en los asuntos públicos sin parangón en ningún otro país. Y ahora estaban aterrados. Ante la perspectiva de una alianza entre rusos y franceses, el plan bélico alemán era lo suficientemente obvio. Rusia seguía siendo un país atrasado y con una red ferroviaria mucho menor a la de las potencias

occidentales, y la movilización de sus tropas se habría producido al tiempo que el ejército francés se desmoronaba. En tales circunstancias, sostenía el conde Schlieffen, jefe del Estado Mayor alemán en 1897, el ejército alemán tendría tiempo de sobras para repetir la victoria de 1870 contra Francia, antes de volverse hacia Rusia. La movilización alemana sería una tarea monumental: a lo largo de más de 60.000 kilómetros de vías de doble sentido, un millón de competentes empleados ferroviarios, 30.000 locomotoras, 65.000 vagones de pasajeros y 700.000 de mercancías tenían que trasladar, en diecisiete días, a tres millones de soldados, 86.000 caballos y una montaña de material bélico, principalmente armas y municiones. Una división del ejército requería 6.000 vagones; una de caballería, 1.200. Los militares alemanes lo tenían todo tan medido que todo el contingente llegaría a las fronteras diecisiete días después del inicio de la movilización, y durante años tuvieron la certeza de que los rusos, con un sistema ferroviario peor y una menor capacidad técnica en términos de abastecimiento de agua, de telégrafos, de reservas de carbón o incluso de andenes adecuados, serían mucho menos eficientes: de hecho, un tercio de los 40.000 hombres de las cuadrillas ferroviarias eran analfabetos. Sin embargo, estos cálculos vitales empezaban a perder su razón de ser, y a todo ello se añadió un factor más: el Imperio austrohúngaro, el único aliado verdadero de Alemania, no tardaría en derrumbarse.

Los signos de ese desmoronamiento eran evidentes por todas partes. En una época de nacionalismos, un vasto imperio multinacional como aquél era todo un anacronismo (había quince versiones del himno nacional, el *Gott Erhalte*, incluida una en yiddish). Viena no había sabido nadar y guardar la ropa, y cuando Serbia, la nación más importante de los pueblos eslavos del Sur, se alzó con la victoria en las guerras de los Balcanes, su ejemplo impulsó un buen número de iniciativas contra la política austriaca en las zonas eslavas del Sur bajo dominio austrohúngaro. ¿Qué respuesta había de dar Viena? Lo más sensato habría sido crear una especie de Yugoslavia que aglutinara a todos los eslavos del Sur bajo los auspicios de Viena, una solución que habría contado con el respaldo de los serbios, un pueblo inteligente y formados muchos de ellos en Austria-Hungría. Sin embargo, los húngaros, que eran quienes realmente dirigían el imperio, no querían crear otra unidad nacional, y en 1914 Viena no tenía nada que ofrecer. En palabras de A. J. P. Taylor, Viena aguardaba acontecimientos o, más bien, confiaba en que nada sucediera. El ministro de Exteriores austrohúngaro en Brest-Litovsk, el conde Czernin, lo expresó de otro modo: «Estábamos condenados a morir, pero teníamos en nuestra mano la posibilidad de escoger el cómo y nos decidimos por la manera más cruel».

El 28 de junio de 1914, el heredero al trono, el archiduque Francisco Fernando, fue asesinado en Sarajevo, la capital de Bosnia, en el corazón del sur de la región eslava. Los filósofos suelen hablar de «los accidentes inevitables», pero este episodio fue todo menos un accidente. Un grupo de jóvenes terroristas serbios había planeado asesinarlo con motivo de una visita de Estado de éste. El atentado fracasó cuando

lanzaron una bomba que erró su objetivo, y uno de ellos se retiró a un café en un callejón para tranquilizarse. El archiduque puso rumbo a las dependencias del gobernador general, Potiorek, donde lo recibieron unas jóvenes que interpretaron algunas piezas de folclore, y lo reprendió –la enemistad entre ambos venía de antaño, pues el archiduque había impedido que un neurasténico como Potiorek sucediera al frente del Estado Mayor a un antiguo admirador del mandatario. El archiduque se marchó súbitamente para ir a visitar a un hospital a un oficial herido por la bomba. Su automóvil volvió a ponerse en marcha, y el conde Harrach se subió al estribo. El conductor giró a la izquierda después de cruzar un puente que atravesaba el río de Sarajevo. Se habían equivocado de calle, y ordenaron al conductor que se detuviera y diera media vuelta. Aquellos autos en ocasiones se calaban al entrar la marcha atrás, y eso mismo fue lo que sucedió. El conde Harrach se encontraba en el lado erróneo, lejos del café donde uno de los terroristas estaba recomponiéndose. Ahora, lentamente el objetivo se le aproximaba, hasta que se detuvo. El asesino, Gavrilo Princip, disparó. Tenía diecisiete años, era un romántico que se había educado en el terrorismo y en el nacionalismo y formaba parte de un grupo que se inspiraba en los nihilistas rusos de mediados del siglo XIX, cuyos mejores ejemplos se encuentran en el profético relato de Dostoyevski *Los demonios* y en la novela de Joseph Conrad *Bajo la mirada de Occidente*. Austria no ejecutaba a los adolescentes, y la juventud de Princip lo salvó. Fue encarcelado y murió en mayo de 1918. Antes de fallecer, un psiquiatra penitenciario le preguntó si sentía remordimientos porque su acción hubiera desencadenado una guerra mundial y la muerte de millones de personas. Ésta fue su respuesta: «Si no lo hubiera hecho, los alemanes habrían encontrado otra excusa».

En este sentido, estaba en lo cierto. Berlín se encontraba a la espera del «accidente inevitable». Hacía ya algún tiempo que el ejército afirmaba que podía ganar una guerra europea si estallaba en aquel momento, pero que no sería así en cuanto Rusia se consolidara, algo que, según sus cálculos, sucedería en 1917, cuando la red estratégica de ferrocarril permitiría a Rusia trasladar a sus tropas de un punto a otro a la misma velocidad a la que lo hacían los alemanes. Los pros y los contras potenciales en aquel preciso momento parecían enormes: la desintegración del único aliado de Alemania, la posibilidad de erigir un imperio germánico en el Oriente Próximo y Medio y la irrupción de Rusia como superpotencia. Berlín se veía obligada ahora a sopesar esas cuestiones. Von Bismarck, el artífice de Alemania, había demostrado un extraordinario talento a la hora de enfrentarse a problemas inesperados y sacar partido de aquellas situaciones para demostrar a sus enemigos que iban errados. Las estatuas dedicadas a Von Bismarck dominaban infinidad de poblaciones, mientras sus sucesores se preguntaban cómo lo había logrado. En 1914, un nuevo accidente tuvo como protagonista al archiduque. El ministro de Exteriores de Austria-Hungría había intentado hallar la manera de implicar a Alemania. El conde Hoyos se desplazó a Berlín y preguntó: ¿Qué debemos hacer? Se echó a los

brazos de una gente que precisamente buscaba una excusa.

Después de perder la guerra, prácticamente todos los hombres que habían intervenido en ella –el canciller alemán, el ministro de Exteriores de Austria-Hungría y casi todos los miembros de la cúpula militar germana– destruyeron sus papeles personales. Sabemos lo que realmente sucedió en Berlín en 1914 gracias únicamente al contenido de los baúles olvidados en los desvanes y a un documento valiosísimo: el diario de Kurt Riezler, el secretario (judío) de Von Bethmann Hollweg^[5]. Ahí podemos leer una entrada devastadora el 7 de julio de 1914. Por la noche, el joven se sienta junto al canciller Von Bethmann Hollweg, un tipo de barba gris. La escena destila una cierta complicidad, y Riezler sabe, mientras escucha, qué les depara el destino. La frase clave es: «Rusia no deja de crecer. Se ha convertido en una pesadilla». Los generales, sostiene Von Bethmann Hollweg, coinciden en la necesidad de una guerra antes de que sea demasiado tarde. Ahora se les ha presentado una buena oportunidad para solucionar las cosas. En 1917, Alemania no tendrá ninguna posibilidad. Por lo tanto, ha de ser ahora: si los rusos declaran la guerra, mejor que sea en 1914 antes que más tarde. Pero tal vez las potencias occidentales dieran la espalda a Rusia, y eso traería consigo el fin de la Entente y, asimismo, la victoria de Alemania.

El desarrollo del plan coincidió con una exhibición de inocencia indignante: el káiser se largó a bordo de su yate, el ministro de Exteriores estaba de luna de miel y el jefe del Estado Mayor se había ido a tomar las aguas. Desde su propiedad, Von Bethmann Hollweg se encargó de poner todo negro sobre blanco, y lo hizo de una manera de lo más extraña. Uno de los documentos no fue destruido: la relación de sus gastos. Y ha llegado hasta nosotros. Von Bethmann Hollweg se desplazó en varias ocasiones a Berlín, en lo que a todas luces eran unas vacaciones, y, tacaño como era, quiso que el Estado se lo remunerara. Y emprendió aquel viaje con el fin de organizar la economía del país (y tal vez también la suya, pues pertenecía a una familia de banqueros) ante la posibilidad de una guerra y para cobrarse deudas y comprar o vender discretamente obligaciones. Por correo especial, los Warburgo recibieron, en Hamburgo, instrucciones. Berlín se había decantado por la guerra.

Un diplomático beligerante del ministerio de Exteriores de Austria-Hungría definió el asesinato del archiduque como «un regalo de Marte», una excusa idónea para poner fin a todos los problemas. Austria volvería a ser grande, Rusia hincaría la rodilla e incluso podrían apoderarse de Turquía. En seis semanas alcanzarían una victoria digna de Von Bismarck. En palabras del emperador alemán, era «ahora o nunca». Había que provocar la guerra, y el asesinato del archiduque era el pretexto perfecto. Trasladaron a los austriacos la necesidad de escudarse en el atentado para atacar a Serbia, el aliado de Rusia, y debían hacerlo por medio de un ultimátum en el que estuvieran recogidas una serie de exigencias que Serbia solamente podría satisfacer si renunciaba a su independencia. Los austriacos no estaban en absoluto entusiasmados ante la perspectiva de entrar en guerra con Rusia: con Serbia, sí, pero

Rusia era demasiado grande. Sus dudas se tradujeron en retrasos: había que contener a los húngaros, organizar la recolección de las cosechas... Berlín dio un ligero puñetazo sobre la mesa, y el 23 de julio enviaron el ultimátum. El 25, aunque con reservas, fue aceptado, y los austriacos decretaron la movilización, aunque seguían sin haber declarado la guerra. Berlín volvió a dejarse oír, y la declaración de guerra se produjo el 28.

El desafío contra Rusia estaba, por fin, claro: ¿iba a proteger su posición en los Balcanes y, por extensión, su futuro en el Imperio otomano y en los estrechos? En un primer momento, el zar no daba crédito a lo que sucedía (cuando el embajador alemán le entregó la declaración de guerra de su país, lo hizo con lágrimas en los ojos). ¿Bastaría con movilizar a una parte del ejército para enfrentarse únicamente a Austria? También las dudas asaltaron al emperador alemán, y ambos imperios intercambiaron telegramas. Cuando la crisis estaba tocando a su fin, el canciller Von Bethmann Hollweg parecía aún no tenerlas todas consigo. Sin embargo, los militares alemanes estaban ansiosos porque les amparaba un argumento irrefutable: todo dependía de la red de ferrocarriles. Los ferrocarriles ganaban guerras. Si una potencia lograba tomar la delantera en el reclutamiento y el traslado –movilización– de un ejército integrado por millones de hombres, podría llegar a las fronteras enemigas antes de que el otro ejército estuviera preparado. Eso mismo había sucedido en la guerra franco-prusiana de 1870, cuando los franceses no supieron organizar la movilización mientras que los alemanes lo hicieron de un modo eficaz. De hecho, al cabo de seis semanas, el ejército francés había sido rodeado y derrotado. La guerra ruso-japonesa de 1904-1905, en la que ambas potencias se enfrentaron por China, vivió otro desastre ferroviario: el transiberiano no pudo remediar los problemas de abastecimiento y Rusia no tuvo otra alternativa que firmar la paz. Ahora, en 1914, el Estado Mayor de cada país estaba preocupado por saber qué ejército rival daría el primer paso, mientras los alemanes insistían en decretar una movilización total de Austria-Hungría contra Rusia: había llegado el momento de «lanzar» los «dados de hierro». A todas luces, el estamento militar alemán quería la guerra, y ya había tomado la decisión de ordenar la movilización, pero recibieron un regalo inesperado cuando, el 31 de julio, San Petersburgo decretó la movilización general, justo antes de que los alemanes lo hicieran. Aquella decisión permitía presentar la movilización como una maniobra defensiva, un factor importante ante la posible oposición del Reichstag. A la vista de los acontecimientos, los socialdemócratas no pusieron problemas y votaron a favor de la guerra. El embajador alemán entregó un requerimiento en el que instaba a los rusos a poner fin a la movilización. Cuando éstos se negaron a hacerlo, declararon la guerra el 1 de agosto. Los planes bélicos alemanes incluían un ataque inmediato contra Francia, y los trenes se pusieron en marcha. París recibió un ultimátum: los franceses debían rendir de entrada tres fortalezas, a modo de garantía. La negativa francesa provocó, el 3 de agosto, una nueva declaración de guerra.

Hubo una última vuelta de tuerca. El ejército alemán no podía atacar directamente a Francia, ya que las fortificaciones situadas en la reducida frontera franco-alemana eran demasiado fuertes. Solamente podía hacerlo a través de las llanuras de Bélgica, y Bélgica era un país neutral, un estatuto garantizado por las grandes potencias, entre las que estaban Gran Bretaña y Alemania. ¿Cómo reaccionarían los británicos si Alemania invadía Bélgica? Los términos del tratado eran claros acerca de sus obligaciones: la guerra. Winston Churchill, primer lord del Almirantazgo, movilizó de inmediato a la marina. La situación de 1914, una guerra en Occidente provocada por una crisis en Oriente, entraba dentro de los cálculos, e incluso un estudio de las dimensiones de los andenes en Renania había demostrado que Alemania tenía la intención de invadir Bélgica. Sin embargo, la guerra entre Alemania e Inglaterra era algo impensable para muchos: Alemania era el país modélico, con el partido socialdemócrata más importante, el mejor gobierno local y el mejor sistema educativo europeo. ¿Por qué declararle la guerra y ponerse del lado de la Rusia zarista? Sin embargo, como sucedería con más fuerza si cabe en 1939, lo de menos en aquel contexto era la razón. Alemania había construido una flota totalmente innecesaria, la había orientado hacia los puertos británicos y había desatado su agresividad contra Rusia y contra Francia. Los miembros del ejecutivo británico tenían una idea más o menos clara de qué estaba en juego, y que no era sino la gran pregunta que la política exterior británica se hacía desde 1850: ¿Alemania o Rusia? ¿Qué habría sucedido si, en el tratado de Brest-Litovsk, el secretario de Exteriores británico a la sazón hubiera aparecido y hubiera manifestado que no se oponían a una Europa dominada por los alemanes, siempre y cuando se garantizaran los intereses británicos en todo el mundo? El problema era que, por aquel entonces, ya nadie confiaba en los alemanes, y la figura principal de la política británica, David Lloyd George, no ocultaba que, si Alemania controlaba los recursos de Rusia, sería invencible. Aunque no hubiera mediado la invasión alemana de Bélgica, la marina británica habría zarpado para defender la costa atlántica de Francia. La invasión de Bélgica les proporcionó una sólida coartada para intervenir, y silenció a buena parte de los indecisos (aunque no a todos). El 4 de agosto, los británicos emitieron un ultimátum en el que exigían la evacuación de Bélgica. No obtuvo respuesta, y la guerra europea se convirtió en una guerra mundial.

Capítulo 2

1914

En cuatro años, el mundo pasó de 1870 a 1940. En 1914, la caballería trotaba al son de unas melodías conmovedoras, el príncipe austriaco Clary-Aldringen se enfundaba el uniforme que había lucido en una recepción en el palacio de Buckingham y las primeras ilustraciones de la guerra mostraban a los pelotones de infantería cargando con sus bayonetas, mientras las granadas de metralla estallaban sobre sus cabezas. Corría el año 1870. Las fortalezas estaban preparadas para soportar sitios prolongados, los cuidados médicos eran aún bastante precarios y los heridos de gravedad tenían muchas posibilidades de morir. En 1918, la situación era muy distinta, y los generales franceses ya habían diseñado un nuevo tipo de guerra en la que intervenían todas las armas, tanques, infantería y aviación, como se vio en la *Blitzkrieg* alemana de 1940. Los regimientos de caballería se convirtieron en piezas de museo y las fortalezas, en reliquias. La guerra se reveló como una máquina de matar –diez millones de víctimas–, pero fue, en palabras del escritor y doctor francés Louis-Ferdinand Céline, «la vacuna contra el apocalipsis». La medicina avanzó más durante esos cuatro años que en cualquier período anterior o posterior: en 1918, solamente el uno por ciento de los heridos moría.

Sin embargo, al principio todo era ilusión. En 1914, ante una multitud enfervorizada, las tropas desfilaban, mientras los generales, a caballo, soñaban con que les levantarían una estatua en una plaza con su nombre. Ninguna guerra había partido de un malentendido tan fundamental acerca de su naturaleza, aunque tal vez el mayor equívoco se produjo entre los británicos. El 3 de agosto de 1914, el secretario de Exteriores, *sir* Edward Grey, pronunció un discurso en la Cámara de los Comunes que se ganó el elogio de un buen número de parlamentarios y que, al parecer, convenció a muchos diputados indecisos de lo acertado de la decisión de declarar la guerra a Alemania. Señaló que el país sufriría «terriblemente en esta guerra, tanto si nos involucramos en ella como si nos mantenemos al margen». Con el paso del tiempo, la observación resulta grotesca.

Prácticamente la mitad de la economía británica, y más de una tercera parte de la francesa, dependía del comercio exterior, en gran medida con el continente europeo. La interrupción del mismo trajo consigo desempleo y una situación de bancarrota. Otro ministro (que dimitió) del gabinete afirmó que los conflictos sociales que se derivaran de la interrupción de la actividad comercial provocarían una revolución similar a la de 1848, cuando el orden establecido en la vieja Europa se vino abajo a raíz de los levantamientos en diferentes ciudades. A causa de la amenaza que se cernía sobre el comercio, los banqueros –y entre ellos *sir* Frederick Schuster, del Banco de Inglaterra– aseguró a todos que habría que poner fin a la guerra en seis

meses. Los generales, por su parte, sabían que contaban con los medios para aguantar durante un período de tiempo prolongado, pues disponían de millones de hombres y de los instrumentos para alimentarlos, vestirlos y transportarlos. Los banqueros, por su parte, planteaban otro interrogante: ¿cómo se iba a financiar la guerra? El crédito francés y el británico eran sólidos, pero las finanzas alemanas eran de una debilidad sorprendente, pues se trataba de una nación federal con muchos canales de gasto. Durante una reunión del gabinete, el ministro húngaro de Economía, el barón Teleszky, ante la solemne pregunta de cuánto tiempo podrían soportar las arcas del país el esfuerzo de la guerra, respondió: «Tres semanas^[6]». Pasado ese período, el oro se habría agotado (en 1914, era corriente que el sistema monetario estuviera respaldado por el patrón-oro), y no les quedaría otra alternativa que imprimir papel moneda, lo que desencadenaría inflación –los billetes, sucios y arrugados, cambiaban de manos a una gran velocidad y perdían rápidamente su valor. Todo ello dificultaría, a su vez, controlar los disturbios sociales motivados por el cese del comercio, y los pobres se empobrecerían aún más, tanto que algunos empezarían a morir de hambre. Eso fue precisamente lo que sucedió cuando estalló la revolución bolchevique en Rusia en 1917 y, poco después, en Italia, donde la inflación alcanzó el setecientos por ciento. Los banqueros solamente se equivocaron al vaticinar los plazos.

También los ejércitos fueron a la guerra con la ilusión de que no tardaría en tocar a su fin: «de vuelta a casa por Navidad». Cuando el alto mando ruso, la *Stavka*, pidió una nueva remesa de máquinas de escribir, la respuesta que recibió fue que la guerra no iba a durar lo suficiente como para justificar dicho gasto; deberían conformarse con las viejas. Los generales prometieron escribir a sus esposas cada día, pero poco después ya no sabían qué contarles. El comandante austrohúngaro (que dirigía sus cartas a la esposa de otro hombre) dormía en un catre metálico; el alto mando ruso ordenaba la celebración de servicios religiosos cada día y renunciaba al vodka salvo cuando estaba en presencia de extranjeros. En noviembre, los foráneos iban muy buscados y el coro cantaba *Príncipe Igor*. Sin embargo, los planes de cada país reflejaban, ante todo, el deseo de que la guerra fuera corta –un ataque sorpresa y a gran escala y el empleo de unos recursos que, vista la situación con perspectiva, deberían haber sido administrados en previsión de lo que se avecinaba. Sin embargo, otros cálculos, relacionados con las fortalezas, la artillería y la caballería también se revelaron como erróneos.

El norte de Francia y Bélgica estaba tachonado de fortalezas, situadas estratégicamente dominando los ríos que todo ejército invasor debía cruzar –especialmente el largo y sinuoso Meuse, a caballo entre Francia y Alemania–, y sus nombres asoman una y otra vez, ya desde la Edad Media, en los libros de historia militar: Lieja, Namur, Maubeuge, Dinant, Verdún, Toul, Amberes... Eran edificaciones costosas y albergaban en su interior miles de armas. Cuando fueron modernizadas, en los años ochenta del siglo XIX, se optó, las más de las veces, por construir una ciudadela robusta y rodearla con un anillo de fuertes que la alejaban del

alcance de la artillería enemiga. Una década más tarde, el alcance de la artillería aumentó y los proyectiles ganaron peso. La eficacia de las fortalezas pasaba ahora por construir más fuertes y unas fortificaciones más elaboradas, a menudo empleando cemento. Sin embargo, en 1914 las armas ya habían ganado la batalla. Los cañones pesados podían lanzar unos explosivos de gran poder destructivo a una distancia de más de quince kilómetros, y las fortalezas se convirtieron en el objetivo evidente –y eran, además, una trampa para quienes las defendían, pues éstos habrían estado más seguros si hubieran optado por cavar discretas zanjas fuera de los fuertes. La tierra absorbía la onda expansiva del explosivo mejor que el cemento, por pretensado que fuera, y todas las fortalezas que fueron atacadas en la campaña de 1914 cayeron rápidamente. Lieja, en la frontera entre Alemania y Bélgica, sólo aguantó dos días.

En el caso de la caballería, las ilusiones también se desvanecieron, aunque no de un modo tan dramático. En la guerra de Crimea, la Brigada Ligera había cargado contra los cañones rusos hasta llegar a ellos. Algo así era ya imposible en 1914. Un soldado de infantería podía abatir, con su fusil, a un caballo situado a más de un kilómetro y medio de distancia, y el efecto de la artillería era más devastador si cabe, pues su alcance superaba los cuatro kilómetros y medio. Con todo, la caballería seguía siendo útil a campo abierto y permitía ubicar al enemigo; además, tampoco había muchas más alternativas, porque el motor de combustión interna todavía no estaba demasiado desarrollado; el motor de prácticamente todos los cincuenta camiones alemanes que cruzaron la zona montañosa de las Ardenas se averió. Los caballos, sin embargo, que comían diez kilos de forraje cada día, suponían una gravosa carga para las líneas de abastos, y de ello se resentían las tropas de infantería. La guerra en el frente occidental comenzó con botas, sillas y cornetas, y con las demostraciones de las divisiones de Dragones franceses y de Ulanos alemanes. Los austrohúngaros usaban una silla de montar que permitía al jinete adoptar una postura perfecta aunque desollaba el lomo de las pobres bestias a causa del calor, especialmente en el de los caballos que habían sido requisados a los civiles, y los Dragones regresaron de su primera incursión en territorio ruso guiando a pie a sus animales. La caballería rusa se adentró en las regiones orientales de Prusia y cayó por falta de forraje, mientras que el anciano Kan de Najichevan, uno de los jinetes tártaros más venerados por el zar (la caballería tártara había recibido el agradecimiento oficial por haber aplacado los disturbios revolucionarios en Odessa en 1905), no pudo montar a su caballo a causa de las hemorroides.

Los europeos apenas habían prestado atención a la larga y sangrienta guerra civil norteamericana, y las únicas que recordaban habían sido cortas; especialmente la franco-prusiana de 1870. Por lo tanto, todas las potencias se lanzaron al ataque. Los alemanes fueron los primeros en hacerlo. Siguiendo el plan de Schlieffen, que preveía una gran ofensiva occidental a través de Bélgica. El flanco derecho alemán tenía que dirigirse hacia el noroeste, camino de París, mientras los franceses defendían la frontera oriental, donde abundaban las fortificaciones, y desde donde tal vez podrían

intentar invadir el sur de Alemania. Schlieffen confiaba en que los franceses quedarían atrapados, aunque también advirtió (ya en 1905) que el plan no resultaría a menos que el ejército fuera mucho más fuerte de lo que era. En 1914, los alemanes contaban con 1.700.000 hombres, por 2.000.000 de los franceses, y a estos últimos había que sumar 100.000 soldados británicos y belgas. En conjunto, sin embargo, los alemanes estaban mejor preparados. En un país donde el reclutamiento era universal, la mayor parte del presupuesto militar se destinaba a alimentar y a vestir a los jóvenes, de ahí que apenas quedaran fondos para la formación intensiva de los soldados más veteranos –suboficiales– o para modernizar el equipo. Los franceses, que llamaban a filas a todo el mundo, incluidos los monjes, también se servían del reclutamiento para infundir un cierto nacionalismo republicano, pues la mitad de su población eran campesinos que, a menudo, ni siquiera hablaban correctamente el francés.

El ejército alemán se centró por su parte en la formación y en el armamento, pues sus generales no querían que la contienda se alargara en exceso, ya que de lo contrario tendrían que ascender a oficiales a hombres que «diluían» las cualidades de Prusia. Destinaron una cantidad de dinero sensiblemente inferior a la alimentación de los reclutas y tenían el triple de suboficiales que los franceses y muchos más que los rusos (para estos últimos, apenas había diferencia entre suboficiales y soldados rasos). Los franceses carecían además de la artillería pesada de los germanos, pues habían situado sus cañones en las fortalezas, y de otras dos armas con las que los alemanes estaban familiarizados. La primera era un mortero ligero, capaz de lanzar un proyectil describiendo una trayectoria de 45 grados que le permitía sortear las fortificaciones o los árboles –los morteros de trayectoria plana (16 grados) ni siquiera llegaban hasta las posiciones defensivas–. La otra arma era la pala, también conocida como herramienta para cavar trincheras. Era muy difícil divisar a los soldados apostados en un agujero cavado en la tierra y eran, salvo para los proyectiles pesados, prácticamente invulnerables. Los alemanes tenían palas y los franceses, no. ¿Por qué? Buena pregunta. La respuesta probablemente haya que buscarla en que los alemanes, que sometieron a sus tropas a una instrucción más intensiva, confiaban en que sus hombres no sucumbirían a un ataque de pánico, mientras que los franceses, que formaron a más hombres con una cifra de suboficiales menor, querían que sus tropas avanzaran en grandes pelotones simples y desguarnecidos (casi a la manera de las columnas que habían combatido en las guerras revolucionarias del siglo anterior y que también habían sufrido un mayor número de bajas que las formaciones lineales del siglo XVIII). Que los hombres lucieran uniformes de colores rojo y azul los hacía asimismo más visibles. El resto de ejércitos habían optado por colores mucho menos llamativos; incluso los regimientos escoceses vestían un *kilt* de color caqui.

Los ejércitos se pusieron en marcha. Los alemanes dieron el primer paso. Si querían atravesar Bélgica sin problemas, debían tomar la gran fortaleza de Lieja; necesitaban el ferrocarril, y Lieja era la clave. El 7 de agosto se hicieron con la

ciudadela central después de una artimaña, y los fuertes exteriores cayeron ante los intensos bombardeos de los cañones austriacos, desplazados especialmente para la campaña. El 18 de agosto, la concentración alemana había tocado a su fin, y un numeroso contingente penetró en las llanuras belgas. Contaban con tres ejércitos – setecientos cincuenta mil hombres repartidos en cincuenta y dos divisiones–, y fijaron el flanco oriental en las fortificaciones lorenas situadas alrededor de Metz y Thionville. Algo más al sur, en la frontera franco-alemana, había más efectivos, aunque menos contundentes.

Los tres ejércitos alemanes se adentraban en un espacio indefenso, y avanzaban a gran velocidad –treinta y cinco kilómetros diarios, toda una proeza. Los belgas se retiraron a sus otras dos fortalezas: el complejo de Amberes, en la costa, y Namur. Al sur de aquella zona había un ejército francés (el 5.º regimiento de Lanrezac), y la Fuerza Expedicionaria Británica se estaba agrupando a la izquierda de los galos, pero durante un tiempo no hubo combates. El comandante francés Joseph Joffre no estaba tan preocupado como debiera, pues estaba sumido en los preparativos de lo que consideraba una gigantesca contraofensiva en la frontera alemana, el plan XVII, que debía obligar a los alemanes a retroceder hasta el Rin, abandonando Alsacia y Lorena. La operación fue un desastre. El 20 de agosto, en Morhange-Sarreburgo, las tropas francesas fueron aniquiladas mientras cargaban montaña arriba contra un puesto de ametralladoras; en el contraataque posterior perdieron 150 armas y 20.000 hombres cayeron prisioneros. El 21 de agosto, Joffre lo intentó de nuevo, en esta ocasión en las Ardenas, la zona montañosa y boscosa situada al noreste de Francia y al sudeste de Bélgica. Ahí se encontraba el epicentro de las fuerzas alemanas, y, a la vista de las demostraciones de fuerza que los germanos habían dado en los flancos oriental y occidental, había motivos para suponer que el centro estaría algo más desguarnecido. La ofensiva se saldó con otro desastre, pues los franceses toparon con unas fuerzas iguales en número a las suyas aunque equipadas con la artillería necesaria para combatir en los bosques, mientras que los franceses simplemente poseían cañones tradicionales de 75 milímetros, que de nada servían en aquel terreno. Más al noroeste, las tropas de Lanrezac tampoco tuvieron una actuación afortunada, y comenzaron la retirada hacia Namur. Perdieron contacto con los británicos, y el comandante de éstos, *sir* John French, se encolerizó. El 23 de agosto, los efectivos del ejército alemán situados en el flanco oriental, el 1.º ejército de Kluck, asaltaron a los británicos en el canal Mons-Conde. Estos últimos podían abrir fuego cada cuatro segundos y superaban con creces a los germanos, que perdieron tres veces más hombres que los británicos, cuyas bajas totalizaron 1.850 hombres. Por la tarde, los obuses alemanes consiguieron poner orden a una situación complicada, y los británicos se retiraron, como ya habían hecho los soldados de Lanrezac. Los franceses habían sufrido unas pérdidas cuantiosas: a finales de agosto, la cifra de muertos era de 75.000, a los que había que sumar 200.000 hombres más entre heridos y prisioneros. Los alemanes habían salido mucho mejor parados, y avanzaban

rápidamente desde el norte, sin apenas encontrar oposición. Los ejércitos franceses y británicos iniciaron una retirada masiva con el fin de reagruparse alrededor de París.

El plan salió bien: ni perdieron piezas de artillería, ni los alemanes amenazaron ninguna posición. Los franceses se recuperaron de las bajas sufridas y pasaron a gozar de una gran ventaja, pues los ferrocarriles situados tras sus líneas transportaban a las tropas desde el sudeste hasta el noroeste a más velocidad que la de las tropas alemanas, que se desplazaban a pie. Éstos sólo disponían de 4.000 camiones, y dos tercios se averiaron antes de que culminara la retirada; asimismo, los puentes sobre el Meuse habían sido destruidos, y los belgas habían saboteado la red de ferrocarriles y la mayoría de los túneles: a principios de septiembre, del total de 4.000 kilómetros de vías solamente volvían a estar operativos unos 600. El transporte animal se encargaba principalmente de la munición, y los caballos enfermaron ya que solamente se podían alimentar de grano verde. El ejército de Kluck contaba con 84.000 caballos, y los cadáveres de las bestias poblaban las cunetas, entorpeciendo así el avance de la artillería pesada. Algunas unidades se vieron reducidas a la mitad de su fuerza nominal a causa del agotamiento de las tropas provocado por el calor del mes de agosto. A todo esto hubo que sumar los problemas derivados de las comunicaciones: de regreso a Coblenza, Moltke estaba muy lejos, y la telegrafía sin hilos no sólo no funcionaba adecuadamente, sino que además no estaba protegida, dando a los franceses la posibilidad de intervenir las transmisiones. El ejército alemán estaba descentralizado hasta cierto punto, algo que hoy nos parece casi una proeza, pero los generales no solían estar enterados de las acciones de sus vecinos. Entre el 5 y el 9 de septiembre, en plena batalla del Marne, el Alto Mando alemán no dio ninguna orden, y tampoco recibió informe alguno durante los últimos dos días. Pero los problemas no acababan aquí: las tropas abandonaban la vital línea del frente para cumplir misiones que también parecían decisivas, lo que explica que dos destacamentos partieran hacia Amberes y Maubeuge y otros dos hacia Prusia Oriental, además de los efectivos que pusieron rumbo a Namur. En lugar de desplazarlas al flanco derecho, Moltke ordenó en vano a las tropas del flanco izquierdo que atacaran –lo hicieron sin éxito contra Nancy. El 27 de agosto, decretó un avance más o menos general. Los dos ejércitos del flanco izquierdo se dirigieron al bajo Sena y a París. El 2 de septiembre modificó los planes, y los destinó al este de París, mientras que el primer regimiento de Kluck, en el flanco derecho, debía dirigirse desde el sudeste para tomar posiciones en el norte de la ciudad. Aquel cambio obedecía, en parte, a que el vecino de Kluck por el este, el 2.º ejército de Bülow, se había visto frenado en Guise por el 5.º regimiento francés, pero también a que el propio Kluck se había topado con la poderosa resistencia de los británicos en Le Câteau (el 26 de agosto), de modo que los contingentes situados en el flanco oriental alemán estaban demasiado agrupados y el sector oeste de París, abandonado.

Joffre guardaba mejor la compostura en aquel momento que Moltke. Tenía intención de reclutar a nuevas tropas y de trasladar a las que estaban situadas en el

flanco oriental al occidental, donde un nuevo ejército podría atacar el flanco derecho de Kluck, que estaba desguarnecido. Los movimientos empezaron el 25 de agosto. En un primer momento, hubo problemas con los británicos: *sir* John French propuso una especie de retirada para preparar el regreso a Inglaterra si era necesario. French solamente dio su brazo a torcer cuando apareció lord Kitchener, con sus galas de mariscal de campo, para ordenarle que obedeciera los planes de los franceses. Entretanto, la nueva coalición de gobierno francesa insistía en la defensa de la capital, y París se reforzó con tropas pertenecientes al nuevo ejército del noroeste. Cuando, el 3 de septiembre, Kluck se volvió hacia el Este desde París con el fin de no perder el contacto con el ejército de Von Bülow, el camino quedó expedito para lanzar un ataque contra el flanco occidental alemán. Los alemanes siguieron avanzando entre la capital y Verdún, por el curso del Marne, aunque sin ningún resultado: en los pantanos de St. Gond, el 2.º ejército alemán se enfrentó al nuevo 9.º ejército de Foch. El 4 de septiembre, Joffre ordenó una ofensiva del 6.º ejército desde París y Verdún, aunque los combates se habían iniciado un día antes, cuando el nuevo ejército francés del flanco occidental (el 6.º) se topó en el río Ourcq con una parte de las fuerzas de Kluck: fue entonces cuando varios destacamentos partieron desde París en taxi, una gran leyenda patriótica, a pesar de que los taxímetros no dejaron de funcionar en ningún momento. No sin dificultades, consiguieron contener aquella ofensiva, pero Kluck trasladó a dos de sus regimientos desde su propio flanco izquierdo hacia el derecho, abriendo así un agujero entre su ejército y el de Von Bülow, aproximadamente entre los ríos Grand Morin y Petit Morin, dos afluentes que, desde el sur, desembocan en el Marne.

Ahí mismo se encontraba, por casualidad, la Fuerza Expedicionaria Británica, que avanzó con cautela hasta ocupar una zona casi vacía, prácticamente abriendo una brecha entre los dos ejércitos situados en el flanco derecho alemán. Ahora, las tropas alemanas situadas ahí eran considerablemente menos numerosas que las de los aliados –veinte divisiones contra treinta–. Asimismo, a los germanos se les estaban acabando las municiones, mientras que los franceses habían aprendido a dar un mejor uso a sus cañones. El 8 de septiembre, los miembros del Estado Mayor se reunieron en el cuartel general de Moltke, y de ahí partió en automóvil un coronel del servicio de Inteligencia para entrevistarse con Kluck y Von Bülow. Descubrió que Von Bülow había decidido retirarse si los británicos cruzaban el Marne, algo que había sucedido el día 9 según los informes de la aviación. Moltke, cuyo valor empezaba a venirse abajo, visitó el 11 de septiembre a otros comandantes y ordenó la retirada de tres ejércitos, el 3.º, el 4.º y el 5.º, situados en el flanco oriental. Entre el 9 y el 14 de septiembre, los alemanes retrocedieron hasta una cadena calcárea que se alzaba 500 metros por encima del río Aisne. La infantería recibió la orden de fortificar aquella posición. Las tropas se pusieron a cavar y levantaron defensas de alambradas. Apenas eran visibles para la artillería, e invulnerables para los rifles, y solamente las granadas podían obligar a los soldados a abandonar aquella posición, pero para lanzarlas había

que aproximarse. Joffre supuso que los alemanes habían emprendido la huida y ordenó a sus hombres que atacaran a pesar del agotamiento, del mal tiempo y de la falta de munición. Las cargas aliadas contra las posiciones en el Aisne no prosperaron y, a finales de septiembre, aquella parte del frente parecía inalterable. La partida estaba en tablas.

Los franceses habían depositado muchas esperanzas en la victoria de los rusos, pues éstos habían invertido dinero en una red estratégica de ferrocarril, en doblar el número de vías y en prolongar los andenes. Como resultado, la movilización rusa se produjo tal y como los alemanes habían temido, y a mediados de agosto una gran cantidad de soldados se había concentrado en la frontera de Prusia Oriental, aunque carecían de servicios secundarios de apoyo. Como habían augurado, los rusos invadieron Prusia Oriental con unas treinta divisiones repartidas en dos ejércitos, el 1.º, que se dirigió hacia el oeste, y el 2.º, que puso rumbo al sudoeste pasando por el norte de Varsovia. En teoría, deberían haber sido capaces de rodear al único ejército alemán de la zona, el 8.º, que estaba concentrado en la frontera oriental y en la fortaleza de Königsberg, pero no resultaba sencillo llevar a la práctica esos planes. Los dos ejércitos rusos estaban separados por lagos y bosques, donde era difícil divisar a las tropas y donde, por falta de abastos, la caballería rusa apenas pudo hacer nada en cuanto cruzó la frontera. Asimismo, los alemanes tenían a su disposición una red de ferrocarriles que iba de Este a Oeste, mientras que los rusos solamente podían avanzar desde Grodno o Varsovia, en medio del polvo estival de las carreteras. Los rusos volvían a estar en un apuro, porque los sistemas de comunicación eran sumamente deficientes, tanto que el transporte de los telegramas se hacía en coche desde Varsovia y en fardos. Samsonov, al frente del 2.º ejército ruso, tenía a su cargo casi veinte divisiones entre las de infantería y las de caballería, y a éstas les resultaba difícil incluso estar en contacto entre sí, y más aún con otro ejército. Rusia transmitía las órdenes por radio, sin ni siquiera codificarlas, ya que era un proceso demasiado laborioso y carecían de suboficiales en los que descargar esa tarea. Por lo tanto, los servicios de Inteligencia alemanes estaban informados de todo lo que sucedía.

Aun así, los alemanes no empezaron con buen pie. El 8.º ejército tenía trece divisiones y la táctica evidente que emplearon consistió en ir a por uno de los dos ejércitos rusos antes de que el otro pudiera unirse a él. El 20 de agosto, los alemanes lanzaron un ataque frontal contra las tropas invasoras de las regiones orientales –el 1.º ejército– y, en una tarde, perdieron a 8.000 hombres de los 30.000 que intervinieron en la ofensiva. El 22 de agosto, el comandante Von Prittwitz sucumbió al pánico y, en una conversación telefónica con Moltke, farfulló que tendría que abandonar Prusia Oriental y retroceder hasta el Vístula. Fue destituido, y un general retirado, Paul von Hindenburg, asumió el mando, con Erich Ludendorff, un tipo que antes de la guerra se había significado como un gestor decidido y que había demostrado su sangre fría en Lieja, como su jefe de Estado Mayor. Ambos formaban un buen tándem. Ludendorff era extraordinariamente competente pero los elogios se

le subían a la cabeza, lo que podía llevarle a perder la perspectiva. Von Hindenburg era el pie que pisaba el freno, aunque en ocasiones se refería irónicamente a sí mismo como «el letrero». Lo más importante era que los nuevos mandos mantuvieran la calma, ya que el 2.º ejército ruso seguía luchando en el norte, en sus propias posiciones de retaguardia, después de que la batalla en el Este le hubiera infligido una severa derrota y lo hubiera obligado a abandonar esa posición. Una parte de esas tropas tuvo que batirse en retirada, en tren, en dirección al flanco occidental del 2.º ejército ruso; otros se dirigieron a pie hacia el oriental. El 1.er ejército recibió órdenes de encargarse de la ciudad fortificada de Königsberg, en la costa báltica, desentendiéndose así de todo lo relativo al 2.º ejército. El 24 de agosto, éste se topó con los alemanes, y, en un primer momento, la columna central pareció imponerse – aunque ese avance no era sino una ilusión, pues cuanto más al norte se desplazaban, más soldados quedaban atrapados entre los dos flancos de las tropas alemanas. El día 26, la columna occidental se puso en marcha, atacó al caótico y azorado contingente ruso del flanco oriental y logró interrumpir sus comunicaciones. Al día siguiente, la columna oriental se abalanzó sobre los soldados rusos del flanco derecho, y las primeras unidades de ésta consiguieron unirse a las tropas que llegaban desde el extremo opuesto para rodear a los rusos y capturar a cuatro divisiones de ese ejército. Entre las tropas empezaba a escasear todo y los mandos estaban desconcertados ante lo sucedido. El 28 de agosto, cien mil hombres, a los que había que añadir otros cincuenta mil que habían muerto o que estaban heridos, se rindieron por grupos, y su comandante se suicidó. Fue una derrota sin paliativos, la más espectacular de la guerra, y se convirtió en una leyenda. No lejos de ahí había una población, Tannenberg, donde, en la Edad Media, los pueblos eslavos habían derrotado a los caballeros teutones. El nombre de aquella población sirvió para bautizar la batalla, y «Tannenberg» se erigió así en un símbolo del orgullo germánico. Aquella gesta también permitió que Von Hindenburg y Ludendorff se granjearan una reputación que no sólo perduró hasta el final de la guerra, sino que se mantuvo incluso después. El monumento construido en Tannenberg está muy cerca de donde se encontraría el cuartel general de Hitler durante la guerra, en Rastenburg. Con el tiempo, ambos volarían por los aires por obra de los rusos o de los polacos.

Los rusos retrocedieron hasta sus fronteras y lograron impedir a duras penas que los alemanes cruzaran la oriental, en los lagos de Masuria. Las hostilidades entre rusos y germanos cesaron temporalmente. Con todo, los rusos se resarcieron en cierta medida, ya que les fue mucho mejor en su enfrentamiento con Austria-Hungría. El imperio de los Habsburgo empezaba a agonizar. A finales de agosto, más de cincuenta divisiones de infantería y dieciocho de caballería se habían reunido en la región sur de Polonia y en los territorios occidentales de Ucrania, y las fuerzas austrohúngaras –treinta divisiones, a las que se habían de unir ocho más procedentes de los Balcanes– eran netamente inferiores. Los rusos también los superaban en artillería. Austria-Hungría, además, empezaba a sufrir los efectos del derrumbe de un

imperio, cuando el orgullo se da de bruces con la realidad.

El comandante austrohúngaro, Franz Conrad von Hötzendorf^[7], era un tipo inteligente. Sabía que sus fuerzas, que en conjunto no superaban las cincuenta divisiones de infantería y cuyo presupuesto era de veinticinco millones de libras esterlinas, menor que el de las seis divisiones inglesas, eran demasiado débiles para enfrentarse a Rusia, pero no así para luchar contra Serbia, cuyo ejército era una cuarta parte del de Austria-Hungría. Junto a Moltke, había acordado que emplearía prácticamente a todos sus soldados para combatir a Rusia, mientras Alemania hacía lo propio con Francia. La guerra con Serbia era a todas luces popular y su ejército lo suficientemente fuerte para derrotar a los serbios, toda vez que Rusia no era, todavía, una amenaza efectiva. Sin notificarlo a los alemanes, dispuso que las tropas que iban camino del frente ruso se apearan de los convoyes en los Cárpatos, a unos ciento cincuenta kilómetros de la frontera. El avance de los rusos a través de Galitzia, en el sur de Polonia, sería lento, y los alemanes destacados en Prusia Oriental tal vez pondrían rumbo al norte de Polonia, mientras que la otra mitad del ejército austrohúngaro pondría en su sitio a los serbios. Conrad siempre podría alegar ante los alemanes que aquella situación no constituía ninguna novedad: la guerra enfrentaba a Austria-Hungría y Serbia, y los rusos tardarían en tomar partido por unos u otros, de modo que la movilización austrohúngara debía centrarse primero en Serbia. Sin embargo, no era una excusa demasiado plausible, y el ministro de la Guerra tuvo que admitir tiempo después que nadie había dudado de la intervención rusa. Provocarla era el motivo para ir a la guerra. Cuando los alemanes tuvieron conocimiento de lo que estaba sucediendo, los mensajes de protesta llovieron desde todos los estamentos, empezando por el káiser.

Conrad tuvo que explicar que las tropas ya habían partido en dirección a los Balcanes, lo que, a ojos de los alemanes, constituía un uso erróneo y absurdo del ejército de una gran potencia en los primeros compases de la guerra. ¿Había manera de hacerles tomar otro camino?, preguntó a sus expertos en materia ferroviaria, pero éstos estaban atónitos: ¿cómo pensaba desviar los trenes si las líneas sólo tenían una vía y estaban en plena movilización general? En Austria-Hungría, el ferrocarril era el reflejo del carácter multinacional del imperio, y cada uno de sus ciudadanos tenía que lidiar con un inconveniente u otro. Para impedir que los bienes austriacos llegaran a Hungría, por ejemplo, diecinueve líneas morían en la frontera austrohúngara; para atravesar la Eslovenia austriaca, a pocos kilómetros de distancia de la Croacia húngara, había que tomar o bien un curioso ferrocarril de montaña o bien, si se prefería una opción más rápida, cruzar Budapest. Seguía habiendo líneas privadas, y el ancho de línea en Bosnia era distinto, lo que obligaba a cambiar de convoy en cuanto los trenes llegaban a la frontera, en Bosnisch-Brod. Los expertos ferroviarios afirmaban que la movilización contra Serbia, que ya había sido decretada, debía seguir adelante aunque siempre cabía la posibilidad de ordenar a las tropas que volvieran a montar en los trenes para trasladarlas al frente ruso en cuanto llegaran a

los Balcanes. Puede que los expertos exageraran, pues el número de tropas de los cuatro ejércitos en cuestión que habían partido de Praga y Budapest al inicio de la movilización rusa no era demasiado elevado, pero se comportaron con un inmovilismo cauto, conscientes de que, si algo salía mal, las consecuencias serían desastrosas (la gestión del ferrocarril fue un factor clave de esta guerra, y la historia oficial alemana dedica a esta cuestión dos de sus once volúmenes). Para evitar embotellamientos, se dispuso que todos los trenes se desplazaran en lo que se bautizó como el «gráfico máximo paralelo», una expresión que describía la velocidad máxima a la que debía circular el peor tren de la peor línea: quince kilómetros por hora. En caso contrario, las chinchetas en los mapas se habrían amontonado sin remedio y el abastecimiento de agua y de carbón y el reparto de los telegramas habría sido caótico. Es cierto que incluso en las líneas mejor gestionadas las cosas podían torcerse –en las del norte de Francia se producía un accidente diario– y que, antes de la ofensiva británica del Somme, dos años más tarde, un embotellamiento en la estación de Amiens entorpeció el tráfico a lo largo de más de veinticinco kilómetros, pero la cautela de los expertos ferroviarios austrohúngaros determinó que la movilización se llevara a cabo a una velocidad menor que la de una bicicleta cualquiera.

Con uno de sus ejércitos avanzando en la dirección equivocada, Conrad tuvo que rediseñar su plan original de despliegue por el sur de Polonia. Sin embargo, tampoco ahí había posibilidad de improvisar los horarios de los trenes, y tres ejércitos más tuvieron que apearse en las estaciones de los Cárpatos y marchar más de ciento cincuenta kilómetros bajo el calor de agosto. El otro ejército, el 2.º, se bajó en la frontera con Serbia, acampó durante un tiempo, se vio arrastrado a una acción fallida y volvió a montar en los trenes y atravesó el sur de Hungría hasta llegar a Galitzia casi cinco semanas después de que la guerra hubiera comenzado. En cuanto llegaron, nada sucedió. La primera consecuencia de todo aquello fue el fracaso de la tan cacareada ofensiva contra Serbia. El comandante Potiorek, un homosexual neurótico, rival de Conrad y bien relacionado en los círculos judiciales, se comunicaba con su Estado Mayor solamente a través de notas apenas legibles y aún estaba purgando su fiasco a la hora de proteger al archiduque. Los dos ejércitos austrohúngaros, que debían cruzar unas montañas prácticamente sin caminos transitables, ligeramente inferiores en número a los serbios y, a diferencia de éstos, totalmente inexpertos en el arte de la guerra, estaban demasiado alejados entre sí. Entre el 16 y el 19 de agosto, el destacamento del flanco izquierdo se vio sobrepasado por los acontecimientos y obligó al otro contingente a acompañarlo en su retirada. El resto de iniciativas que se llevaron a cabo hasta diciembre también fracasaron.

En el frente nororiental, dos ejércitos austrohúngaros estaban listos el 21 de agosto, algo antes que los rusos, y se produjeron diferentes combates en la frontera norte con la Polonia rusa. Los austriacos tuvieron una actuación notable y obligaron a dos unidades rusas a retirarse más o menos al tiempo que los alemanes capturaban a

la mayoría de soldados del 8.º ejército. Este éxito, sin embargo, se produjo a costa del flanco oriental del frente: ahí, un ejército austrohúngaro, el 3.º, aguantó la posición en un río situado cerca de la frontera con Rusia, mientras que el 2.º ejército no llegó desde Serbia hasta el 8 de septiembre. En total, la superioridad de tropas rusa era de 750.000 soldados por 500.000, y esta proporción, que era aún mayor en términos de artillería y ametralladoras, se concentraba en el frente oriental. El único ejército austrohúngaro empeoró más si cabe la situación al lanzar un ataque que no tardó en ser repelido y que permitió a los rusos entrar, el 3 de septiembre, en la capital provincial, Lvov (Lemberg, para los alemanes, nombre con el que se conoce por lo general esta batalla). Los contraataques austrohúngaros no prosperaron, y se decretó la retirada general a las colinas de los Cárpatos y a las afueras de Cracovia, mucho más hacia el Oeste.

Aquellos acontecimientos ayudaron a definir el patrón de la guerra: en el frente occidental, la situación estaba equilibrada mientras que, en el oriental, los austrohúngaros sufrían crisis más o menos constantes. ¿Qué respuesta podía dar Alemania, que solamente ahora había empezado a movilizar adecuadamente sus recursos? Moltke fue presa de los nervios y lo sustituyó un personaje menos histérico, el ministro prusiano de la Guerra, Erich von Falkenhayn. De entrada, no había motivos concretos para el pánico. Las pérdidas habían sido cuantiosas pero, aun así, una vez el número de efectivos regresara a unas cifras normales volverían a la carga. Por fin había quedado claro que, si las tropas lanzaban un ataque frontal, los recibiría una lluvia de metralla y de balas procedente de unas posiciones terrestres contra las que poco podían hacer las armas germanas. En Francia, por lo tanto, ambos bandos intentaron ganar el flanco que todavía seguía abierto, al noroeste de las líneas del Aisne, repitiendo ahí una de las maniobras bélicas más antiguas, porque quienes atacaban un flanco podían disparar desde un lado a unos defensores desguarnecidos que se veían así atrapados, por la vulnerabilidad de su posición, en una línea desde la que no podían responder al fuego. El problema estribaba en que, en estos casos, los atacantes no avanzaban a una velocidad suficiente, y carecían asimismo de la artillería necesaria. Los combates empezaron a mediados de septiembre y se fueron desplazando cada vez más al noroeste, de modo que la línea de trincheras llegó hasta el mar, a la costa de Flandes. Los británicos defendieron la ciudad medieval de Ypres de un formidable ataque alemán cuyo fin era acabar de un vez por todas con Bélgica. Al mismo tiempo, los efectivos germanos aumentaban con el ingreso en el ejército de los escolares de más edad y de estudiantes voluntarios. A finales de octubre y durante la primera quincena de noviembre se libró una batalla extremadamente sangrienta, durante la que los británicos se enrocaron en la ciudad y, posteriormente, en el célebre «saliente de Ypres», como se le conocería con posterioridad. Un saliente era una parte de la línea que entraba en territorio enemigo y donde los defensores eran extremadamente vulnerables al fuego enemigo desde tres flancos. Lo más sensato habría sido retirarse a una posición más segura, pero el entusiasmo que reinaba entre

la opinión pública era tal que una acción como aquélla habría sido considerada como el reconocimiento de una derrota. La batalla se cobró 130.000 bajas en cada bando, marcó el final del viejo ejército regular británico (60.000 hombres) y llevó a los belgas a perder un tercio de sus efectivos restantes. Los alemanes recuerdan los combates como «la masacre de los inocentes», aquellos estudiantes que apenas habían hecho instrucción y que estaban encuadrados en unas unidades que, en algunos casos, se redujeron en un 60 por ciento. En el cementerio alemán de Langemarck hay 25.000 tumbas.

Ambos bandos empezaron a cavar trincheras, cada vez más sofisticadas. Las tropas en primera línea vivían en «refugios subterráneos», en barracones bajo tierra y en almacenes contruidos en la pared de las trincheras, orientados de cara a las posiciones enemigas para protegerse de los proyectiles. La línea, construida en zigzag, por ejemplo, para estar al abrigo del fuego enemigo, estaba protegida por varios cinturones de alambradas. También eran necesarias trincheras de comunicación, que describían asimismo una ruta sinuosa hasta llegar a zonas más seguras, donde se encontraban los hospitales y los abastecimientos, y los ejércitos podían cavar simultáneamente varias líneas de trincheras para guardarse así las espaldas ante una posible retirada. Cuando el tiempo era lluvioso, las trincheras se convertían en un barrizal, y los soldados cubrían entonces el suelo con tablones. Otro de los grandes problemas a los que se enfrentaban las tropas era el de los bichos: las ratas se alimentaban de cadáveres y los piojos inundaban los uniformes (los turcos situaban las guerreras en los hormigueros porque las hormigas se comían a los piojos, a pesar de los poderosos agujijones de éstos). Esta situación de inmovilismo caracterizaba todo el frente occidental a mediados de noviembre de 1914. En términos militares, no constituía ninguna novedad. En el pasado, los sitiadores y los sitiados a menudo habían mantenido este tipo de tesituras durante meses, y las campañas de Marlborough, casi en ese mismo territorio, habían avanzado a un ritmo muy lento. La novedad de la situación de 1914 radicaba en sus dimensiones: millones de hombres, mucho mejor abastecidos y atendidos que las tropas del pasado, estaban absolutamente estancados en unas líneas situadas en ocasiones a cien metros de distancia. En conjunto, los alemanes ocupaban las regiones más elevadas del terreno y podían, por lo tanto, cavar más antes de llegar al nivel freático, que en Flandes se encuentra muy cerca de la superficie, pues toda aquella zona había sido ganada al mar gracias a un eficiente drenaje medieval. Las tropas británicas, formadas por voluntarios sin entrenamiento, vagaban por el barrizal que tan bien recordarían como el rasgo principal de su sector en el frente occidental.

En el Este, las condiciones eran un tanto diferentes. El frente, a más de mil quinientos kilómetros de distancia, era el doble de largo, y el número de tropas, inferior. En teoría, Rusia debería haber sido capaz de reunir a millones de hombres, pues los 170 millones de habitantes del país casi doblaban la población conjunta de Alemania y Austria-Hungría. No obstante, los soldados de reemplazo costaban

dinero, y el presupuesto militar ruso no daba para alimentar y vestir a más de un cuarto de los hombres disponibles. Esa situación hizo que muchos quedaran exentos por varios motivos: religión, condición física, quien sacaba la paja más larga en un sorteo... El principal colectivo en este sentido eran los que se salvaban de ser llamados a filas por su «situación familiar». Si un hombre era «el sostén de la familia», no ingresaba en el ejército. A principios de agosto, dos millones de campesinos contrajeron matrimonio para desesperación del Ministerio de la Guerra, que solamente se lo explicaba si habían optado por cumplir con la patria procreando. La primera línea del ejército ruso, formada por cinco millones de hombres, no superaba el contingente alemán, y en el frente oriental la concentración de fuerzas era de noventa divisiones rusas por ochenta alemanas y austrohúngaras. Por cada kilómetro y medio de frente había 1.500 soldados rusos por 5.000 franceses, y estos últimos estaban mucho mejor armados. Pero aún había más. Occidente contaba con trenes para trasladar, a una relativa velocidad, a tropas a algún sector amenazado del frente. En la Polonia rusa, la cifra de ferrocarriles era mucho menor, y el movimiento de las reservas siempre era complejo: en octubre de 1914, el Alto Mando perdió prácticamente a todo un ejército que se había arremolinado en las calles de Varsovia. En tales circunstancias, si algo caracterizaba la guerra en el frente oriental era el movimiento, aunque éste fuera, por lo general, un movimiento sin rumbo.

A mediados de septiembre, los alemanes advirtieron que debían hacer algo para salvar la posición de sus aliados. Ludendorff fue a ver a Conrad. Como buen hijo de un granjero del norte de Alemania, todavía se dejaba impresionar fácilmente por la grandeza de los Habsburgo, tanto más cuanto que el cuartel general austrohúngaro ya no estaba en los barracones de Przemysl sino en un lugar mucho más confortable: en una pequeña propiedad de Teschen que pertenecía al comandante nominal, el archiduque Federico, y a su esposa, la princesa Croy (conocida como «Busabella»). Éste les cobraba el alquiler, y el propio Conrad se dedicaba de vez en cuando a organizar un divorcio húngaro y protestante para el amor de su vida, con quien no se podía casar bajo las leyes austriacas (y católicas). Conrad convenció a Ludendorff de que la comprometida situación del ejército austrohúngaro se debía a que habían estado conteniendo a los rusos para permitir la victoria de los alemanes en el frente occidental. En verdad, las tropas se encontraban en un estado calamitoso: habían perdido a medio millón de hombres, otros 100.000 habían sido capturados y Przemysl, la gran fortaleza en la ladera norte de los Cárpatos, estaba sitiada, con una guarnición de 120.000 soldados en su interior. Evidentemente, podría haber caído, como había sucedido con el resto de la fortaleza, pero el barrizal que la rodeaba era tal que los rusos eran incapaces de hacer maniobrar su artillería, aunque también es cierto que apenas poseían cañones. Con todo, los austrohúngaros estaban en una situación de emergencia, y el ejército alemán, con Ludendorff al frente, se desplazó al norte de Cracovia. Desde ahí se entregaron durante dos meses a un sinfín de maniobras, impresionantes sobre el papel pero que no condujeron a nada. Ludendorff

se justificó afirmando que le habría ido mejor de haber contado con más tropas.

Pero la situación del frente oriental no era el único quebradero de cabeza de Von Falkenhayn. A principios de noviembre, la guerra adoptó una dimensión mundial. El origen de la contienda había tenido mucho que ver con la ubicación del Imperio otomano, o, mejor dicho, de todo el Oriente Medio, incluida Persia. Por lo general, Turquía era visto como un país atrasado, listo para que los europeos se apoderaran de él. Éstos tenían un nuevo interés en la zona –el petróleo de Mesopotamia (Iraq)– y se podrían servir para sus fines de las minorías cristianas de la región. Sin embargo, quien conocía a los turcos sabía que no eran tan negados, aunque no todo el mundo alcanzara a verlo. En 1914, Churchill requisó dos acorazados que se estaban construyendo en Newcastle, por suscripción popular, para la marina turca. Otros dos acorazados alemanes, el *Goeben* y el *Breslau*, llegaron a aguas turcas y, una vez ahí, adoptaron pabellón turco: la opinión pública turca se decantó claramente por los alemanes. Sea como fuere, ya se había apoderado de Turquía un cierto componente proalemán. Enver Bajá, el ministro de la Guerra y sobrino del sultán, estaba forjando, junto con otros «Jóvenes Turcos», una suerte de nacionalismo basado en los postulados revolucionarios franceses y que seguía los principios de los victoriosos Estados balcánico-cristianos: una nueva lengua, una nueva interpretación de la historia y un futuro exclusivamente nacional. Enver y su amigo íntimo, Talat, el ministro del Interior, engañaron a su propio gobierno para que éste entrara en la guerra. Se apoderaron formalmente de los dos navíos alemanes, vistieron a su tripulación con feces para que fingieran ser turcos y bombardearon varios puertos rusos con la esperanza de que Rusia declararía la guerra. Así sucedió a principios de noviembre, y buena parte del ejecutivo otomano dimitió en protesta por la provocación de Enver. Turquía, sin embargo, ya estaba en guerra. Enver invadió Rusia a través del Cáucaso y sufrió un revés extraordinario: 100.000 hombres murieron de enfermedades o de frío en las altas llanuras alrededor de Sarikamis. Un comandante alemán, Kress von Kressenstein, sufrió otro revés en Suez. Para Enver, nada de todo aquello importaba realmente: del sufrimiento emergería una nación turca que sería mejor vista por Turquía que por el mundo árabe. Como al final se demostró, no andaba errado, pero Turquía tuvo que sacrificar a una cuarta parte de su población y no fue Enver quien llevó a cabo la gesta, sino un personaje de más envergadura: Kemal Atatürk.

Capítulo 3

1915

Cuando la batalla de Ypres tocaba a su fin y las heladas del invierno se apoderaban de las regiones orientales, los británicos optaron por hacer balance. ¿Qué les llevaría a la victoria? En teoría, la historia proporcionaba las claves, y las lecciones que ésta enseñaba eran lo suficientemente elocuentes. En la época napoleónica, la estrategia se había basado en tomar en consideración los puntos fuertes de los británicos y las debilidades de los franceses. La marina real británica ahogó el comercio francés al bloquear las rutas comerciales con el exterior. Brest, Burdeos y Toulon quedaron relegadas a un papel secundario, y la influencia francesa en el mundo se desvaneció. Napoleón promovió industrias alternativas, que absorbieron una cantidad de recursos económicos considerable pero no fueron eficientes, y la economía francesa se vio distorsionada, al tiempo que las posesiones galas sucumbían a la situación y compraban todo tipo de productos a unos precios desorbitados. Entretanto, los británicos seguían enriqueciéndose gracias a su posición monopolística en el comercio de ultramar y empleaban estos beneficios para hacer préstamos a austriacos y rusos, los actores de los combates terrestres. Con el tiempo, reunieron un ejército en uno de los extremos del Imperio napoleónico, en España, formado por 80.000 hombres, un contingente importante para los estándares de la época, al que podían abastecer desde el mar, toda vez que los franceses debían hacer lo propio con los suyos a través de los valles de la región de Europa más árida y compleja, e infestada de bandidos brutales y decididos. Fue en esa época cuando la lengua inglesa adoptó la palabra «guerrilla», aunque no aludiera precisamente a un movimiento pequeño. La empresa de británicos, españoles y portugueses fue mayúscula, aunque todavía habrían de pasar cinco años antes de que expulsaran a los franceses de España. Napoleón describió aquello como «la úlcera española», pues consumió sus fuerzas, pero fue algo más que una úlcera: ante sí tenía a dos imperios atlánticos; tres, si contamos a Portugal.

Ahora, con la extraordinaria superioridad naval de los británicos, ¿acaso no había alguna manera de desencallar la situación en Occidente?, se preguntaban las mentes más preclaras, y especialmente Winston Churchill, un personaje extremadamente despierto y sagaz, inteligente, de retórica grandilocuente y anticuada e impregnado de un sentido patriótico de la historia. La marina, bajo su mando en calidad de primer lord del Almirantazgo –una particularidad de la historia británica es que los civiles controlaban las Fuerzas Armadas, mientras que en Alemania estaban bajo las órdenes de los militares–, ya se había movilizado. Los más de veinticinco kilómetros de largo que sumaban, puestos uno detrás del otro, todos los acorazados grises de la flota eran un aviso para los alemanes: si las cosas seguían por ese cauce, estaban perdidos. De

hecho, los primeros disparos en la guerra entre alemanes y británicos se produjeron en la bahía del puerto de Sidney, en Australia, cuando, el 4 de agosto, un barco mercante alemán intentó zarpar y le advirtieron de que no lo hiciera. Acto seguido, se decretó un bloqueo contra Alemania. En este caso, el sentido histórico de Churchill fue decepcionante.

El objetivo principal del bloqueo era detener las exportaciones alemanas. Maurice Hankey –el homólogo de Kurt Riezler en la maquinaria británica antes de 1914, un tipo formidable, un lingüista con un vasto abanico de intereses, encargado de asuntos gubernamentales de alto nivel y responsable, al igual que Riezler, de la bomba nuclear veinte años más tarde (los judíos alemanes en el exilio le confiaron el secreto en 1940, y él lo trasladó a los norteamericanos)– dijo que interrumpirlas supondría el fin de Alemania. Como muchas otras personas inteligentes, se equivocaba. Novecientos navíos mercantes alemanes fueron detenidos, y la marina real británica (no sin problemas) hizo lo propio con varios buques de guerra por todo el mundo, incluso en las Malvinas. Aun así, y aunque se vio privada de las exportaciones, Alemania destinó toda la maquinaria y la mano de obra que estaba inactiva a la industria de guerra. Hamburgo no fue el escenario de ningún motín, sino todo lo contrario: las grandes compañías que movían los hilos de la industria alemana optaron por la producción de bienes de guerra, los bancos que habían nacido al amparo de estas empresas financiaron esos proyectos y el Ministerio de la Guerra prusiano supo mantener unos estándares de calidad sin inmiscuirse en el proceso, a diferencia de lo que hacía su homólogo británico. Gracias al bloqueo británico sobre las exportaciones alemanas, la economía de guerra germana superó, en 1915, a la de cualquier otra nación. Los rusos tardaron un año en alcanzar aquel nivel.

Ésta no fue la única paradoja derivada del bloqueo: aquella maniobra se convirtió, también, en la mejor excusa para explicar la mala gestión de las reservas de alimentos en Alemania. El odio hacia los británicos se exacerbó, pues los culpaban de una escasez de la que no eran en el fondo responsables. Detener las importaciones alemanas no resultaba sencillo, ya que éstas podían llegar a través de puertos neutrales. Además, el derecho internacional –la Declaración de Londres de 1909– prohibía obstaculizar las importaciones alimentarias (incluso las alambradas estaban consideradas únicamente como «contrabando condicional», ya que se empleaban en la agricultura). Según la legislación británica, los barcos neutrales no podían negarse a ser inspeccionados, y en ocasiones les era confiscada la carga, lo que provocó un sinfín de problemas con Estados Unidos, que se resolvieron a regañadientes con las compensaciones ofrecidas tras la guerra. Sin embargo, no había manera de impedir que las importaciones de alimentos llegaran a Alemania procedentes, sobre todo, de Holanda.

Es cierto que, conforme la guerra avanzó, los abastos alimenticios de Alemania fueron en descenso, una caída que se acentuó especialmente en el invierno de 1916-1917 y que también se atribuyó al bloqueo, aunque lo cierto es que en ello tuvo

más que ver el sistema de control de precios: a diferencia de lo que sucedía con la carne, los cereales estaban sometidos a él, así que los granjeros alimentaban a sus reses con cereales. De hecho, la ingesta directa del grano proporciona una dosis de energía cuatro veces superior a la que se obtiene cuando se ingiere indirectamente a través de la carne (un obrero tenía suficiente para su dieta diaria con una hogaza de pan victoriano de casi un kilo). En Alemania, el precio de la carne estaba controlado, de modo que preferían sacrificar al ganado (nueve millones de cerdos en la primavera de 1915) antes que venderlo. La cantidad de estiércol disminuyó y las cosechas fueron, por lo tanto, menores. La situación empeoró más si cabe a causa del desastre de la cosecha de la patata, y el invierno de 1916-1917 fue bautizado como el «invierno del nabo». Con todo, el verdadero problema estribaba en los fallos en el control de precios. Al parecer, para el Ministerio de Agricultura prusiano el bloqueo era una forma mejorada de arancel agrícola, defendida desde siempre por los partidos de la derecha. Los campesinos, a pesar de todo, salieron adelante, mientras en las ciudades la gente se alimentaba de nabos y hervía, día sí, día también, remolacha azucarera para hacer un jarabe dulce que se sigue tomando hoy en los mercados de Colonia con los pasteles de patata (*Reibekuchen mit Rübenkraut*).

El bloqueo trajo consigo otro efecto perverso, y previsto aunque malinterpretado. Los británicos confiaban en que, a medida que las exportaciones germanas fueran decreciendo, sus productos ocuparían el lugar de éstas, con lo que recuperarían, o eso creían, el mercado latinoamericano. Los beneficios derivados de esas exportaciones regresarían a la hacienda pública a través de préstamos de guerra o de impuestos, lo que, a su vez, permitiría prestar dinero a los aliados –Italia y Rusia, por ejemplo–, que se encargarían de librar las batallas terrestres. También en este caso había algún precedente: en la guerra de los Siete Años, entre 1756 y 1763, el dinero británico contribuyó a que la Prusia de Federico el Grande pudiera seguir luchando contra Francia, Rusia y Austria, mientras los británicos se ocupaban de acabar con la práctica totalidad del Imperio francés. Las exportaciones ahora eran mucho mayores: en 1916-1917, su valor alcanzaba los 527 millones de libras esterlinas, una cifra que superaba los 474 millones de libras esterlinas de media de los cinco años anteriores a la guerra. Habría que esperar hasta 1951 para igualarla, y resulta curioso que 1916 fuera el único año de todo el período estadísticamente documentado en el que las exportaciones británicas superaron a las importaciones. Con todo, las primeras exigían el concurso de mano de obra cualificada, procedente (así como la maquinaria) de la industria de guerra, y todo aquel sector se vio sacudido por otro fenómeno característico de la época –la extraordinaria cifra de trabajadores cualificados que se enrolaron voluntariamente en el ejército–, de modo que los exportadores no sólo tuvieron que hacer frente a un descenso de la mano de obra sino que tuvieron que pujar entre sí, aumentando así aún más los salarios. La solución al problema llegó, aunque sólo parcialmente, con la imposición, en 1916, del servicio militar obligatorio, y que preveía las exenciones en el caso de los oficios esenciales (hasta el

punto de que la cifra final de reclutas fue inferior a los números alcanzados por los ejércitos anteriores de voluntarios). En 1915, todas estas confusiones afectaron a la economía de guerra británica, y en primavera y verano se produjo una escasez grave de munición, al tiempo que los alemanes se veían obligados, curiosamente, a adoptar una estrategia mucho más adecuada. Por todo ello, el bloqueo se convirtió en un conjunto de bolas de billar que describían una trayectoria elíptica y no entró en vigor realmente hasta 1918, cuando, en gran medida a causa de la intervención norteamericana, las diferentes naciones neutrales se vieron obligadas a limitar sus tratos comerciales con Alemania.

Sin embargo, aún había otro precedente (precisamente, en una época en la que los hombres se dejaban llevar a menudo por los precedentes históricos): «el punto débil». En tiempos de Napoleón, había sido España. ¿Acaso lo sería ahora Turquía?

La intervención de Turquía se había saldado con un fracaso estrepitoso. Los alemanes habían depositado sus esperanzas en que el mundo islámico se levantara contra los británicos después de que el sultán-califa hubiera declarado la «guerra santa». En la mayoría de lugares, aquel llamamiento quedó en nada, pues ni los tártaros rusos, ni los musulmanes hindúes se rebelaron; no en vano, la «guerra santa» apenas tenía sentido si, para combatir a un grupo de cristianos, había que aliarse con otro grupo de cristianos (y, como era de esperar en el caso de los Jóvenes Turcos, su propio líder religioso era un francmasón e hijo de una de las familias de más abolengo de Estambul). El ejército otomano había sufrido unas pérdidas considerables en el Cáucaso, y en las provincias árabes empezaban a advertirse indicios de una posible revuelta. Un ligero empujoncito por parte de los británicos en el Levante podía bastar para acabar con los turcos, lo que volvería a abrir los estrechos al comercio con Rusia. Asimismo, los estados balcánicos e Italia se animarían a ingresar en el conflicto poniéndose del lado de los aliados. A finales de 1914, los británicos ofrecieron Constantinopla a los rusos, y desarrollaron un plan de partición del Imperio otomano entre los diferentes aliados. Nadie esperaba que los turcos opusieran demasiada resistencia^[8]. Prácticamente no tenían industria armamentística y, aunque recibían ayuda alemana a través de los corruptos rumanos por el Danubio, ésta era escasa y llegaba con retraso. Para una generación de alumnos de escuelas privadas educados en la cultura clásica, como por ejemplo el poeta Rupert Brooke, el mar Egeo no estaba exento de atractivos; para Churchill, por su parte, contaba con la gran ventaja de no hallarse en el frente occidental. Había un excedente de buques de guerra británicos que se remontaban a antes de 1906, cuando los gigantescos acorazados, perfectamente armados, hicieron que los navíos anteriores quedaran obsoletos. Éstos podrían, como era de prever, cruzar los Dardanelos, el antiguo Helesponto, un estrecho que, con menos de 800 metros de anchura, ya habían surcado, desde Sestos hasta Abydos, la mitología griega y, posteriormente, lord Byron.

El 18 de marzo, dieciséis navíos que se encontraban ahí se vieron abocados al

desastre. Su armamento no era el adecuado para enfrentarse a las baterías situadas en la costa, y los turcos disponían asimismo de cañones móviles; además, nadie había limpiado el mar de minas. Tres barcos se hundieron y otros tres quedaron inutilizados. Más tarde, cuando llegaron los submarinos alemanes, otros dos fueron hundidos. En mayo, el resto de la flota tuvo que alejarse de la costa. Su comandante era un tipo extremadamente prudente, y confiaba en que un contingente terrestre se encargara de las defensas costeras. Sin embargo, esa fuerza estaba acuartelada en Egipto, e incluso ahí se produjeron retrasos: los barcos de aprovisionamiento se cargaron en el orden erróneo y el comandante, *sir* Ian Hamilton, los envió de vuelta al puerto para repetir la maniobra. A esos problemas se añadió el de la malaria (que acabó con Rupert Brooke). En una demostración de cicatería, ni ahí ni en Mesopotamia el ejército siquiera había equipado las ventanas con mosquiteras. La isla griega de Lemnos fue el lugar escogido para la avanzadilla, pero los preparativos que se llevaron a cabo resultaron demasiado obvios. Además, incluso los ferrocarriles y las carreteras de Anatolia eran más aptas para el transporte de tropas y armamento a Galípoli que los navíos –se necesitaban cincuenta para trasladar a toda una división–, y pasaron siete semanas antes de que se produjera el desembarco, un tiempo que los turcos supieron aprovechar.

Enfrentados a lo que era una amenaza mortal, los turcos decidieron dar un paso que resultó ser letal. En Van, en el Este, los armenios se habían rebelado. La ciudad musulmana fue destruida y su población, aniquilada. Justo antes del desembarco británico, Enver y Talat ordenaron la deportación de la población armenia de todo el país, salvo la de Estambul y la de Esmirna, amparándose en que la lealtad de éstos era especialmente dudosa. Las peticiones del zar, del patriarca de la Armenia rusa, de varios armenios destacados de Anatolia y, por último, los motines que estallaron justo detrás de la línea del frente convencieron a los Jóvenes Turcos de que debían tomar medidas desesperadas. Durante varias generaciones, los armenios habían sido vistos como la minoría «más leal», e incluso en 1914, su líder, Boghos Nubar, tuvo la oportunidad de entrar en el Gobierno (rechazó el ofrecimiento aduciendo que no dominaba lo suficiente el turco). La situación provocó unas escenas de una crueldad extrema, y al menos 700.000 personas tuvieron que marchar por la carretera con destino al norte de Siria o viajar hacinados en trenes, a unos campamentos donde muchos murieron de hambre y de enfermedades. De camino, se produjeron diferentes masacres que están ampliamente documentadas.

El 25 de abril, las tropas aliadas desembarcaron en las cinco playas alrededor de la punta suroccidental de la península de Galípoli, pero el enemigo las superaba en número (seis divisiones contra cinco) y la artillería naval no había logrado inutilizar las baterías ocultas sobre el terreno ni, en un sentido más amplio, al enemigo. Durante el desembarco, los británicos sufrieron un gran número de bajas, y a continuación se toparon con la dureza del terreno: boscoso y escarpado, las posiciones británicas estaban a merced de los turcos, situados en un punto más elevado. El cuerpo de

voluntarios australiano y neozelandés fue a parar a una zona especialmente complicada —«la cueva de Anzac»—, y ambos bandos cavaron trincheras y se libraron a ofensivas frontales. A todos los problemas que afectaban a los invasores se sumó el del agua, que había que traer en botes. Éstos no sólo no podían transportar una cantidad considerable, sino que solían ser un blanco fácil para el fuego procedente de las laderas que dominaban el terreno. En agosto, con tres divisiones nuevas, los británicos intentaron un nuevo desembarco, esta vez algo más al Norte, en la costa de la bahía de Suvla, pero aquel intento también fracasó: las tropas no penetraron demasiado a pesar de que, durante algún tiempo, no encontraron resistencia, ya que el veterano comandante quería, antes de seguir adelante, asegurar el desembarco de todas las provisiones. Entretanto, los turcos, lejos de venirse abajo, hicieron gala de una capacidad de recuperación sorprendente. Aquella batalla sirvió para que un joven comandante, Kemal Atatürk (por este último nombre se le conocería posteriormente), se hiciera un nombre. El gobierno de Londres acabó perdiendo la fe en la campaña y, a principios de enero de 1916, ordenó a un grupo de profesionales que pusieran fin a la misma. Los aliados sufrieron medio millón de bajas, principalmente entre las filas británicas, y los turcos, un cuarto de millón. Éste no fue el único revés de los británicos en esta fase de la guerra: en el invierno de 1915-1916, en una demostración de ineficacia, una expedición a Bagdad fracasó por la climatología, y una división británica se rindió en la primavera a las tropas de Kut-el-Amara. A ojos de los alemanes, la intervención otomana marchaba relativamente bien.

Con todo, los alemanes también habían realizado un buen papel en otros lugares, gracias en gran medida a que el bloqueo les había obligado y permitido adelantarse al resto de países en la puesta en marcha de una verdadera economía de guerra. El nuevo comandante (lo cierto es que, en esta guerra, las figuras imperiales fueron los comandantes jefe nominales, y los jefes del Estado Mayor, las reales, del mismo modo que los generales se paseaban en público montados a caballo pero recurrían al coche si tenían que llevar a cabo alguna tarea seria), Erich von Falkenhayn, era un personaje más frío que Moltke. Tal vez ejemplificando la célebre frase de Goethe, «el genio sabe cuándo ha de detenerse», intuía que enfrentarse a las tres grandes potencias iba más allá de las posibilidades de Alemania, y dijo al káiser que no perder la guerra sería como ganarla. Confiaba, y esa esperanza dictaba sus acciones, en convencer a Rusia para que abandonara la contienda y retomara la asociación con Prusia que había reinado durante buena parte del siglo XIX. Era bismarckiano, y no deseaba, como Von Bismarck había manifestado, «ligar los destinos de la elegante fragata prusiana al carcomido galeón austriaco». Asimismo, tampoco le gustaban los austrohúngaros, a quienes veía como unos católicos frívolos y educados (solamente había un oficial católico en la guardia prusiana, Franz von Papen, que organizó torpemente el sabotaje de la economía norteamericana cuando trabajó como agregado militar en Washington y que, posteriormente, se arrogó la designación de Hitler). Al igual que Von Bismarck, Von Falkenhayn opinaba que Alemania no debía

distanciarse jamás de Rusia, y sus relaciones con Conrad fueron, por momentos, gélidas, tanto que ni siquiera le comunicaba las principales decisiones que afectaban en gran medida a Austria-Hungría. En un momento importante, ordenó incluso a su oficial de enlace que averiguara la capacidad del ferrocarril del norte de Cracovia para organizar una ofensiva de la que solamente tuvieron conocimiento sus aliados una semana antes de que se produjera. En una fase aún más decisiva de la guerra, él y Conrad planearon por separado una ofensiva global contra Francia e Italia que había de permitirles ganar la guerra sin tener constancia en ningún momento el uno de las intenciones del otro.

En Alemania, nadie prestó demasiada atención a los partidarios de sellar la paz con Rusia, a pesar de que el brillantísimo ministro jubilado del zar habría aceptado la oferta. Las potencias occidentales habían ofrecido Constantinopla al zar, algo que Von Falkenhayn no podía hacer, y conviene no olvidar que, al mismo tiempo, se había desencadenado una campaña, un tanto violenta, contra los numerosos intereses alemanes en Rusia, muchos de los cuales se remontaban a los tiempos de Caterina la Grande, que había mandado traer a campesinos alemanes para enseñar a los rusos a practicar la agricultura. Las reformas agrícolas –la tierra para el campesinado– habían sido uno de los principales temas de la política rusa antes de 1914, y ahora la ley disponía que los héroes de guerra pudieran apoderarse de las tierras alemanas. La esposa del zar, alemana, se convirtió en una carga. Sea como fuere, el zar no estaba en disposición de discutir los términos de un acuerdo de paz con los alemanes a menos que, como así era, no le quedara otra alternativa.

Por todo ello, Alemania decidió lanzar una ofensiva en el frente oriental. Al igual que Churchill, Von Falkenhayn sabía que la situación en Occidente se había estancado. Realizó una última intentona en Ypres en abril de 1915 que acabó siendo, como la guerra total de los submarinos, otro ejercicio más de torpeza prusiana. Pero los arsenales contaban ahora con una nueva arma: el gas venenoso, prohibido por las convenciones de La Haya, aunque su uso estaba justificado en virtud de una razón tan cobarde como que las balas de los rifles franceses también liberaban algo de gas al impactar. No cabe duda de que se trataba de un arma terrible, capaz de cegar o de destrozar los pulmones de sus víctimas. Las primeras pruebas se llevaron a cabo en el frente ruso en enero, pero el frío extremo redujo su efectividad. En abril, recurrieron a cilindros para liberar el gas, lo que provocó inmediatamente una reacción de pánico entre británicos y canadienses. Sin embargo, a la vista de que los alemanes debían penetrar poco después en esos mismos sectores, tuvieron que encontrar algunas soluciones provisionales: la lana empapada en orín contenía los efectos durante media hora; tiempo después, llegaron las máscaras de gas. Aun así, y aunque el saliente de Ypres era un problema cada vez mayor para los británicos, que no consiguieron tomarlo, bien es cierto que Von Falkenhayn no habría sabido qué hacer con él de haberse producido una penetración enemiga, pues su objetivo principal era Rusia.

En este sentido, la suerte acompañó a Von Falkenhayn, ya que las potencias

occidentales repartieron sus tropas entre Galípoli y el frente francés. Este último se había convertido en una fijación. Sobre el mapa, la línea alemana parecía muy vulnerable, porque nacía en un largo saliente de tierra, con Noyon, a unos setenta y cinco kilómetros de París, en el vértice, un dato que repetían día sí, día también los periódicos franceses. Los generales ansiosos por destacar estaban, como es lógico, entusiasmados: un nuevo ataque conduciría a la liberación del territorio nacional. Millones de voluntarios británicos habían abandonado una existencia tediosa en las ciudades industriales para abrazar el presunto *glamour* de la vida del soldado, y en ellos bullía el deseo de combatir. Los salientes eran vulnerables desde los flancos: Artois, en el extremo Norte, donde se estaba concentrando la Fuerza Expedicionaria Británica, y Champaña, al noreste de París, al Sur. Si británicos y franceses podían penetrar desde aquellos puntos, podrían «instilar» a la caballería en la zona y tal vez lograrían así rodear a los alemanes en la franja central del saliente. Aquellos planes, sin embargo, tenían mucho de fantasía, y los generales más veteranos, formados en las cargas de la caballería en los *velds* surafricanos o en las campañas en el desierto de Marruecos, soñaban con alcanzar la gloria. La plasmación de todo esto sobre el terreno está recogida en uno de los libros de memorias clásicos de este período de la guerra, *Adiós a todo eso*, de Robert Graves. Éste era un alumno de escuela privada que, embebido del patriotismo romántico de la época, se había enrolado como voluntario poco después de acabar sus estudios en Charterhouse. Los mandos de carrera de su regimiento creían en los rituales: los oficiales se vestían con bombachos, como si estuvieran en la India; los coroneles se encargaban de convertir en una pesadilla la vida de los subalternos aun cuando, en la vida civil, éstos fueran tipos de éxito y prósperos. No muchos comandantes tenían luces, y algunos incluso eran unos necios de tomo y lomo.

La primera operación de la Fuerza Expedicionaria Británica tuvo como escenario un pueblo, Neuve Chapelle, el 10 de abril. En aquella fase temprana de la guerra, las líneas de trincheras no estaban todavía del todo consolidadas, y los británicos habían acumulado un número suficiente de armas para imponerse a sus enemigos atrincherados y ocupar posteriormente esas posiciones. Sin embargo, ¿qué sucedió? Los reservistas alemanes llegaron en tren a otra línea, mientras que los británicos lo hicieron a pie, cargados cada uno con casi treinta kilos de material, el equivalente a una maleta pesada. La caballería avanzó en previsión de los acontecimientos y cerró las carreteras. No obstante, la artillería no tenía conocimiento de la ubicación de la nueva línea alemana, y la infantería estaba agotada. Por todo ello, los ataques posteriores se saldaron con un fracaso. Otro tanto sucedió en mayo, sin que en este caso se diera siquiera el éxito inicial. Aun así, los voluntarios llegaban ahora en masa y en septiembre, de acuerdo con los franceses, se planeó una nueva ofensiva, mucho más ambiciosa. En Loos, una población minera, los británicos lanzaron incluso gases aunque la operación fue, en palabras de Graves, un fracaso –el típico error británico que los soldados recuerdan de los primeros compases de ambas guerras mundiales. El

gas se lanzaba con la ayuda de unos cilindros, pero las llaves para abrirlos eran del calibre equivocado. Los profesores de química apenas sabían nada de los gases venenosos, y aborrecían su trabajo, y los militares no destacaban por el respeto que profesaban por unos maestros de química azorados. Aunque el viento soplaba en la dirección errónea, comoquiera que los cilindros estaban en el lugar indicado, se dio la orden de liberar el gas, y éste salió disparado en dirección a los británicos. La pequeña población de Loos cayó, pero las dos divisiones de reserva se encontraban demasiado lejos y tuvieron que avanzar a toda prisa por los tablones que cubrían el suelo de las trincheras de comunicaciones o por carreteras atestadas de carros, armas y de la inefable caballería. Llegaron demasiado tarde para poder actuar, y fueron masacrados en las cuarenta y ocho horas siguientes. El resultado de la operación provocó, al menos, un cambio en la cúpula británica, pues *sir* John French perdió todo su crédito y fue sustituido por *sir* Douglas Haig, que contaba con el favor del Rey y había demostrado su valor en varias operaciones en 1914. El ataque francés en Champaña fue bastante más eficaz: el 25 de septiembre, la abrumadora superioridad de la artillería y la ineficacia de las defensas germanas permitieron a los franceses abrirse camino en las líneas alemanas y hacerse incluso con 200 cañones, un botín nada desdeñable. Los reservistas avanzaron para aprovechar aquel agujero, pero ahí se toparon de nuevo con problemas: el contingente defensivo alemán que había llegado en tren, una nueva línea pendiente de reconocimiento y, algo con lo que no tardarían en familiarizarse, un campo de batalla destrozado por el efecto de las granadas de metralla, donde los cráteres provocados por los explosivos estaban, en ocasiones, inundados por el agua de lluvia y repletos de cadáveres. La vida de Francia se apagaba.

También se apagaba la vida de los Habsburgo, a pesar de que la causa no eran, en este caso, las bajas en el campo de batalla sino los centenares de miles de prisioneros. A principios de 1915, el ejército se había dispersado por los Cárpatos con la esperanza de apoderarse de los diferentes puertos de montaña. No obstante, en la retirada habían abandonado la fortaleza de Przemysl, con 120.000 hombres en su interior y comida solamente hasta finales de marzo. Si todo aquello hubiera sucedido en otro lugar, la fortificación habría sucumbido, sin lugar a dudas, a los ataques de la artillería pesada, como había pasado en Lieja y en otros puntos, pero los sitiadores rusos apenas poseían cañones. De ahí que, desgraciadamente, «el bastión del San», como lo bautizó la propaganda, aguantara, y que de su destino pareciera depender el prestigio de Austria-Hungría: si caía, se vendría abajo la moral del estamento militar, y tal vez aquello animaría a diferentes enemigos potenciales a actuar. Aun así, si hay un error elemental en la estrategia militar, ése es depender de las fortificaciones, pues el enemigo conoce los pasos que se darán. Los rusos eran plenamente conscientes de que Austria intentaría buscar una solución desde los Cárpatos; ahí estaba apostado incluso un ligero destacamento alemán, el *Südarmee*. Entre el 23 de enero y mediados de marzo, lanzaron tres ataques en las montañas, calificados incluso por los

historiadores oficiales austriacos, cuya benevolencia para con Conrad les llevaba en ocasiones a silenciar la verdad, como «una cruel locura»: varias unidades enteras murieron congeladas, la munición quedaba sepultada bajo la nieve o rebotaba contra el hielo y, antes de poder usarlos, era preciso calentar los rifles acercándolos a una hoguera. Unas 800.000 personas perdieron la vida en aquellas operaciones –tres cuartas partes por culpa de las enfermedades–, y las deserciones agravaron más si cabe la situación. A raíz de aquello, se instaló el miedo a no poder confiar ya en muchos soldados eslavos, y especialmente en los rutenos (ucranianos austriacos) o en los checos, e incluso se optó por dismantelar un histórico regimiento praguense.

Los alemanes, por su parte, salieron mejor parados. En noviembre, Von Hindenburg había asumido el título de «Comandante Supremo en el Este» (*Oberost*, en su abreviatura), las fuerzas a su cargo doblaban las veinte divisiones iniciales, y Ludendorff y Von Falkenhayn andaban ahora a la greña, pues el primero veía con recelo la popularidad del segundo y consideraba que los planes de éste eran demasiado ambiciosos. Sin embargo, la delicada situación de Austria-Hungría obligó a Von Falkenhayn a enviar a cuatro cuerpos del ejército recién creados al frente ruso y, a principios de febrero, atacaron el sector sudeste desde la frontera prusiana, en un episodio que se conoce como «la batalla de invierno de Masuria». Rodeado por una espesa capa de nieve, el ejército alemán hizo gala de su virtuosismo: derrotó a uno de los ejércitos rusos mientras éstos se recomponían para pasar al ataque, y al otro al cogerlo por sorpresa de tal modo que su comandante, un hombre de setenta años, sufrió un ataque de nervios y huyó a la fortaleza de Kovno (fue condenado a quince años de trabajos forzados). Otra división rusa quedó atrapada en el bosque, como ya había sucedido en Tannenberg, aunque a menor escala. Después de aquella ofensiva, los dos bandos intercambiaron fuego en la frontera entre Polonia y Prusia Oriental, y ahí se demostró que Von Falkenhayn estaba en lo cierto y que Ludendorff había sido demasiado ambicioso: a menos que los rusos cometieran un error garrafal, el elevado número de bajas en las filas alemanas convertiría cualquier triunfo en aquella campaña en una victoria pírrica. Sea como fuere, Austria-Hungría necesitaba urgentemente ayuda. El 22 de marzo, Przemysl se rindió y las fuerzas rusas que quedaron libres lanzaron un ataque a través de los puertos de montaña de los Cárpatos, en dirección a la gran llanura de Hungría –se temió incluso que llegaran a Budapest. A principios de abril, el domingo de Pascua, un ejército alemán, el *Beskidenkorps*, comandado por uno de sus generales más competentes, Georg von der Marwitz, ya había conjurado el peligro inmediato, pero la situación empeoraría a menos que se tomaran medidas contundentes.

A todos estos peligros había que añadir otra amenaza en ciernes que nadie dudaba en considerar letal: la posibilidad de la intervención italiana. ¿Cómo podría Austria-Hungría combatir en un tercer frente, e incluso en un cuarto si Rumanía también declaraba la guerra? Ambos Estados eran nuevos y no habían culminado su proceso de unificación nacional, ya que en el imperio de los Habsburgo había un porcentaje

importante de población italiana y rumana. Los italianos gozaban de una cierta ventaja, tenían ante sí las tierras de los pueblos eslavos del sur, al otro lado del Adriático –un imperio mediterráneo a costa de Turquía– y habían obtenido un préstamo de cincuenta millones de libras con unas condiciones ventajosas. Su gran temor eran los alemanes, aunque, en este sentido, la crisis austrohúngara y el desembarco aliado en Galípoli vinieron en su ayuda y, el 26 de abril, Italia firmó el Tratado de Londres con los aliados, rubricando así su intervención. El parlamento aprobó la decisión de declarar la guerra, aunque el estallido de alegría de los diputados no fuera unánime. El 23 de mayo, el embajador italiano en Viena hizo llegar al Gobierno imperial el texto. En teoría, aquello habría debido acabar con Austria, pero la geografía acudió al rescate del país. La mayor parte de la frontera entre Austria e Italia era muy montañosa, y sólo había poco más de treinta kilómetros de terreno llano, al noroeste del gran puerto de Trieste, el principal objetivo de los italianos. Sin embargo, era *karst*, pedernal, nada crecía ahí y era imposible cavar trincheras. El reducido contingente que Austria destinó a la zona logró contener los ataques iniciales. Lejos de acabar con Austria-Hungría, la intervención italiana dio a la guerra un nuevo empuje, cuando menos a ojos de los muchos eslavos implicados, y la buena actuación de los soldados del regimiento de Praga en el frente italiano propició su reunificación. Además, la intervención italiana llevó a Von Falkenhayn a cosechar, en el Este, una de las grandes victorias de la guerra.

Von Falkenhayn había tenido dos grandes quebraderos de cabeza. El primero, convencer a Rusia para que abandonara la guerra, y para ello necesitaba demostrarles de algún modo que jamás lograrían la victoria. El segundo, convencer a Austria-Hungría de la necesidad de hacer concesiones, y generosas, a los italianos para que éstos desestimaran la idea de intervenir. No era fácil: si les proponía el envío de ayuda directa con el fin de derrotar a Rusia, los austriacos podrían rechazar cualquier concesión que se hiciera a Italia. Por ese motivo, ni siquiera Conrad estuvo al corriente de los preparativos de una posible ofensiva contra Rusia, y el káiser solamente tuvo noticias de la misma el 11 de abril. Era un buen plan: un ataque a cargo de un nuevo ejército (el 11.º) a través de las zonas rurales del norte de los Cárpatos, precisamente en los puertos de montaña desde los que los rusos intentaban lanzar sus ofensivas. La tierra ya se había secado, y sería imposible que se repitiera la calamitosa actuación de Conrad en la nieve. Tras diez días, las ocho divisiones – 100.000 hombres y 1.000 cañones del nuevo 11.º ejército de Von Mackensen llegaron, a finales de abril, al este de Cracovia: una exhibición de poder ferroviario de la que no eran capaces los rusos.

Se habían plantado en un lugar especialmente sensible, una zona en la que los problemas de los rusos con el material bélico se mezclaban con una coyuntura estratégica particularmente compleja, y que estaba a punto de provocar que todo saltara por los aires. El contingente ruso estaba formado por dos ejércitos (o *fronty*). El situado al Noroeste tenía ante sí, en Prusia Oriental, a los alemanes, que podían

atacar tanto al Sur como al Este o incluso al Norte, en las provincias bálticas. Un comandante cauto habría destinado hombres a cada uno de estos puntos para afianzar la defensa de los mismos, a pesar de que, con esa decisión, se quedara sin soldados para lanzar una posible ofensiva. El *frente* Sudoeste también estaba amenazado por las incursiones en el extenso flanco de los Cárpatos y, lógicamente, cabía la posibilidad de que una acción de unas ciertas dimensiones ahí acabara de una vez por todas con Austria-Hungría. El problema al que se enfrentaban los rusos era, sobre todo, que los movimientos de sus tropas eran extraordinariamente lentos, porque su red ferroviaria era mucho menos moderna que la alemana y porque la dirección de los trenes estaba en manos de un oficial de rango medio, asistido por dos ayudantes, en un vagón apostado en un claro del bosque en Baranowicze. Una quinta parte del transporte ferroviario alemán estaba relacionado con los caballos (principalmente, con el forraje), y este porcentaje aumentaba hasta la mitad en el caso ruso, en parte porque tanto la caballería como los cosacos estaban a la espera de que les llegara su momento de gloria. Pese a todo, el *fronty* consiguió arreglárselas por su cuenta con el ferrocarril, desoyó a la *Stavka* y no dio prioridad a las reclamaciones del resto de cuerpos. Una división del ejército podía tardar un mes en desplazarse de un punto a otro, a pesar de que, en teoría, el viaje desde Riga hasta Odessa se podía realizar en cinco días.

Unas sesenta divisiones, dos tercios del total de efectivos, se encargaban de contener el pánico que Prusia Oriental despertaba en la población del Noroeste. El comandante del ejército del Suroeste (Ivanov) estaba reclutando una fuerza importante (seis cuerpos) para llevar a cabo una operación cerca de la frontera con Rumanía, en los Cárpatos orientales, con el único objetivo de obligar a Rumanía e Italia a involucrarse en la guerra al mismo tiempo. El grueso de las tropas rumanas situadas al oeste de esa posición tenía la misión de defender los puertos de montaña de los Cárpatos, por lo que de la defensa del frente oriental de Cracovia se encargaban solamente cinco divisiones, sin reservistas a una distancia prudencial, con un frente irregular, unos cambios de posición rutinarios y unas alambradas escasas. A los soldados rusos no les gustaba cavar en tierra sobre la que ya se había librado batalla porque, con las heladas, los cadáveres volvían a salir a la superficie. El comandante local supo de la llegada de las tropas alemanas y quiso levantar una posición adicional. Le respondieron que, si disponía de hombres a los que asignar trabajos como ése, tenía efectivos de sobras y podía destinar a esa tarea a algunos de esos hombres. Las comunicaciones con el frente, además, se hacían a campo abierto. Todo, tanto desde el punto de vista estratégico como táctico, estaba listo para uno de los mayores desastres de la historia militar rusa.

El 2 de mayo, las dieciocho divisiones y los mil cañones del 4.º ejército austriaco y del 11.º ejército alemán iniciaron un bombardeo que duró cuatro horas y que no tardó en reducir las posiciones rusas a un montón de escombros. Aquella acción quedó sin respuesta porque la mayor parte de la artillería del 3.er ejército ruso

(incluido el comandante, que se había largado a una celebración de la Orden de San Jorge, no sin antes ser advertido de la situación por los desertores) estaba en otro lugar. Una gran parte de las tropas eran novatos o personas de mucha edad. Algunos no pudieron vencer el miedo a los morteros en las trincheras y huyeron, cruzando el campo de batalla con los sobretodos al viento. Un tercio de los defensores fueron aniquilados, y se abrió una brecha en el frente ruso de más de siete kilómetros. En dos días, las tropas de las potencias centrales avanzaron doce kilómetros. Solamente si los rusos hubieran decretado una retirada inmediata hacia el río San y hacia Przemysl habrían logrado salvar un tanto la situación, pero el 3.er ejército recibió la orden de aguantar, y los reservistas locales desaparecieron, sepultados por la derrota. El 10 de mayo, los austrogermanos se habían apoderado de doscientos cañones y habían hecho 140.000 prisioneros. Los rusos se veían ahora obligados a abandonar los Cárpatos, y las fuerzas procedentes de otros frentes no sólo tardaron en llegar, sino que fueron enviadas a regañadientes y por tandas. A todo esto se sumaba otro factor siniestro: los rusos no tenían municiones suficientes –un cuerpo necesitado de veinte mil proyectiles un día y de veinticinco mil al día siguiente sólo recibió quince mil. El 19 de mayo, los alemanes habían logrado una cabeza de puente en el San, y cuando Von Falkenhayn se reunió, en el río Jaroslav, con Hans von Seeckt, el jefe del Estado Mayor del 11.º ejército, ambos llegaron a la misma conclusión: tenían ante sí una oportunidad inmejorable para tomar toda la Polonia rusa. El comandante del *frente* Sudoeste ruso compartía esa opinión y, aterrado, declaró que tendría que retroceder hasta Kiev. Entretanto, ordenó una retirada curiosa, hacia el Norte y el Este, sin saber a ciencia cierta qué ruta tomarían los ejércitos de las potencias centrales. El 4 de junio, los alemanes recuperaron Przemysl, y el 22, cayó Lvov.

A raíz de aquello, estalló una crisis monumental en el frente ruso. El gran ariete de Galitzia había empezado a desplazarse hacia el sudeste de la Polonia rusa y, a mediados de julio, los alemanes de Prusia Oriental habían creado otro en la región Norte. Los problemas se multiplicaron porque los alemanes habían abierto un nuevo frente en el Báltico. A mediados de abril ordenaron a la caballería que se apoderara de los espacios abandonados de la zona, logrando atraer así a más efectivos rusos de los que se merecía una región como aquélla. Un ejército tenía que encargarse de cubrir Riga, otro, Lituania y se abrió un nuevo *frente*, en el Norte, lo que provocó los quebraderos de cabeza habituales en cuanto a la disponibilidad de reservistas. La posición estratégica rusa era muy precaria, y lo más sensato habría sido rendir Polonia. Sin embargo, las pocas voces que así opinaban eran fácilmente silenciadas. En primer lugar, para evacuar Varsovia habrían sido necesarios dos mil trenes, y el transporte del forraje hacía que fuera imposible destinarlos a esa misión. Éste no era, no obstante, el único motivo: en principio, Polonia estaba protegida por grandes fortalezas, como la de Kovno en el Norte, Novogeorgievsk en las afueras de Varsovia (y el símbolo del dominio ruso) y otras de menor importancia siguiendo el curso de diferentes ríos. Estas fortalezas habían sido muy costosas antes de la guerra y

contenían miles de cañones y millones de balas. ¿Por qué iban a abandonarlas?

Por todo ello, el ejército ruso tomó la determinación de plantar cara. La escasez de proyectiles no se debía tanto al terrible atraso del país, como sostenían Stalin y otros generales emigrados, queriendo así excusar sus errores, como a la obstinación. El Ministerio de la Guerra jamás había creído que la clase industrial rusa destacara por su honradez o su competencia. El departamento de artillería del Ministerio opinaba que la infantería repetía una y otra vez historias lacrimógenas. Aunque habían invitado a los extranjeros a abastecer de municiones a Rusia, el país nunca estaba entre los primeros destinatarios de esos envíos, y no sólo porque trabajaba aún con unas especificaciones técnicas tan anticuadas como los codos, sino porque carecía de los medios para pagar directamente (recurría al crédito británico). Pero las grandes fortalezas, que se habían venido abajo, almacenaban dos millones de proyectiles. A mediados de julio, Gallwitz desde el Norte, con un millar de tanques y 400.000 proyectiles, y Von Mackensen desde el Sur, se abrieron camino apoyándose en la artillería y reduciendo en algunos casos a las tropas rusas a unos pocos miles de hombres. El 4 de agosto los alemanes habían tomado Varsovia. La fortaleza de Novogeorgievsk contaba con una numerosa guarnición, 1.600 cañones y un millón de proyectiles. A la vista de la suerte que habían corrido el resto de fortalezas en toda Europa a causa de la artillería pesada, debería haber sido evacuada, pero Alexeyev, el comandante del *frente*, opinaba que «debemos defenderla por motivos espirituales». Beseler, que había tomado la fortaleza de Amberes, llegó en tren. Capturó al jefe de ingenieros de la fortaleza y se puso a estudiar los mapas de la misma. Un proyectil alemán se bastó para acabar con uno de los fuertes, y el complejo se rindió el 19 de agosto. La otra gran fortaleza, Kovno, encargada en principio de la defensa de Lituania, siguió el mismo destino casi al mismo tiempo. El botín en este caso fueron 1.300 armas y novecientos mil proyectiles.

Dice un proverbio turco que un desastre vale mil avisos, y, finalmente, la *Stavka* hizo lo que debía. Ordenó la retirada: una versión de lo sucedido en 1812, completada por una política de tierra quemada, de modo que los alemanes no pudieran beneficiarse de nada de lo que encontrarán. Desde el punto de vista militar, la gestión de la retirada fue relativamente ordenada. Brest-Litovsk ardió y centenares de miles de refugiados escaparon del distrito judío y se amontonaron en las ciudades. Los alemanes se quedaron sin víveres e incluso sin agua mientras avanzaban por las marismas del Pripyat. Comoquiera que la *Stavka* había sobrevalorado la amenaza germana contra Riga, la retirada no siguió una única dirección. El 18 de septiembre, los alemanes se abrieron paso a través del «agujero de Svetsiany» y tomaron Vilnius, capital de Lituania. Ludendorff quería continuar, pero Von Falkenhayn era más consciente de la situación. Los rusos habían perdido a un millón de prisioneros y era evidente que no estaban en disposición de interferir en los planes de Alemania en otras zonas; de todos modos, por su formación técnica, Von Falkenhayn comprendía perfectamente las dificultades que entrañaba aprovisionar a los ejércitos en la Rusia

Blanca, muy alejada del final de las vías alemanas, sin carreteras pavimentadas y dependiente de una red ferroviaria que apenas funcionaba y con un ancho de vía mayor, que imposibilitaba que transitaran por ella las locomotoras alemanas. Lo prioritario ahora era dejar fuera de combate a Serbia y abrir, antes de que llegara el invierno a los Balcanes, una ruta terrestre con Turquía. Desestimó los planes austrohúngaros sobre Ucrania e Italia y envió a Von Mackensen a los Balcanes. El Gobierno búlgaro tenía sus propias aspiraciones –reconstruir el imperio medieval búlgaro–, y, estratégicamente, la suya era una situación geográfica inmejorable para invadir Serbia desde el Este. Cayó entre octubre y noviembre y, el 1 de enero de 1916, el primer tren directo desde Berlín llegó a Estambul.

Capítulo 4

1916

En diciembre de 1915, los aliados celebraron una conferencia militar en el cuartel general francés de Chantilly, situado en el palacio de los príncipes de Condé. El año no les había sido nada propicio, pero 1916 prometía ser mucho mejor: los rusos habían dejado atrás la crisis de las municiones y los británicos, además de financiar las importaciones (principalmente, procedentes de Estados Unidos), muy importante para el esfuerzo bélico aliado, estaban reclutando un ejército de tierra. Von Falkenhayn era consciente de que el tiempo no corría a favor de Alemania. Asimismo, intuía que su principal enemigo era Gran Bretaña, pues seguiría luchando a menos que Francia se viera obligada a pedir la paz. Alemania gozaba aún de una cierta ventaja en términos de producción armamentística, de ahí que su objetivo natural fuera el ejército francés, y el método evidente, la artillería: el uso atinado de la misma provocó el setenta y cinco por ciento de todas las bajas. La superioridad alemana en ese aspecto seguía siendo considerable, y había que servirse de ella en un terreno en el que los franceses no tuvieran más alternativa que plantarse y encajar los golpes. El lugar era, también, evidente: Verdún, un enclave histórico, una fortaleza que dominaba el Meuse, al noreste de París, sobre la que habían girado los movimientos del ejército francés en la batalla del Marne y que ocupaba un lugar en la mitología francesa mucho más importante que Ypres en la británica. Todo pasaba por defenderla, aunque, a la vista de la configuración del terreno, sus defensores corrían el riesgo de morir aniquilados.

Así lo veía Von Falkenhayn y, hasta cierto punto, su planteamiento no estaba exento de lógica. Había un saliente alemán en St. Mihiel, al Sur, desde donde se podían bombardear las vías de comunicación de Verdún, y la ocupación de los promontorios situados al este del río permitiría que la artillería alcanzara la mismísima Verdún. Las comunicaciones alemanas eran mucho mejores que las de los defensores, que se limitaban básicamente a una sola carretera ascendente y sinuosa. Además, las nieblas invernales y los bosques favorecían los ataques por sorpresa. A todo esto se sumaba que los germanos contaban con superioridad aérea. Los franceses deberían defenderse en unas circunstancias extremadamente desfavorables, ya habían sufrido enormemente los efectos de las decisiones de Joffre en 1915 y acabarían cayendo. El 5.º ejército quedó a las órdenes del príncipe de la corona, con un tal Von der Schulenburg, descendiente de una de las dinastías militares prusianas de más alcurnia, como jefe del Estado Mayor, y las cosas empezaron a suceder tal y como Von Falkenhayn había previsto. Verdún había estado en calma, y los franceses no habían preparado sus posiciones adecuadamente. La inspección llevada a cabo en enero levantó la voz de alarma, y aunque los generales se decantaban por la retirada,

los políticos desestimaron la propuesta argumentando que la grandeza de Francia impedía echarse atrás. Al príncipe de la corona le bastaba con reunir nueve divisiones, porque del grueso de las operaciones se ocuparía la artillería: en siete semanas, llegaron 1.300 trenes cargados con municiones. La climatología obligó a retrasar la acción y eso permitió a los franceses, tal vez de un modo que acabaría siendo providencial, a intensificar los preparativos. El 21 de febrero, 1.220 cañones, la mitad de ellos pesados o de largo alcance, bombardearon con dos millones de proyectiles y durante ocho horas un frente de doce kilómetros. En los tres primeros días, gracias a sus nuevas tácticas y a nuevas armas como los lanzallamas, los alemanes avanzaron varios kilómetros. El símbolo de la batalla fue un gran fuerte, Douaumont, que los franceses abandonaron en una demostración de sensatez (sus muros de hormigón eran sumamente gruesos y, por lo tanto, un objetivo evidente para los cañones más pesados aunque, una vez cayó, fue una batería francesa la que acabó con él). Los alemanes se apoderaron de la fortificación en un golpe de suerte, pues los franceses habían optado por apostarse en las trincheras exteriores.

Con todo, algo fallaba en el razonamiento de Von Falkenhayn. Por supuesto que dos millones de proyectiles podían borrar cualquier rastro de vida en los doce kilómetros del frente, pero la longitud del mismo no permitía encargarse de los franceses de la orilla izquierda del Meuse y éstos abrieron fuego sobre los alemanes que llegaban desde la derecha. El comandante al cargo de la defensa, Philippe Pétain, sabía qué se traía entre manos, y el ímpetu de los alemanes decreció. Von Falkenhayn tenía que lidiar ahora con el problema que se le había presentado en la orilla izquierda, al tiempo que la derecha se enfrentaba a la contraofensiva suicida de un general, Nivelle, ansioso por alcanzar la gloria. Los franceses no se vinieron abajo – todo lo contrario –, y los promontorios situados al este del Meuse, pasada Douaumont, y de una importancia estratégica vital, no cayeron. Verdún se erigió en un monumento a la épica nacional, algo así como sucedería con la batalla de Inglaterra en 1940, y sirvió para aglutinar a toda la población francesa. La opinión pública de uno y otro bando reaccionó con fervor, y los limitados objetivos que se había propuesto Von Falkenhayn cayeron en el olvido.

La campaña se cobró tres cuartos de millón de víctimas entre las filas alemanas y las francesas. Por la única carretera que existía, la «vía sagrada» como ingeniosamente fue bautizada, transitaban de noche los camiones cada cuarenta segundos, con los faros mitigados, para abastecer la línea de Verdún. Las divisiones francesas se relevaban para pasar cada una un mínimo de dos semanas en el frente. Von Falkenhayn se dio cuenta de que debía silenciar la artillería de la orilla occidental del Meuse, y a eso se dedicó durante marzo y abril. Puede que hubiera preferido interrumpir la operación, pero a aquellas alturas se había convertido ya en una cuestión de prestigio, y el káiser lo visitó para celebrar la caída del fuerte de Douaumont y para animar a su hijo. Los alemanes capturaron dos promontorios del flanco occidental –el Mort Homme y la Cota 304– antes de volver la vista de nuevo,

en mayo y junio, a la orilla derecha y tomar Fort Vaux, un objetivo que, sin embargo, no se encontraba entre los que inicialmente perseguía la campaña, pues se suponía que eran los franceses quienes debían cargar, de entrada, porque habían sufrido más pérdidas que los alemanes, aunque ahora las cifras se equilibraban. Cuando los alemanes lanzaron el 23 de junio su último gran ataque, estaban demasiado debilitados para imponerse. Tras ello, el general Nivelles, el nuevo y decidido comandante francés, organizó una serie de contraofensivas perfectamente planeadas y recuperó los fuertes (en una escena de la película de Renoir *La gran ilusión*, los prisioneros de guerra franceses enloquecen y gritan: «Douaumont es nuestro»). Verdún también dio a Francia un eslogan: «*Ils ne passeront pas*», pero acabó en cierto sentido con el ejército francés, o cuando menos fue tal el efecto de la batalla que el país jamás se recuperó del todo: aquella campaña fue el canto de cisne de Francia como gran potencia. La caída del país en 1940 se explica, en parte, porque la población no quería volver a pasar por otro Verdún.

Si Von Falkenhayn hubiera ayudado a los austriacos, sin embargo, tal vez Italia habría quedado fuera de combate, tal y como deseaba Austria. A mediados de mayo, éstos atacaron desde el Trentino, con la esperanza de alcanzar la planicie veneciana e incluso de aislar al ejército italiano en el Isonzo, al noreste de Venecia. El plan era muy audaz y, a pesar del invierno, los austriacos se exhibieron en el transporte de la artillería pesada sirviéndose de carros tirados por los cables que se empleaban en los remontadores. Aquella maniobra les dio una ventaja de tres contra uno en términos de artillería pesada, y Conrad gozó de una ligera superioridad sobre el terreno al recurrir a seis de sus mejores divisiones del frente oriental. Al cabo de pocos días, los austriacos estaban a las puertas de la planicie pero, como era habitual, las vías de comunicación de los defensores eran mejores y los atacantes estaban agotados. Los reservistas que intervinieron en el contraataque llegaron a bordo de camiones de la Fiat. Este episodio es el único de toda la guerra en el que las cosas podrían haber tenido un desenlace diferente: si Von Falkenhayn hubiera apoyado a Conrad, Italia habría sido aplastada con facilidad, lo que habría acarreado unas consecuencias dramáticas para el resto de frentes. Pero nadie se planteó algo así en ningún momento: ni Von Falkenhayn, ni Conrad compartieron sus respectivos planes. La relación entre ambos era pésima.

Ese año se libró otra batalla decisiva en el frente ruso por cuanto minó la moral de un número importante de generales rusos. Los acuerdos de Chantilly obligaban a Rusia a apoyar a los franceses en Verdún. El 18 de marzo, en la Rusia Blanca, cerca del lago Narotch, las tropas del norte de Rusia iniciaron una ofensiva convencidas, y con motivos, de que los problemas de abastecimiento que habían sufrido eran cosa del pasado. La operación fue un ejemplo de manual de cómo no hay que hacer las cosas. Los soldados tuvieron que avanzar por un terreno nevado, y la aviación alemana los identificó fácilmente. Incluso los cocineros del cuartel general discutían sobre cuándo se llevaría a cabo el ataque. El deshielo había empezado: de día, el

terreno era un lodazal helado; de noche, el barro volvía a congelarse. Por todo ello, los proyectiles o se hundían, o rebotaban. Por si esto fuera poco, la artillería ligera y la pesada se declararon la guerra: decidieron no colaborar y el bombardeo inicial fue un fracaso –tiempo después fue bautizado como «el espectáculo pirotécnico del general Smirnov»–. Tras cien mil bajas y después de no haber obtenido nada, se puso fin a la operación. Posiblemente fue la peor de las muchas operaciones mal planificadas que se produjeron durante la guerra. Al mismo tiempo, las capas sociales educadas de Rusia empezaban a ver al zar como un personaje ridículo. Mijail Lemke, el traductor de Hegel, estaba al frente del departamento de prensa de la *Stavka*, y sus diarios, publicados en 1918, son un compendio de burlas: a pesar de su avanzada edad, el general Smirnov ostentaba aquel cargo gracias a los tejemanejes en los tribunales de una abuela excesivamente maquillada, pero era todavía más flagrante el caso del general Bezobrazov, de ojos saltones y con una pata de palo. El general Kuropatkin diseñó un plan para encender, en plena noche, los reflectores y desconcertar así a los alemanes, pero en ningún momento pensó que, con aquella acción, pondría al descubierto a los atacantes y los convertiría en blancos fáciles. Fue destituido. El zar, sin embargo, para no herir sus sentimientos, no quiso que creyera que lo habían despedido por motivos de edad y se limitó a decirle, con buenas palabras, y antes de poner en su lugar a alguien mayor, que era un incompetente. Lemke reía por no llorar, pero el virus de la desafección se estaba incubando. Después del desastre del lago Narotch, los ejércitos del norte de Rusia se pasaron prácticamente un año y medio en el dique seco, aburridos, mal alimentados, bebiendo con el estómago vacío unos brebajes que preparaban en secreto... Ingredientes de un motín que estallaría a su debido tiempo y a gran escala.

Por esas mismas fechas se produjo otra no batalla que sería tanto o más decisiva. La marina de Tirpitz y la Gran Flota británica estaban varadas, respectivamente, en Bremen y en Scapa Flow, en el extremo norte de Escocia, inmovilizadas ambas a causa, en gran medida, de la amenaza de las minas y los submarinos. Antes de la guerra, nadie dudaba de que ése iba a ser el rumbo que tomarían los acontecimientos, y los británicos habían puesto todo su empeño en intentar convencer de ello a los alemanes: ambos bandos estaban invirtiendo una cantidad sensacional de fondos en la construcción de unos barcos que no entrarían en liza. El 31 de mayo, en plena campaña de Verdún, los navíos alemanes zarparon con la misión de destruir los rápidos cruceros de combate británicos, que les impedían atacar a las tropas que cruzaban el canal de la Mancha o ir contra los buques mercantes que navegaban por alta mar. Gracias al trabajo de sus servicios de inteligencia, los británicos estaban sobre aviso. Ambas flotas tenían que maniobrar con suma cautela por miedo a las minas y a los torpedos, pero los nuevos acorazados británicos funcionaban con diésel y estaban equipados con grandes cañones, cuyo alcance era tal que prácticamente no necesitaban tener al enemigo en el punto de mira (aunque la precisión de los disparos era baja y muchos de ellos no daban en el blanco). Hasta cierto punto, aquí se repetía

la historia del frente occidental, donde abundaban los grandes ingenios con una capacidad de maniobra, sin embargo, demasiado limitada. Las comunicaciones de los británicos se articulaban a partir de un método tan anticuado como el de las banderas: era difícil hacerse una idea de qué estaba sucediendo, y el comandante británico, Jellicoe, prefería actuar con cautela, pues sabía que el fracaso de una acción podía llevarle a perder la guerra en una tarde. La batalla de Jutlandia duró unas pocas horas y en ella participaron ciento cincuenta barcos ingleses y cien alemanes. Los primeros perdieron catorce y los segundos, once, antes de que, en un gesto de prudencia, optaran por retirarse. Aunque *a priori* tenían las de ganar, ya que los navíos británicos estaban peor acorazados y dotados de menos mamparos estancos, los alemanes sabían que se habían salvado por los pelos, y que la marina no bastaría para acabar con la superioridad naval británica. El Almirantazgo planteó entonces la entrada en acción de los submarinos, y la Flota de Alta Mar regresó al puerto, convirtiéndose así en una «flota de riesgo» en tanto en cuanto era el Imperio alemán lo que, como se vería dos años y medio después, estaba amenazado por un grupo de marineros borrachos y resentidos.

Los británicos no habían previsto el reclutamiento de un ejército de tierra y, en un primer momento, las autoridades se vieron desbordadas ante la gran cantidad de hombres que se presentaron voluntarios. Sin embargo, ahora ya estaban en disposición de hacer algo con sus «nuevos ejércitos» (así se les bautizó), una situación acentuada por los problemas que acuciaban a los franceses. En Chantilly se había acordado que, aunque los franceses darían el primer paso, Francia y Gran Bretaña trabajarían codo con codo. El nuevo comandante británico, Douglas Haig, prefería atacar Flandes para despejar así la costa belga, pero lo cierto es que los ejércitos francés y británico se reunieron alrededor de Amiens, la capital de Picardía, a ambas orillas del Somme, en una zona donde abundaban las amapolas. Esta flor se ha convertido en el símbolo de los caídos por Gran Bretaña.

Un ataque en el Somme no revestía una especial importancia estratégica. A decir verdad, Haig seguía convencido de abrir una brecha en las líneas alemanas por la que podría penetrar la caballería, aunque esa acción habría sido tan efectiva ahí como en cualquier otro punto de haberse podido llevar a cabo. La línea alemana se había consolidado en 1914, siguiendo las crestas montañosas. Aunque no era un frente sólido en términos absolutos, sí que lo era en términos relativos, y eso proporcionaba a la artillería una ventaja importante, y le permitía además ocupar un terreno donde era más improbable que el barro se acumulara en el suelo, pues se hallaba lejos de los niveles freáticos. Todo lo más que Haig podía hacer era tomar esas crestas. Sin embargo, la industria bélica británica se había dotado por fin de la infraestructura para construir, al igual que el resto de ejércitos, miles de cañones y millones de proyectiles, y el plan británico contemplaba un bombardeo masivo y un ataque contra unos treinta y cinco kilómetros de frente (una distancia lo suficientemente larga para que las tropas pudieran desplegarse).

Haig no confiaba en sus hombres, y depositó todas sus esperanzas en el éxito del bombardeo. Es cierto que, a ojos de cualquier soldado anterior a esta guerra, la cantidad de material de que disponían los ejércitos parecía enorme, pero no es del todo así si nos fijamos en las dimensiones de la empresa. Los problemas no acababan ahí: en primer lugar, una cantidad importante de proyectiles no estallaban o se quedaban cortos; en segundo lugar, los artilleros carecían de la formación adecuada. Una de las tácticas que más éxito tuvo durante toda la guerra fue la conocida como «barrera escalofriante», una cortina de fuego que precedía, en unos cincuenta metros, el avance de la infantería, obligando a los defensores a mantenerse a cubierto. Aquella táctica, sin embargo, exigía un grado de comunicación y de pericia muy superior a la capacidad del ejército británico a la sazón. El teléfono y la radio podían dejar de funcionar en cualquier momento, las palomas mensajeras no eran un canal de comunicación apropiado y un oficial de observación había de dirigir los movimientos de la cortina de fuego desde un árbol o desde un edificio muy alto, convirtiéndose así en un blanco fácil. El ejército británico, además, empezaba a familiarizarse con aquellas maniobras. El experto en artillería de Haig, que se había unido a aquel destacamento a última hora, debía compartir sus conocimientos con otros dos tipos, pero se negó a que éstos consultaran ningún manual de referencia y menos aún lo que se había escrito en otras lenguas sobre la cuestión. El texto británico ponía los puntos sobre las íes al proclamar que «la precisión es una de las nuevas exigencias que plantea esta guerra». Sin embargo, la infantería apenas había recibido instrucción y, tal y como había sucedido con los franceses en 1914, se limitaba a ejecutar órdenes sencillas, como avanzar en largas líneas rígidas, con los oficiales al frente. El Ministerio de Armamento tenía ante sí un último problema: todavía fabricaba granadas de metralla, que estallaban en el aire por encima de las propias posiciones defensivas, sembrando el terreno de restos que podían resultar útiles para cortar las alambradas pero que nada podían contra las profundas trincheras que los alemanes construían ya por norma. Carecían de un número suficiente de proyectiles potentes, que estallaban en el momento del impacto o justo después (una mecha especial permitía retrasar la explosión algunos segundos, mientras el proyectil penetraba más en el terreno, arruinando más si cabe las alambradas). A todo esto se sumaba la escasa preparación de los encargados de la red ferroviaria: el atasco de veinticinco kilómetros que se produjo entre Amiens y Abbeville no se solucionó hasta que llegó un escocés cascarrabias y despidió a todos los culpables.

El bombardeo británico se inició el 24 de junio, coincidiendo con el fin de la última intentona de los alemanes en Verdún, y duró una semana. Confiaban en que, pasado ese tiempo, no quedara piedra sobre piedra. Pero 400 cañones pesados y 1.000 ametralladoras de campo no bastaban para enfrentarse a unas defensas de cuatro kilómetros y medio de profundidad y treinta y cinco de largo. El inicio de la operación hizo que los alemanes intuyeran la inminencia del ataque y convirtió el frente en un barrizal prácticamente intransitable. Instalados en la cadena montañosa,

los alemanes habían cavado unas trincheras muy profundas y habían afianzado las posiciones con cemento. Nada pudo con ellas. La artillería seguía en su lugar y varios grupos de ametralladoras plantaron cara a las «oleadas» de infantería que emergieron de las trincheras británicas el 1 de julio, mientras sus oficiales se dedicaban a dar patadas a un balón para infundir confianza entre sus hombres. La lista de nombres que figuran en los monumentos a los caídos en Eton, Oxford, Cambridge y Edimburgo es interminable (no podemos pasar por alto el detalle del New College oxoniense y del Trinity cantabrigense, que incluyeron en la relación de víctimas a las alemanas y húngaras). Ese día, veinte mil británicos perdieron la vida en el peor desastre de toda la historia militar británica. A esas bajas se sumaron otros treinta y siete mil muertos. La operación se saldó sin apenas frutos: solamente pudieron tomar una sección de la línea del frente alemán en el flanco derecho, en Mametz. Los franceses, en el Sudeste, traspasaron la primera línea en su totalidad y avanzaron hasta la segunda, pero habían utilizado muchas más ametralladoras por kilómetro de frente, y habían perfeccionado sus tácticas en la terrible escuela de Verdún.

Lo cierto es que la penetración imaginada por Haig no fue posible porque los británicos carecían de una artillería pesada que pudiera aplastar al enemigo. Aun así, no fue ése el único obstáculo al que tuvieron que hacer frente. Entre principios de julio y noviembre, Haig se vio obligado a limitarse a preparar acciones a escala local, bien planificadas y con un objetivo muy concreto. Gracias a este cambio, cosechó algunos éxitos. El 14 de julio, las tropas sudafricanas penetraron en una reducida sección del frente, aunque la irrupción posterior de la caballería no sirvió para afianzar aquella victoria. Durante la primera fase, en julio y agosto, diversas operaciones independientes en una pequeña zona del frente atrajeron el fuego de la artillería enemiga. Aunque el resultado de la operación fue prácticamente nulo, las bajas superaron a las del primer día. Es cierto que la potencia de la artillería británica –entre el 2 de julio y mediados de septiembre dispararon siete millones de proyectiles, y las historias que se contaban entre los regimientos alemanes daban cuenta del nivel de tensión de este *Materialschlacht*– preocupaba a los alemanes. En plena campaña, éstos recibieron la orden de recuperar todo el terreno perdido, con independencia del valor táctico del mismo. A raíz de aquello, las operaciones defensivas alemanas resultaron más costosas de lo que deberían haber sido.

A mediados de septiembre, Haig estaba listo para lanzar una nueva ofensiva en la que participaría una nueva arma: los tanques. Era un invento hartamente espectacular, un monstruo de metal que avanzaba gracias a unas orugas y que era invulnerable al fuego de las armas pequeñas; muchos inventores se arrogaban su paternidad, y H. G. Wells ya había imaginado algo así. «Tank» fue el nombre en clave que se le dio cuando se iniciaron los primeros experimentos, supervisados por el Almirantazgo, bajo las órdenes de Churchill, y no por el Ministerio de la Guerra, que tenía otras preocupaciones (como también las tenía su homólogo alemán). Los tanques dieron pie a una cierta mitología, pero tenían sus límites. El motor de combustión interno no

estaba lo suficientemente desarrollado como para trasladar treinta toneladas de peso, y los tanques se averiaban con facilidad; asimismo, sus movimientos eran lentos y, aunque dotados de una coraza gruesa, un proyectil certero podía dejarlos fuera de combate. En efecto, era necesario combinarlos con otras armas, como la aviación o la infantería. Aun así, en el campo de batalla, la reina seguía siendo la artillería, y en ese sentido los británicos habían aprendido unas cuantas lecciones, entre ellas, la importancia de la «barrera escalofriante». A mediados de septiembre, incapaz de dar con la manera de hacer que los tanques y la infantería fueran todos a una, Haig decidió prescindir de los primeros, por miedo a que fueran alcanzados. En su primera aparición en el campo de batalla, los tanques no despuntaron. Como había sucedido hasta entonces, la caballería se quedó en la retaguardia, a la espera de una penetración que nunca se produjo. Sin embargo, a finales de septiembre, los británicos se decantaron por un bombardeo masivo, y una parte del frente alemán cayó. Con todo, si de algo sirvió la operación fue para que el modesto éxito de episodios como aquél llevara a Haig a creer que la suma de pequeños triunfos podía servirle para alcanzar una gran victoria. Y a eso se entregó: el Somme cayó en noviembre, a pesar del barro y de la lluvia. El argumento en el que se escudó para justificar la campaña era que había minado la moral alemana, y los historiadores oficiales se pusieron del lado de Haig, hasta el punto de afirmar que seiscientos mil alemanes habían muerto por cuatrocientas mil bajas entre las filas británicas y francesas, invirtiendo el patrón habitual de caídos en una ofensiva. En un intento por entender las razones del veterano oficial que había ordenado algo así, C. S. Forrester escribió una novela, *The General*, en la que apuntaba que los generales del frente occidental se dedicaban a enroscar un tornillo a golpes de martillo; cuando éste se resistía, lo amartillaban con más fuerza. La necesidad les enseñó cómo luchar en aquellas batallas, pero el proceso de aprendizaje fue largo y sangriento.

Durante todo este período, solamente un oficial de alto rango supo leer la situación: el ruso A. A. Brusilov. Comandaba el *frente* del Suroeste contra los austriacos. Después del desastre del lago Narotch, el resto de comandantes del *frente*, mayores que él y presa de los nervios, habían perdido prácticamente toda esperanza: creían que los alemanes eran invencibles. A finales de mayo, desde Italia llegaron voces que pedían una maniobra ofensiva de distracción, pero los generales se negaron, aduciendo que sus tropas carecían de la desmesurada cantidad de proyectiles que se creía necesaria para algo así. Sin embargo, esos mismos generales no pudieron contener su asombro cuando Brusilov se ofreció voluntario para la acción. Lo cierto es que Brusilov había reflexionado a conciencia sobre la situación.

El problema de esta guerra era que cada una de las soluciones posibles era incompatible con las restantes. Una penetración militar pasaba por reunir a una cantidad de efectivos y de abastecimientos enorme, lo que eliminaba el factor sorpresa, algo que también desaparecía con un bombardeo inicial masivo. Ambas soluciones daban al enemigo la posibilidad de reunir a sus reservistas. Una acción

contundente podía favorecer una penetración en tanto en cuanto arrasaría con todo lo que encontrara a su paso. A continuación, las tropas avanzarían a pie a una velocidad de unos tres kilómetros y medio por hora –menos si el enemigo abría fuego contra ellas–, porque cada hombre debía cargar con todo lo necesario para sobrevivir, incluida una pala y agua. Entretanto, el enemigo habría empezado a construir una nueva línea del frente, y los refuerzos llegarían en trenes o camiones (o, en el caso de Francia, a bordo de los autobuses londinenses). Los ejércitos, exhaustos y sin pistas sobre la posición de los nuevos objetivos, lanzarían nuevas ofensivas, apoyados en esta ocasión por las ametralladoras que unos equipos de caballos tal vez hambrientos habrían transportado a través del barro. En esa tesitura, el resultado sería idéntico al de la campaña de la región francesa de Champaña en septiembre de 1915, o al de la ofensiva británica en el Somme. La clave era, por lo tanto, impedir la llegada de los reservistas enemigos. Para ello, había que atacar simultáneamente varios puntos, para que las tropas de refresco no supieran adónde dirigirse, y apoyarse en un breve bombardeo. Cada acción debía apuntar a un frente relativamente ancho, para desconcertar también a los reservistas locales (y evitar así, como en Verdún, que las tropas que cargaban sucumbieran al fuego de las defensas). Era un plan atrevido, y para llevarlo a cabo era necesario contar con soldados y oficiales bien entrenados. El grupo de Brusilov era célebre por su calidad y porque era ajeno a los rituales; trabajaban a partir de órdenes breves y concisas. Sus dotes de mando eran evidentes en la atención que las tropas prestaban a los preparativos de las operaciones (construcción de grandes refugios subterráneos, identificación discreta de los objetivos por parte de la artillería...). Brusilov contaba con cuatro ejércitos independientes, y cada uno de ellos iba a lanzar un ataque.

En el bando austrohúngaro reinaba la tranquilidad: el archiduque José Fernando, al frente del 4.º ejército, acuartelado en el sector norte del frente, navegaba plácidamente por el río Styr con sus amigotes y hablaba de «nuestras formidables posiciones» (algunas de las trincheras disponían incluso de ventanas de cristal). La sorpresa fue mayúscula cuando, el 4 de junio, el ejército de Brusilov situado más al Norte se lanzó a la carga, apoyado por un bombardeo de cuatro horas. El tiempo había secado el terreno donde se encontraban las posiciones austriacas, y éstas no tardaron en caer, liberando una montaña de polvo que ocultó el avance de los atacantes rusos. Los reservistas locales austriacos entraron en liza pero se desvanecieron: las tropas, aisladas, cedieron fácilmente. Brusilov, además, había previsto una ofensiva especial contra aquellos destacamentos que ofrecieran más resistencia: decidió ignorarlos y hacer que sus hombres avanzaran tanto como les fuera posible para interrumpir la línea de mando del enemigo. Al final del día, el 4.º ejército austriaco estaba al borde de la desaparición: un telegrama que salió con destino a Viena afirmaba que había «sido capturado». De haber llegado, los reservistas podrían haber sellado la brecha, pero Brusilov volvió a dar en el clavo al ordenar al resto de sus tropas que entraran en acción. Algo más al Sur, en la frontera

con Rumanía, estalló otra crisis cuando el 7.º ejército austriaco –liderado por un buen general, Pflanzer-Baltin, e integrado también por tropas húngaras, cuya lealtad estaba fuera de toda duda– comprobó que no tenía escapatoria posible en ninguna de las dos orillas de Pruth y que el grueso de los dos ejércitos rusos, a pesar de que sus acciones no eran tan espectaculares como las del resto de tropas, también avanzaba a buen ritmo. ¿Adónde debían dirigirse los reservistas de los defensores? Primero, decidieron apoyar al 4.º ejército, pero poco después se revocó aquella orden, antes de que volvieran a cursarla, y todo ello mientras transitaban por unas carreteras polvorientas y bajo un sol abrasador, o a bordo de trenes que circulaban a una lentitud desesperante. Al final no entraron en acción, o lo hicieron en pequeños pelotones. Brusilov había recorrido noventa kilómetros del frente, y capturado a 350.000 prisioneros. No es de extrañar que la moral de las tropas checas y rutenas del ejército austrohúngaro fuera una fuente de problemas, y que los suboficiales prusianos tuvieran que recurrir a medidas disciplinarias para atajar la situación. Algunas voces solicitaban que, para garantizar su supervivencia, el ejército austrohúngaro se incorporara a las filas alemanas. Poco después, Von Hindenburg y Ludendorff pasaron a estar, efectivamente, al mando de todas las tropas. La mezcla de soldados llegaba en ocasiones a los batallones. Austria-Hungría habría tenido muchos problemas para retirar de la guerra a su ejército.

Brusilov, sin embargo, había pasado por alto el último elemento de su fórmula victoriosa: saber cuándo había que echar el freno. Rusia bullía de entusiasmo, y los aliados esperaban grandes cosas del país. Todo aquello hizo que sus hombres siguieran avanzando, sucumbieran al calor del verano y tuvieran que hacer frente a los problemas de abastecimiento habituales, sobre todo de agua, pues los arroyos se estaban secando. Entretanto, las tropas austriacas del frente italiano y las alemanas procedentes del extremo norte del frente oriental, e incluso del frente occidental, a pesar de la amenaza que pesaba sobre éste, llegaron y formaron una nueva línea cerca de las cabezas ferroviarias de Kowel y de Vladimir Volynsk. Una vez más, la caballería rusa dejó muestras de su ineficacia, y la necesidad de forraje para los caballos empeoró aún más el problema de los abastos. Los ataques rusos empezaron a perder eficacia, justo cuando el grueso de los reservistas rusos se encontraba en la zona alemana del frente. Los generales rusos ahí destacados se vieron obligados, a principios de julio, a pasar a la acción en la zona boscosa de Baranowicze, donde había estado ubicado en 1914 el Alto Mando. Aquella ofensiva siguió más o menos los mismos pasos que otras anteriores –una serie de cargas frontales después de un bombardeo ineficiente y prescindible–, y los generales se escudaron en esos resultados para no seguir adelante. Acto seguido, los reservistas partieron al Sur para apoyar a Brusilov. El contingente principal era un «Ejército Especial» totalmente nuevo, formado principalmente por dos cuerpos de infantería y uno de caballería de la Guardia Imperial, los mejores soldados del viejo ejército. Estos efectivos no estaban entrenados para el combate moderno, sino en unas tácticas idóneas a ojos de

la generación anterior, y su comandante era Bezobrazov, un viejo amigo del zar que se había rodeado de comandantes de su cuerda. Desde mediados de julio, cada quince días, este cuerpo cargó a través de las marismas que rodeaban la ciudad de Kowel, intentado una penetración que habría permitido interrumpir la línea alemana de ferrocarril que la circundaba. En palabras de Von der Marwitz, el general alemán responsable, las condiciones de la batalla empezaban a parecerse a las que se daban en Occidente, y el número de bajas entre las filas rusas se multiplicó. Bezobrazov solicitó una tregua para recoger los cadáveres, pero su petición fue denegada: nada como esa maniobra para poner freno a los futuros ataques. En agosto, fueron derrotados.

Pese a todo, consiguieron implicar a Rumanía. Sus líderes, conscientes del destino que había corrido Serbia, veían la posibilidad de intervenir con nerviosismo, pero los aliados insistieron, ofreciéndoles grandes recompensas en forma de territorios pertenecientes a Hungría y prometiendo un ataque desde el sur de los Balcanes (donde, desde 1915, contaban con una base, en Salónica, en la que estaba acuartelado lo que quedaba del ejército serbio). Berlín y Viena se echaron a temblar: Von Falkenhayn fue destituido, y enviado como comandante del 9.º ejército al nuevo frente. Sin embargo, la experiencia de los rumanos en una guerra de verdad era prácticamente nula y, aunque sus soldados eran tipos duros, los mandos apenas tenían conocimientos militares y el comportamiento de las tropas sorprendía a los observadores (una de sus primeras órdenes fue prohibir a los oficiales más jóvenes la utilización de sombra de ojos). Las tropas avanzaron laboriosamente a través de los puertos de montaña de los Cárpatos hasta llegar a Transilvania, donde sufrieron problemas de abastecimiento. Sorprendentemente, las potencias centrales habían logrado recomponer sus filas después de que la ofensiva de Brusilov hubiera perdido fuelle (las bajas rusas alcanzaban el millón de soldados). Un contingente de tropas de montaña expertas cruzó los puertos de montaña. Los aliados de Salónica no sólo tenían problemas de abastos, sino que también padecían continuos brotes de malaria y la ciudad había sido asolada por un gran incendio. Toda aquella situación dejó el camino expedito a una fuerza donde se mezclaban soldados alemanes, búlgaros y turcos, atacó desde el Norte, a través de la frontera búlgara del Danubio. Los rumanos dudaron a la hora de decidir cuál de los frentes era prioritario: primero se decantaron por uno y luego, por el otro. Como consecuencia, ambos cayeron. A principios de noviembre, las potencias centrales habían cruzado la mayoría de los puertos de montaña de la región occidental de los Alpes transilvanos, así como el Danubio. A riesgo de quedar incomunicado, el ejército rumano evacuó la capital, Bucarest, el 7 de diciembre, y se vio obligado a retirarse, protegido por unas tropas rusas preocupadas ante todo por pelear, y a atravesar la humareda que salía de los pozos petrolíferos que ardían incesantemente, hasta que llegaron a un nuevo frente defensivo, en las montañas de Moldavia.

El año 1916 marcó el final del mundo dominado por la Europa decimonónica, y

un buen símbolo de ello fue la muerte, el 21 de noviembre, de Francisco José, el viejo emperador austriaco. Había nacido en 1830, en los albores del ferrocarril y del liberalismo parlamentario; se había convertido en el bisabuelo de los diferentes pueblos que componían su imperio y cuyas lenguas hablaba. Ahora, en 1916, el nacionalismo se lo llevaba todo por delante, y la población, azuzada por algunos medios de comunicación, se implicaba como nunca hasta la fecha. Al Estado no le quedaba más remedio que asumir más responsabilidades que en 1913, bien imprimiendo más papel moneda para sufragar los gastos, bien aumentando los impuestos hasta niveles nunca vistos. A finales de 1916, Londres fue el escenario de otra escena que marcó el final del viejo mundo: la vieja coalición, dominada por los liberales, perdió una votación parlamentaria a propósito de la confiscación de las propiedades enemigas en Nigeria. Abrumados por las matanzas, algunos diputados ultraconservadores anhelaban la paz, pero ya no manejaban los hilos del poder: a pesar de los acontecimientos de 1916, en todos los países sólo se oía una exigencia: «pongamos fin a la guerra con una victoria», como rezaba el eslogan ruso. En aquellas circunstancias, apareció un nuevo líder británico, David Lloyd George. Y tenía un único deseo: «asestar el golpe definitivo».

Capítulo 5

1917

Las grandes guerras generan sus propias dinámicas. Tal y como han señalado los historiadores alemanes, en 1914 los estadistas gobernaban en términos de «Gabinete de guerra», es decir, de un Ejecutivo que pudiera ser convocado y desconvocado al antojo de un puñado de líderes. Sin embargo, con el reclutamiento masivo y la extraordinaria pérdida de vidas humanas y el elevadísimo número de amputaciones, con el odio ciego hacia el enemigo y la aparición de una poderosísima opinión pública a la que los políticos no podían abstraerse, dejó de ser posible poner fin a la guerra reconociendo simplemente la magnitud de aquel error. Al emperador austriaco le habría gustado hacerlo, y también al Papa y al presidente Wilson, pero fueron relegados a un papel secundario por diversos líderes radicales que, a finales de 1916 y principios de 1917, ofrecían variantes del «golpe definitivo» de Lloyd George. La tragedia no acabó ahí, pues para ambos aquélla era una posibilidad real. Los nuevos mandatarios alemanes, y sobre todo Ludendorff, podían llegar a admitir que la situación en el frente occidental se había estancado. En ese caso, ¿por qué no recurrir a los submarinos para acabar con los británicos? Aunque varios miembros de la izquierda rompieron con los socialdemócratas, en aquel momento no existía una alternativa seria. Todo lo contrario, el país se militarizó como nunca hasta la fecha: el «programa Von Hindenburg» estipulaba que todo hombre de entre dieciséis y sesenta años podía ser llamado a trabajar para la guerra, una medida con la que esperaba duplicar la producción (como así fue). En Francia, a su vez, Robert Nivelle, el enérgico nuevo general que se había hecho un nombre en Verdún, prometió la gran victoria que había dado la espalda al viejo Joffre, nombrado Mariscal de Francia y marginado. La improvisación había hecho milagros desde el punto de vista de la economía de guerra, a pesar de la pérdida del norte industrial del país, y Nivelle aseguró que podía ganar la contienda mediante métodos matemáticos, y combinando nuevas tácticas de infantería con una «barrera escalofriante» cuidadosamente preparada.

Sin embargo, fueron los alemanes los primeros en llevar a la práctica esta nueva filosofía extrema. Anunciaron una guerra submarina total, un paso revolucionario por cuanto podía llevar a Estados Unidos a entrar en la guerra y ponerse del lado de los aliados. El comercio entre Estados Unidos y Gran Bretaña había crecido espectacularmente, y era uno de los principales sostenes de la economía. Los británicos habían sido, y con diferencia, el principal inversor extranjero en Estados Unidos, y ahora estaban vendiendo esas inversiones para poder pagar los productos que importaban. ¿Qué pasaría si el hundimiento de la flota por parte de los submarinos, con la consiguiente muerte en el naufragio de la tripulación civil,

interrumpía el comercio norteamericano? Estados Unidos no parecía estar por la labor de intervenir, y su presidente, Woodrow Wilson, había hecho incluso un llamamiento para alcanzar un acuerdo de paz, pero la entrada de los submarinos podía cambiar las cosas.

Aun así, el nuevo Alto Mando alemán era perfectamente consciente de que le sería imposible llevarse la victoria en el frente occidental a menos que la situación cambiara, de ahí que volvieran la vista hacia la marina. Por cuestiones de orgullo profesional, las autoridades navales veían con recelo la inactividad de sus grandes buques, pero, poco después del inicio de la guerra, descubrieron cuán efectivos podían ser los submarinos cuando un U-29 hundió tres acorazados británicos. Si podían torpedear a los barcos mercantes que abastecían a Gran Bretaña, cortarían la línea de abastecimiento marítima británica, y la población británica se vería sumida en la misma carestía que experimentaban los alemanes en el «invierno de los nabos» de 1916-1917. Había dos problemas de consideración. El primero era formal: el derecho internacional prohibía el hundimiento sin previo aviso de barcos civiles (y tal vez pertenecientes a países neutrales). El sentido común rezaba que había que dar a la gente la oportunidad de subir a los botes salvavidas. Además, era perfectamente posible que el barco no transportara material bélico. Posiblemente, Estados Unidos declararía la guerra si alguno de sus barcos era hundido. Todos estos argumentos fueron desestimados, pues los consideraban *Humanitätssüßholz* –«palabrería humanitaria»–, amén de que la mayoría de la población alemana estaba convencida de que los británicos se habían propuesto matarlos de hambre. Asimismo, estaban seguros, y no les faltaba razón, de que la ayuda que Estados Unidos había prestado a los aliados era del todo desproporcionada, sobre todo los préstamos que mantenían la cotización internacional de la libra esterlina y el comercio con los franceses, que había permitido que la economía francesa siguiera en marcha. ¿Cambiarían realmente las cosas si Estados Unidos entraba en guerra?

El segundo problema era más acuciante. En 1915, los alemanes no tenían un número suficiente de submarinos: solamente cincuenta y cuatro, la mayoría de los cuales podían transportar únicamente cuatro torpedos y de corto alcance. En principio, cuando se topaban con un barco en aguas británicas, tenían que salir a la superficie, preguntar qué transportaba, inspeccionar la nave y, si procedía, permitir a los ocupantes subir a los botes salvavidas antes de hundir el barco. Este protocolo –«normas de la navegación»– exponía a un submarino a cualquier arma oculta, pero la alternativa –hundir el barco nada más divisarlo con un torpedo que se desplazaba en silencio bajo el agua y dirigido contra una nave cargada de mujeres y niños– era vista como un acto bárbaro e inhumano (en 1914 Churchill había dicho que le resultaba imposible imaginar que alguien recurriera a tales métodos). A principios de 1915, y en respuesta al bloqueo británico, los alemanes habían declarado la guerra submarina «total» –hundimiento del barco en cuanto fuera divisado–, se decretó una zona de exclusión alrededor de las islas británicas y, el 7 de mayo de 1915, el

Lusitania, un barco de pasajeros, fue hundido, con la consiguiente pérdida de vidas humanas (1.201 personas, 128 de las cuales eran norteamericanas). Estados Unidos protestó enérgicamente. Comoquiera que la marina alemana carecía de una cifra adecuada de submarinos, Berlín se echó atrás y accedió a respetar las «normas de la navegación». Sin embargo, en 1916 construyeron 108 submarinos y un nuevo embarcadero para los más ligeros en Zeebrugge, Bélgica, desde donde podían amenazar a los cargueros que cruzaban el canal de la Mancha. A finales de ese año, la marina admitió que estaba preparada para iniciar una nueva campaña de guerra submarina total. Presentó un memorando acompañado de cifras y consultó a dos de los economistas más reputados de la universidad de Berlín, Max Sering y Gustav Schmoller, acerca del daño que aquella acción podía causar en la economía británica. Se hundiría, sobre todo si los zepelines bombardeaban los depósitos de grano de los puertos del canal de la Mancha, añadieron generosamente.

El almirante Von Holtzendorff sostenía que podía hundir sesenta mil toneladas de barcos cada mes, que reduciría la flota británica a la mitad, que la sociedad se rebelaría por la falta de alimentos y que las regiones comerciales sucumbirían a la crisis. El canciller, Von Bethmann Hollweg, tuvo que optar por una postura más genérica y escéptica. De entrada, sabía que, si Alemania declaraba la guerra submarina total, Estados Unidos muy probablemente entraría en liza. Su asesor, Helfferich, concluyó, después de interpretar las cifras aportadas, que las de la marina eran una patraña. Ansioso por alcanzar la paz, el nuevo emperador austriaco, Karl, se opuso, y ni los partidos políticos de centro, ni los de izquierdas parecían entusiasmados ante aquella posibilidad. No obstante, Von Bethmann Hollweg no pudo hacer entrar en razón a los militares, ni a una población que culpaba al bloqueo británico de la necesidad de alimentarse de salchichas de rata y de nabos y más nabos. Encadenando un cigarrillo tras otro, intentó encontrar una solución al problema. El 12 de diciembre, las cuatro potencias centrales anunciaron el inicio de las negociaciones de paz. Recurrieron a los buenos oficios del presidente Wilson, y éste ofreció a los alemanes un canal de comunicación aparentemente seguro a través de su embajada en Washington. A continuación, se interesó por las condiciones en las que se iba a basar esa paz.

Los aliados lo tenían claro: Bélgica debía recuperar su soberanía y había que garantizar a los pueblos el derecho a la autodeterminación. Una buena parte de sus argumentos eran un puro camelo, pues en privado se dedicaban a hablar de vastas extensiones imperiales sin hacer mención en ningún momento a la «autodeterminación». Los alemanes mantuvieron sus condiciones en silencio, incluso cuando Wilson se interesó por conocer, en privado, qué opciones barajaban. Von Bethmann Hollweg no podía decir que iba a restablecer la soberanía de Bélgica porque no tenía la menor intención de hacerlo: Alemania estaba luchando por una Europa alemana –de hecho, seguían los puntos del programa de la *Mitteleuropa* que en parte vería la luz en Brest-Litovsk, un año más tarde–, y Bélgica, con su sustrato

francés y sus inclinaciones británicas, no pertenecía a ella. Los empresarios alemanes esperaban apoderarse de las importantes reservas de carbón y de hierro de ese país, y los militares querían, cuando menos, tomar las fortificaciones de Lieja con vistas a una guerra futura. El *Generalgouvernement* alemán en Bruselas también espoleaba en secreto a los separatistas flamencos, permitiendo por ejemplo que en la universidad de Gante se empleara el flamenco, una lengua vista por los círculos instruidos como una jerga campesina, una suerte de holandés corrupto. Von Bethman Hollweg estaba entre la espada y la pared. Si decía que Alemania luchaba por el bien, la belleza y la verdad, como sostenían por su parte los aliados, Ludendorff, el auténtico señor de Alemania, lo destituiría: la clase industrial y la militar estaban poseídos por una fiebre anexionista, primero con la vista puesta en el carbón belga y en el mineral de oro francés; luego, con el propósito de llevar a cabo una limpieza étnica en varias franjas de Polonia. Por todo aquello, Von Bethmann Hollweg no tuvo más remedio que guardar silencio y mentir cuando le pidieron que se pronunciara acerca del fin que perseguía la guerra. También los diplomáticos franceses y británicos tenían motivos para estar avergonzados, ya que habían estado pergeñando en secreto grandes planes imperiales, mientras que, a la hora de hablar de la soberanía de Bélgica, se escudaban en un hecho irrefutable: Berlín no había dicho en ningún momento que tuviera intención de restaurarla. La torpeza de los diplomáticos alemanes para lidiar con esa cuestión fue extraordinaria, y la iniciativa de paz no llegó a buen puerto. Von Bethmann Hollweg se quedó sin argumentos frente a los almirantes.

El 1 de febrero de 1917, declararon, alrededor del oeste de Francia y de las Islas Británicas, una zona en la que cualquier barco que surcara aquellas aguas podía ser hundido. Todo apuntaba a que, por una vez, el almirante Von Holtzendorff estaba en lo cierto. Ahora disponía de 105 submarinos, una cantidad que en junio aumentaría hasta los 129. En enero, en virtud de las «normas de navegación», habían hundido 368.000 toneladas, 154.000 de las cuales eran británicas. En febrero, 540.000. En marzo, casi 600.000 (418.000 de ellas, británicas). En abril, 881.000 (545.000 británicas). Los hundimientos se producían, por lo general, cuando los barcos se congregaban para entrar en el puerto, al final del viaje. Las naves de los países neutrales se retiraban, los barcos eran abandonados y los ciudadanos norteamericanos perecían ahogados. Los británicos no sabían cómo reaccionar: parecía no haber posibilidad alguna de defenderse de los submarinos. Sin embargo, los cálculos de Von Holtzendorff eran erróneos, y tanto que éste fue uno de los factores que más contribuyó a la derrota de Alemania. Los británicos sobrevivieron y los norteamericanos declararon la guerra.

Con el tiempo, hallaron la manera de defenderse de los submarinos. Al principio, *sir* Ernest Rutherford, el eminente físico (neozelandés), viajaba boca abajo en una barca de remos a lo largo del estuario del Forth intentado escuchar algún ruido; tiempo después se inventó el hidrófono, que permitía detectar cualquier sonido

submarino; a continuación llegaron las cargas de profundidad. Los destructores armados con éstas podían responder a los submarinos, aunque aquel descubrimiento provocó que la tensión entre ambos bandos aumentara notablemente. Los individuos más audaces insinuaron al Almirantazgo que había una manera de garantizar que los destructores escoltaran a los barcos: la formación de convoyes de veinte naves. En un gesto absurdo, un sector de la cúpula naval se resistió, pues no quería por nada del mundo que se la considerara responsable de los actos de los capitanes de los navíos mercantes que estuvieran mucho más allá de sus puertos. La «quincena negra» de abril, durante la que centenares de barcos fueron hundidos, cambió las cosas, y se optó por la creación de convoyes. A partir de entonces, el número de hundimientos disminuyó, regresando a unas cifras parecidas a las que se habían dado en el período de aplicación de las «normas de navegación». El 10 de mayo zarpó el primer convoy, la tripulación de los barcos mercantes obedeció las órdenes y los destructores custodiaron a las naves en su travesía del Atlántico. De los 5.090 marineros que integraron los convoyes, sólo 63 perecieron, y los submarinos, que dedicaban dos tercios de su tiempo a salir del puerto y regresar a él, apenas aumentaron su eficacia en comparación con el pasado. Y aunque habían logrado conjurar la peor de las pesadillas alemanas, Estados Unidos declaró la guerra, lo que, ante todo, suponía que la economía de guerra británica estaba a salvo y que, en segundo lugar, el bloqueo daba sus frutos.

Ni siquiera una vez iniciada la campaña de los submarinos, la intervención norteamericana podía darse por segura, pues no contaba con el respaldo de la opinión pública. Había que convencerla. Y se produjo un episodio que, junto con el discurso inaugural de Weber, el plan de Schlieffen y la flota de Tirpitz, figura en los anales de la capacidad de Alemania para autodestruirse. Para Berlín, había que encontrar la manera de contrarrestar la intervención norteamericana –que no se materializaba en la participación de la infantería, sino en la de una extraordinaria flota–. Berlín estaba al corriente de los problemas entre Estados Unidos y México, y creía que podría convencer a éste para que atacara a sus vecinos, tras lo que los alemanes reconocerían el derecho de los mexicanos a invertir el veredicto del Álamo. ¿Acaso Arizona no era una suerte de Alsacia-Lorena mexicana? Con este fin, redactaron un telegrama en el que insinuaban a los mexicanos que tal vez les interesaría aliarse con Alemania y en el que, de paso, aprovechaban para pedirles que averiguaran si el emperador japonés deseaba unirse a esa empresa.

Arthur Zimmermann –que ni siquiera era el ministro de Asuntos Exteriores, sino solamente un alto cargo– envió un telegrama en estos términos y, para asegurarse, lo hizo utilizando el canal privado que el presidente Wilson, en un gesto de buena voluntad, había puesto a disposición de los alemanes. La inteligencia naval británica había pinchado esa línea norteamericana, y podía descifrar las claves alemanas (se habían hecho con un libro de claves que estaba en posesión de un cuerpo expedicionario alemán excesivamente valeroso destinado a Irán). El entonces

almirante británico Hall hizo gala de una ingenuidad sorprendente al copiar el telegrama y enviarlo a través de una línea alemana que conocían los británicos y que, «oficialmente», estaba pinchada. El embajador norteamericano en Londres tuvo conocimiento del telegrama a finales de marzo. Por aquel entonces, Estados Unidos ya había roto relaciones diplomáticas con Berlín (a pesar de que no habían hecho lo propio con el resto de potencias de la Europa Central y de que jamás llegaron a ese extremo con Bulgaria). El telegrama de Zimmermann llegó a la Cámara de Representantes y, el 6 de abril, entre demostraciones de un patriotismo ultrajado, Wilson declaró la guerra a Alemania. A pesar de lo irónico de la situación, el telegrama de Zimmermann fue la nota con la Alemania justificó su suicidio.

La intervención norteamericana salvó la piel de los aliados. La marina tuvo un papel fundamental a la hora de ampliar el radio de acción del bloqueo, aunque lo cierto es que, para entonces, las cuestiones económicas ya eran de una importancia decisiva. A finales de 1916, los británicos prácticamente habían agotado el crédito del que disponían, y el valor de la libra esterlina dependía ciertamente de la buena voluntad de los norteamericanos hacia esa divisa, cuya cotización era casi de cinco dólares por cada libra. Gran Bretaña había estado subvencionando a Rusia –el monto final de la deuda alcanzó los ochocientos millones de libras de oro, una cifra cuyo valor actual sería cuarenta veces superior (y que liquidaron en 1985)–, y la única manera que tenía el país de seguir disponiendo de una línea de crédito era contar con el aval del gobierno de Estados Unidos. Y éste se lo brindó. Los aliados volvían a tener materias primas. Otra cosa bien distinta era reclutar un ejército norteamericano y enviarlo a Francia, algo que tardó meses en suceder. En 1918, la cifra de soldados norteamericanos que llegaban cada mes era de doscientos mil, pero en 1917 aún debían recibir instrucción, y de ello se habían de encargar unos hombres que solamente sabían de botas y sillas de montar. En ese sentido, el almirante Von Holtzendorff no se había equivocado: desde un punto de vista formal, la intervención norteamericana no sería especialmente importante. Nada cambiaría, siempre y cuando las potencias centrales pudieran alzarse con la victoria en 1917.

Y franceses y británicos hicieron todo cuanto estuvo en su mano para que fuera así. El general Robert Nivelle estuvo a punto de acabar con el ejército francés, y el mariscal de campo *sir* Douglas Haig se esforzó por hacer lo propio con las tropas británicas –decían de él que era el mejor general escocés por cuanto era quien más bajas había provocado entre los ingleses. Nivelle no era tonto. Sabía que un uso adecuado de la artillería podía desencallar la guerra. Y ahora no sólo contaba con miles de cañones y millones de proyectiles, sino también con nuevas armas. Los aviones, que en 1914 se averiaban con demasiada asiduidad y que solamente servían para identificar grandes contingentes humanos si las condiciones climatológicas eran propicias, habían empezado a asumir otro papel. Ahora, el piloto podía abrir fuego contra el enemigo a través del morro del avión sin tocar sus propias hélices, y los monoplanos comenzaban lentamente a tomar el relevo de los lentos biplanos. La

fotografía aérea estaba mucho más perfeccionada y se habían inventado los tanques. También habían mejorado las comunicaciones con los artilleros (en el bando alemán, el cable telefónico estaba sepultado a dos metros bajo tierra), y la «barrera escalofriante» era ya una técnica habitual y que, a ojos de Nivelles, serviría para ganar la guerra. Una barrera que avanzara sesenta metros por delante de la infantería podía silenciar al enemigo hasta que las tropas propias estuvieran a la distancia suficiente para lanzar las granadas (también éstas eran ahora mejores). Era preciso, sin embargo, modernizar las tácticas de la infantería: adiós a los avances por oleadas y, sobre todo, a los pelotones de 1914; los ataques corrían ahora a cargo de pequeñas patrullas que iban, en diagonal, de cráter en cráter y que cubrían el avance de cada pelotón abriendo fuego contra el enemigo.

Nivelles valoraba todo esto, y sus éxitos en Verdún le habían llevado a creer que había dado con una fórmula. Describió todo este proceso mediante el término *chablons* («poleas»), un sistema de apoyo mutuo en el que intervenían todos los miembros. Asimismo, era la persona idónea tanto desde el punto de vista político como personal. Era protestante, y los protestantes (en su mayoría ingenieros y doctores) eran el sostén de la III República, pues ellos eran los garantes de la moral, la educación y el ingenio, e incluso a ellos se debía la torre Eiffel. Su madre era inglesa, y Nivelles supo cautivar a los invitados a los almuerzos londinenses (a los que asistían, como se decía en un tono alarmante, diferentes damas) y exponer sus métodos. A oídos de los alemanes llegó el rumor de que algo se estaba cocinando. Obligados a ahorrar esfuerzos, acortaron la línea. El frente occidental existente en aquel momento reflejaba la situación de 1914, algo que carecía ahora de sentido.

Estaba ahí porque estaba ahí: las líneas del frente de 1914 se habían congelado mientras uno y otro bando cavaban trincheras, y se habían dedicado a mantener, pura y simplemente por razones de prestigio, unas posiciones que no sólo eran vulnerables, sino también costosas. El Ypres británico y el Verdún francés estaban rodeados en tres de sus flancos, y los defensores sufrían los efectos del fuego procedente de toda la extensión del frente, aunque la posición alemana era innecesariamente larga; la única misión que tenían aquellas tropas era defenderse, y la reducción del frente les habría permitido desempeñar otras funciones mucho más útiles. A pesar de carecer de valor estratégico, empezaba en un montículo situado en el campo de batalla del Somme y llegaba hasta el Chemin des Dames, una cresta al noreste de París. Lanzar un ataque desde ahí, y desde Arras en dirección Noroeste, en el sector británico, podía servir para estrechar los márgenes de este inútil saliente. La opción más sensata era acortar la línea y destinar a las tropas a alguna acción más fructífera. Entre el 9 de febrero y el 18 de marzo, los alemanes se retiraron, siguiendo con los planes de la operación «Alberich», bautizada así a partir del nombre del malvado enano wagneriano, porque habían colocado bombas en las casas, envenenado el agua de los pozos y «talado» los árboles. Los aliados llegaron a un erial, sin posibilidad alguna de reconstrucción. Aquella retirada también echó por

tierra los planes iniciales de Nivelles, basados en un cálculo minucioso de las posiciones de la artillería germana. Ahora debía empezar desde cero, toda vez que se había jugado su reputación a una sola carta: era un recién llegado que, sin embargo, había destacado por su capacidad para aguantar la posición, y bajar los brazos en aquel preciso instante habría sido un golpe terrible. No le quedaba más alternativa que seguir adelante con aquella pesadilla. En un intento por evitar que la moral de sus soldados se viniera abajo, decidió informales de sus planes. Un sargento al que los alemanes capturaron en una incursión por las trincheras llevaba consigo una copia de los mismos.

Los británicos tenían la misión de acabar, de entrada, con los reservistas alemanes atacando Arras. La ofensiva se saldó con un éxito notable el 9 de abril, cuando los canadienses tomaron la cresta de Vimy, los británicos salieron de su escondite en las viejas bodegas de la ciudad borgoñesa y cogieron por sorpresa a unas defensas alemanas que, de manera incomprensible, habían perdido buena parte de sus efectivos en un bombardeo cuidadosamente planificado contra la primera línea. Haig, como solía, avanzó a pie mientras los alemanes llegaban en tren, pero su empresa no prosperó, a pesar de que, durante seis semanas, tuvo a la caballería dando vueltas y cortando las carreteras, pues confiaba en que, tarde o temprano, su suerte cambiaría. Arras simbolizó el inicio de un nuevo modelo bélico, pues los artilleros dispusieron de unas cantidades formidables de proyectiles y ya habían aprendido a utilizarlos. Aun así, los problemas en la retaguardia se acumulaban, y las relaciones de Nivelles con Haig empeoraron, ya que, en privado, el primero afirmaba desdeñosamente que el ejército británico se apoyaba en exceso en la red ferroviaria y estaba acabando con los recursos. Puede que fuera así, pero ponerse a discutir no era, en aquel momento, la mejor solución. Lloyd George, que desconfiaba de Haig, explotó la cuestión para hacer que éste se pusiera a las órdenes de Nivelles, pero quedó también en evidencia cuando la actuación del general francés resultó ser calamitosa.

Y lo fue. Durante la ofensiva del 16 de abril contra el Chemin des Dames, las tropas senegalesas se vieron atrapadas por una tormenta de aguanieve durante un bombardeo que los alemanes habían previsto con la suficiente antelación como para alejar a sus hombres de las zonas amenazadas. En su plan, Nivelles había prometido que cancelaría la ofensiva si no se imponía en los primeros dos días. Fracásó en todos los frentes salvo al este de Reims, y aun así siguió adelante con sus planes, con un resultado predecible. Para entonces, los mandos jóvenes bien relacionados con los diputados de la Asamblea Nacional confiaron a éstos la situación en el frente, aunque la verdad es que la clase política solamente había aceptado a Nivelles porque consideraban que podía manejar a los británicos. En ese momento, sin embargo, Francia, como le sucedería en otras ocasiones durante el siglo xx, se dio de bruces con la realidad: las tropas se rebelaron y se negaron a poner rumbo a una muerte segura, como esperaban sus superiores. Más adelante, cuando los comunistas recurrieron a diferentes episodios de la primera guerra mundial con fines

propagandísticos, los amotinados franceses de 1917 (al igual que el derrumbe de Italia, poco después) se convirtieron en el ejemplo de la revuelta de las clases trabajadoras y del campesinado. No obstante, las cosas no eran tan sencillas: Guy Pedroncini^[9], un concienzudo historiador francés, admitió la participación de unos cuarenta mil hombres, los más próximos al frente, que, sin embargo, depusieron su actitud en cuanto hablaron con algunos oficiales sensatos. Nivelles no tardó en ser destituido y el nuevo comandante, Philippe Pétain, se las ingenió para que sus hombres recuperaran la moral: solamente hubo cuarenta y nueve ejecuciones, y la cúpula militar optó por humanizar las condiciones para la obtención de permisos y las de los abastos. ¿Acaso querían la ocupación alemana? No. Los desertores eran conminados por sus esposas a regresar al frente. Los soldados acataron de nuevo la disciplina, pero los generales habían aprendido la lección. Pétain era consciente de que debía apostar por operaciones pequeñas y bien organizadas, y así lo hizo. El «saliente de Laffaux», por ejemplo, en el Chemin des Dames, regresó a manos francesas en agosto. Para Francia, no había marcha atrás, y un viejo nacionalista radical como Clemenceau tomó las riendas del país.

No obstante, aquella primavera no sólo asistió al motín contra Nivelles, sino al estallido de otro mucho mayor, al tiempo que el ejército ruso se desmoronaba. Los cálculos alemanes de 1914, que aquél era el momento de acabar con Rusia porque sería imposible hacerlo unos años más tarde, eran, tal y como estaban formulados, correctos. En 1916, la producción rusa de bienes de guerra rondaba unas cifras respetables. El país carecía, sin embargo, de la organización de la que hacían gala otros más avanzados en términos de transporte, racionamiento, finanzas y unidad nacional. Las grandes ciudades estaban atestadas de refugiados, y en los trenes se amontonaban los campesinos que partían en busca de trabajo; al mismo tiempo, las necesidades de transporte del ejército eran tales que el número de trenes disponibles disminuyó, y a la capital solamente llegaban cincuenta vagones de grano al día en lugar de los noventa de antes de la guerra. Si afectaban a toda la población, las privaciones podían ser tolerables, pero lo cierto es que algunos tenían combustible y comida mientras que otros no, corría el rumor de que los alemanes estaban por todas partes –representados incluso por la excéntrica esposa del zar– y los «capitalistas» que se estaban forrando gracias a la industria bélica en Petrogrado –como habían bautizado a la capital en un gesto antigermánico– tenían, por lo general, apellidos extranjeros. ¿Cómo estallan este tipo de situaciones? De nuevo, a causa de un accidente inevitable. El 8 de marzo (o el 23 de febrero, según el calendario religioso ruso de la época) era el día internacional de la mujer, y las esposas de los obreros de la capital convocaron una manifestación contra el aumento del precio del pan. Tras madrugar en un día gélido, y después de un rato de espera, descubrían que la panadería carecía del combustible necesario para la harina, o que la harina estaba en manos de unos «especuladores», que esperaban que el precio subiera. Durante la primera semana de marzo, el tiempo, que había sido muy frío, mejoró de súbito,

permitiendo así la celebración de las manifestaciones.

De nuevo, como era habitual en Rusia a la sazón, los mecanismos represivos del zar eran inadecuados, y no tenían ni siquiera cola para pegar los carteles que promulgaban la ley marcial. Tal y como George Orwell había observado acerca de la Inglaterra del siglo XVIII, entre bajar las persianas y que el ejército entrara en acción había un paso. La policía intentó controlar la situación, y sus acciones forjaron algunos mártires. A continuación entró en escena el ejército. Ahora, sin embargo, lo formaban soldados llamados a filas contra su voluntad, que vivían en barracones gigantescos en el recinto del cuartel general, y que daban la espalda a los suyos para dedicarse al contrabando de bebida y a intimar con las mujeres de clase obrera. En un país más avanzado, esas tropas habrían estado acuarteladas en algún lugar remoto, pero la vieja Rusia no se podía permitir esas infraestructuras. Después de recibir la orden de abrir fuego, los soldados se plantaron el 27 de febrero (12 de marzo). La autoridad cedió, mientras las calles se llenaban de militares que iban de aquí para allá ondeando banderas rojas.

Al día siguiente nació la estructura rusa que iba a caracterizar la revolución: un *soviet*, palabra rusa que designa a un «consejo». El 28 de febrero, las fábricas y los soldados eligieron a sus representantes a través de una suerte de comités de huelga glorificados que no tardarían en caer en manos de los intelectuales socialistas, pagados del sonido de sus voces. En la Duma, el parlamento ruso, algunos políticos también consideraban que había llegado el momento de tomar las riendas de la situación, y contaban con el apoyo de un buen número de generales. Para ello era fundamental deshacerse del zar Nicolás II, a quien todos, incluso el Club Náutico Imperial, situado en una de las calles más importantes de Petrogrado, *Morskaya*, veían como un estorbo. Los generales lo invitaron a marcharse, y así lo hizo el 2 de marzo (15 de marzo). Los diputados de la Duma nombraron en ese momento un «gobierno provisional», que proclamó que Rusia era una república democrática, aunque no se atrevió a convocar unas auténticas elecciones. El Soviet era el órgano representativo y tenía la llave de la situación, pero no sabía qué hacer con ella: tres mil personas, dos tercios de las cuales eran soldados, se congregaron en un palacio Taurida lleno hasta la bandera. Eligieron un comité ejecutivo, compuesto por intelectuales socialistas incapaces de llevar a cabo cualquier tarea organizativa. Otro rasgo característico del curioso grado de desarrollo de la Rusia de aquella época era la ausencia de esa rigidez que, casi de inmediato, se ha dado en otras revoluciones populares posteriores y fruto de la acción de los sindicatos. Aunque éstos estaban enfrentados a los patronos, no querían acabar con el orden existente, y tenían la fuerza suficiente para imponerse incluso en una situación que bordeaba la anarquía. A excepción de los trabajadores del ferrocarril y de los impresores, ningún otro sector contaba con un sindicato en Rusia. Entretanto, la *intelligentsia* socialista se aseguró de desarticular la «reacción»: acordaron acabar con los saludos militares, con la pena de muerte en el seno del ejército y decretaron la formación en todos los estamentos

militares de comités para elegir a los mandos y supervisar las acciones de éstos.

A pesar de todo ello, las causas que habían propiciado la revolución no desaparecieron, sino que fueron a más. Uno de los grandes motores de toda revolución real (porque ha habido algunas surrealistas) es la inflación. Las finanzas públicas rusas se derrumbaron. En 1914 se había adoptado una política tremendamente austera, e incluso el zar pegaba con su propia saliva los sellos que utilizaba para ahorrar gastos. El coste de la guerra, sin embargo, aumentó desproporcionadamente, y el Gobierno se encontró entre la espada y la pared. Una de sus primeras medidas, la prohibición del consumo de bebidas espirituosas, iba en contra de los fines que perseguía, pues un tercio de los ingresos estatales procedían del monopolio del vodka. El Estado no disponía de una maquinaria fiscal, y no existía en Rusia una numerosa clase media a la que poder gravar para obtener fondos con fines bélicos, como habían hecho el resto de países. Ante aquella situación, el Gobierno decidió aumentar la emisión de papel moneda, tanto que, al final, las imprentas se estropearon y, cuando un cliente iba al banco a cobrar un cheque, recibía un fajo de papeles y las instrucciones para entintarlos con las cantidades pertinentes. En los billetes, cada vez era mayor la cifra de ceros, como también en los precios. Se hizo imposible predecir las existencias de un producto alimenticio: tanto podían retenerlas los productores campesinos, porque recibían a cambio un trozo de papel sin valor alguno, como los bancos, que almacenaban en sus cámaras azúcar porque, cuando menos, era un producto que valía algo. El problema se trasladó a continuación al transporte, pues aunque los vagones se desplazaban a zonas del territorio donde tradicionalmente se abastecían de grano, ahora volvían medio vacíos, mientras que en otras regiones del país los alimentos se pudrían por falta de transporte. En el verano de 1917, toda esta espiral de problemas acabó tejiendo una red indisoluble. Nada funcionaba. Gobierno y soviets optaron por la negociación, y en éstas estaban cuando, el 9 de abril (22 de abril), llegó Lenin, la figura más radical de la política rusa. Él y sus seguidores, apodados «bolcheviques» porque, años atrás, en un intento por apoderarse del periódico socialdemócrata en el exilio, se las habían ingeniado para, de un modo turbio, tener mayoría en la reunión decisiva –la palabra rusa para designar a la mayoría es *bolshinstvo*–, veían una solución sencilla allá donde el resto no encontraban la manera de salir del atolladero. Lenin declaró: pan para el pueblo, tierras para los campesinos y paz para todos los pueblos. Si los rusos daban el primer paso abandonando la guerra, el resto de países los seguirían, y especialmente Alemania, donde Lenin había vivido varios años. Aquello permitiría resolver el resto de cuestiones. El Gobierno alemán estaba de acuerdo con aquel planteamiento y permitió que Lenin se desplazara desde Suiza hasta Rusia en tren^[10].

Lenin tenía una personalidad extraordinariamente carismática. Ésta no se percibe en sus escritos, que son ilegibles, e incluso si tenemos en cuenta las diferencias en términos de retórica entre una civilización y otra, es difícil entender por qué el pueblo ruso sucumbió a su oratoria. Pero parece que así fue y, en efecto, en *petit comité*,

Lenin se sobreponía a la considerable hostilidad inicial que despertaba: en abril de 1917, hasta los bolcheviques que retornaban de campos de prisioneros estaban a favor de que la guerra continuara; Lenin habló y la balanza se inclinó a su favor. El viejo orden, afirmaba, cometía errores, y no cabe duda de que así había sido: la economía era un desastre, nadie podía controlar las colas para obtener alimentos, los generales se sentían irremediabilmente inferiores a los alemanes, las tropas se pasaban el día bebiendo unos brebajes perversos con el estómago vacío y los banqueros y los diplomáticos eran esclavos del imperialismo franco-británico. La revolución rusa fue un gran motín, y, aunque el ejército seguía en el frente durante el verano de 1917, no sólo era incapaz de llevar a cabo la menor acción ofensiva sino que apenas podía organizar maniobras defensivas. En agosto, el Gobierno provisional intentó atajar a los bolcheviques, pero la situación se complicó. Disfrazado, Lenin huyó a Finlandia. Durante una «conferencia estatal» en el teatro Bolshoi de Moscú para discutir el futuro de Rusia, incluso el personal del ambigú se declaró en huelga. Conforme avanzaba el otoño, sólo quedaba en pie un órgano con pies y cabeza, el soviét, dominado ahora por los bolcheviques, y el 7 de noviembre sus tropas derrocaron al Gobierno. En la batalla que se ve en la película que conmemora el décimo aniversario muere más gente que en la auténtica «toma del poder».

¿Cómo iban a reaccionar los aliados ante los problemas cada vez mayores que se vivían en Rusia? Los norteamericanos no estaban ni mucho menos preparados, y los franceses se entretenían lamiéndose las heridas. En agosto, los italianos lanzaron la undécima batalla de Isonzo, penetraron unos ocho kilómetros en la llanura de Bainsizza, al norte de Trieste, y, tras sufrir el doble de bajas que los austriacos, detuvieron la ofensiva. Solamente los británicos tenían los efectivos necesarios para acometer un gran esfuerzo bélico, y así lo hicieron en verano, en Flandes. Aquella acción estaba motivada en parte por Rusia, pero también por Estados Unidos, ya que el fin que perseguía era ganar la guerra e imponer una paz británica antes de que el presidente Wilson pudiera enturbiar las aguas. Aunque posteriormente Lloyd George se distanció de aquella operación, lo cierto es que la había autorizado. Ha pasado a los libros de historia como «Passchendaele», el nombre de la pequeña población en una cresta de una cierta importancia táctica. Después de tres meses y de cuatrocientos mil muertos, los británicos la tomaron. Sin lugar a dudas, ahí tocó fondo la estrategia británica.

Haig siempre había querido llegar hasta Flandes y, en este sentido, su acción era lógica. La defensa del saliente de Ypres no era sencilla, y las hostilidades se cobraban cada semana siete mil vidas en acciones «corrientes» –los alemanes ocupaban una posición elevada en la cresta de Messines y desde ahí abrían fuego contra Ypres desde un flanco–. La distancia que separaba Ypres de la frontera holandesa, sin embargo –es decir, la captura de la costa belga–, no era mucha, y con ello podrían tomar la base de submarinos de Zeebrugge. Era un plan sensato, y los británicos habían acumulado la experiencia suficiente para organizar un bombardeo que

debilitara las defensas. Asimismo, poseían millones de proyectiles, el material para hacerlo. No obstante, toda aquella zona recibía el nombre de Países Bajos por un motivo claro: había sido ganada al mar, el nivel freático estaba cerca de la superficie y, si un proyectil removía la tierra, la convertía en barro. Cuando llovía, el resultado era un cenagal.

Con todo, y como a menudo sucedía, los generales se vieron abocados al desastre después de haber obtenido un éxito inicial. En una demostración de obstinación, los zapadores habían cavado un túnel por debajo de la cresta de Messines, y habían instalado veintiuna cargas explosivas, con un millón de toneladas de TNT en total, con el fin de volar la cadena. La infantería había recibido una instrucción minuciosa y había trabajado con modelos a escala de las montañas, y el comandante de las fuerzas locales, Plumer, del 2.º ejército, era un tipo prudente y meticuloso que prestaba atención a cualquier detalle y nada ambicioso. El 7 de junio, las minas estallaron –la explosión se oyó desde Londres– y un bombardeo masivo silenció las baterías alemanas. Los alemanes cedieron y se retiraron, dejando el terreno elevado a los británicos, que desde ahí podían abrir fuego y proteger mejor las rutas de abastecimiento de Ypres. Sin embargo, una vez más, tras aquel triunfo la ofensiva fracasó y Haig desperdició la ventaja obtenida.

Pasó un largo intervalo de tiempo antes del siguiente ataque británico, un *impasse* que se prolongó hasta el 31 de julio y que permitió a los alemanes reforzar sus defensas del mismo modo formidable y sofisticado que empezaba a ser habitual en las filas germanas: ocho o nueve kilómetros de trincheras, con «cajas de pastillas» (así las llamaban los británicos) de cemento en cuyo interior estaban apostadas ametralladoras pesadas, tejiendo una red mortal (e inesperada) para las tropas atacantes. A los soldados que ocupaban aquellas defensas se les exigía un cierto grado de experiencia. Si la línea del frente no aguantaba lo suficiente, la desmoralización podía apoderarse de los defensores, pues creerían que estaban condenados. Si resultaba infranqueable, los defensores sucumbirían al fuego concentrado que solía poner fin a aquellos bombardeos (los rusos calculaban que se necesitaban veinticinco mil proyectiles para abrir una pequeña brecha en las alambradas). Las siete semanas que transcurrieron entre la toma de la cresta de Messines y el inicio de la tercera ofensiva de Ypres, como se bautizó el ataque británico, permitieron que un experto alemán en defensa, el coronel Von Lossberg, se preparara a fondo con seis posiciones defensivas independientes. El frente constaba de tres líneas con parapetos en lugar de las elaboradas trincheras. Estaban separadas por unos doscientos metros, y en ese terreno estaban apostadas algunas compañías de infantería. Dos kilómetros más atrás se encontraba la segunda posición, con las garitas de cemento para proteger a los batallones de refresco. Entre la primera y la segunda posición había más garitas de cemento, provistas de ametralladoras pesadas. Esta zona recibía el nombre de «zona de batalla de vanguardia». A un kilómetro y medio de distancia se alzaba otro sistema, donde aguardaban su turno los batallones

de reserva. Por último estaba la tercera posición, a otro kilómetro y medio de distancia, donde debía ocurrir la batalla decisiva. Aquélla era la «gran zona de batalla».

La tercera ofensiva de Ypres hizo más por desanimar a las clases instruidas británicas que cualquier escrito de Lenin. Haig no tuvo suerte en tanto en cuanto llovió más de lo que era habitual, a pesar de que cualquier estudiante de meteorología podría haberle dicho que las precipitaciones no eran algo extraño en aquella región. El bombardeo inicial, que comenzó a mediados de julio, se prolongó durante dos semanas, y, evidentemente, puso a los alemanes sobre aviso de lo que se avecinaba, lo que ahuyentó el efecto sorpresa. Las nueve divisiones implicadas en el ataque tenían ante sí a cinco, pero las condiciones meteorológicas habían sido tan malas que había resultado imposible llevar a cabo un reconocimiento aéreo, y el «alcance sonoro», un ingenioso método para detectar la ubicación de las baterías enemigas a partir de las ondas sonoras de sus disparos, tampoco había dado resultado. El bombardeo, «de una brutalidad sin precedentes», no fue muy atinado: se dispararon 4.300.000 proyectiles, pero los cañones alemanes situados detrás de la cresta de Passchendaele no sufrieron daños, y sesenta y cuatro posiciones defensivas seguían en pie a la espera del avance de los atacantes por la izquierda y por el centro. Cuando se inició la ofensiva, a las 3.50 de la madrugada del 31 de julio, unas nubes bajas y de lluvia ocultaban la salida del sol. Gracias a que el bombardeo había destruido las posiciones de la primera línea, la infantería logró penetrar en algunas zonas, aunque no por el centro y la derecha, en la llanura de Gheluvelt, la continuación de la cresta de Messines y cuya ocupación era fundamental para evitar que la artillería alemana siguiera gozando de la ventaja que le proporcionaba la altura. En algunas zonas, la «barrera escalofriante» no pudo llevarse a cabo y las condiciones meteorológicas no permitieron saber a ciencia cierta dónde estaba la línea del frente. Aun así, el primer día no se saldó con un fracaso, a diferencia de lo que había sucedido durante la jornada inicial en el Somme. La operación habría tenido sentido si su único objetivo hubiera sido tomar las colinas que rodeaban Ypres y que tanto dificultaba la vida de la zona, pero Haig quería penetrar a toda costa en aquel terreno y volvió a ordenar a la caballería, cuya capacidad de maniobra en aquellas circunstancias era nula, que bloqueara las líneas de abastecimientos. Por su parte, Gough, del 5.º ejército, creía en las «cargas», el gallardo avance de las tropas. En la práctica, su concepción de la batalla llevó a sus tropas a marchar sobre el fango.

A continuación vino uno de los episodios más extraordinarios de esta guerra o de cualquier otra. Desde el primer día, y durante los siete siguientes, llovió. En agosto, solamente hubo tres días sin lluvia. Y llovió y llovió, doblando la media de ese mes. Los insistentes bombardeos agravaron el problema, ya que tanto el campo de batalla como las carreteras que conducían hacia él se convirtieron en un lodazal. Los heridos que se caían de los camiones que los transportaban a la retaguardia morían ahogados. El sargento de una de las ambulancias del campo de batalla escribió: «Necesitamos

seis hombres para cada camilla, pues dos de ellos se dedican únicamente a ayudar a sacar a los demás de los agujeros; en algunos lugares, el barro nos llega hasta la cintura. Han bastado un par de días... para que incluso los hombres más fuertes estén al límite de sus fuerzas». Cuando fue preciso incluso trasladar las baterías más ligeras para huir del fuego alemán, la cantidad de barro era tal que se necesitaban seis horas y media para mover doscientos cincuenta metros una simple ametralladora. Los heridos que habían buscado refugio en los cráteres abiertos por el impacto de los proyectiles descubrieron que el agua no dejaba de subir por efecto de la lluvia, y veían cómo, centímetro a centímetro, estaban cada vez más cerca de morir ahogados. Aquéllas fueron las circunstancias en las que Gough lanzó los ataques de agosto, que fracasaron una y otra vez.

Acto seguido, le llegó el turno a Plumer. Insistió en obtener los refuerzos que le habían sido negados a Gough y propuso centrarse en unas operaciones de un alcance muy limitado, según el principio de «morder y aguantar». Antes que seguir adelante con el avance y adentrarse en un terreno que escapaba a la capacidad y la preparación de la artillería, las tropas debían conformarse con tomar el objetivo inicial y consolidar esa posición. Plumer tuvo la suerte que había dado la espalda a Gough: el cielo se despejó y el suelo comenzó a endurecerse, aunque nunca lo suficiente. En septiembre se produjeron tres batallas de un alcance limitado –la más célebre de todas, la que se libró para tomar la población de Broodseinde–, marcadas todas ellas por el uso de una «barrera escalofriante» de gran intensidad, que corría una cortina de fuego justo frente a los atacantes, aunque solamente hasta un kilómetro por delante de sus posiciones, mientras la infantería se mantenía a una distancia prudencial. Estos bombardeos desarbolaron los contraataques alemanes, y las tropas, que seguían más o menos en sus posiciones iniciales, pudieron contar con un apoyo razonable. Los alemanes no supieron responder a aquella variante táctica, y las operaciones concretas de Plumer (al igual que las de Pétain en ese mismo período) se saldaron con éxito. Sin embargo, y a pesar del esfuerzo titánico, solamente habían cubierto tres kilómetros, y a un ritmo que hacía que fuera imposible ganar así la guerra. Pero Haig volvía a soñar, y estaba en cierto modo convencido de que la moral de los alemanes se estaba viniendo abajo y de que éstos no tardarían en rendirse en bloque. Ordenó a Plumer que no se detuviera, y entonces regresó también la lluvia. Durante el mes de octubre y la primera quincena de noviembre, las tropas se congregaron en el insignificante valle de Passchendaele, hasta que finalmente lograron abrirse paso por el lodazal para tomarlo; aquel avance propició un pequeño saliente que todos sabían que habría que evacuar si los alemanes lanzaban una contraofensiva de consideración. Por fin, cuando los combates casi tocaban a su fin, un oficial del Estado Mayor se desplazó al campo de batalla. Conforme se aproximaba, no pudo contener las lágrimas y preguntó al chófer: «¿Ahí enviamos a los hombres?». Cuando el jefe de su propio servicio de inteligencia le advirtió de que el desánimo no estaba cundiendo entre los alemanes, Haig dejó caer un comentario característico de su

persona: ese hombre era católico y su información tal vez procediera de fuentes contaminadas. Haig mantenía la fe en la victoria final, y no se dio por vencido. El año se cerró con un episodio que presagiaba el final de la guerra: Cambrai.

Al menos en este caso, la opinión de los expertos en tanques tuvo un cierto peso. Habían afirmado que los tanques podían resultar útiles si avanzaban juntos, en masa y sobre un terreno duro, y si contaban con el apoyo adecuado de la artillería. El apoyo aéreo empezaba también a cobrar importancia, ya que podía obligar a los defensores a mantenerse a cubierto o a creer que la llegada del enemigo se produciría en otras zonas (empezaban a entrar en juego las tácticas de la *Blitzkrieg* que servirían para ganar batallas en 1918). Asimismo, los artilleros disponían ahora de técnicas impensables hasta entonces. El principal objetivo de las baterías eran los cañones enemigos. Tiempo atrás, solamente era posible conocer su ubicación desde el aire o guiándose por los disparos de éstas, y la artillería para combatirlos debía quedar registrada, es decir, debía abrir fuego a una distancia que la convertía en un posible blanco, lo que no sólo desbarataba el factor sorpresa sino que daba pistas de la posición de los cañones enemigos. Ahora, gracias al reconocimiento aéreo (mucho más profesional y, en parte, a causa también de las mejoras en el terreno de la fotografía), era posible trasladar la ubicación de las baterías del enemigo a un mapa cuadrado, permitiendo así preparar el ataque de la artillería sin necesidad de disparar a ciegas. En otras palabras: en Cambrai, los británicos se beneficiaron del factor sorpresa. El ataque se produjo el 31 de octubre y fue un éxito inmediato, dio lugar a un avance considerable y a la captura de un gran número de prisioneros y de armamento. En Inglaterra, las campanas tañeron. La ofensiva siguió adelante, dejando atrás como era habitual las líneas de abastecimientos, hasta llegar a campo abierto. Sin embargo, el comandante alemán era perro viejo y organizó el contraataque a partir de los nuevos principios empleados en el Este, y recurriendo, sobre todo, a unas «tropas de asalto» que se movían a gran velocidad, utilizaban granadas y eludían las defensas del enemigo. Los británicos habrían podido contener la contraofensiva alemana de haber contado con reservistas, pero no los tenían. Passchendaele se había encargado de acabar con ellos.

Simultáneamente, a finales de octubre, y también con esos mismos principios, se produjo la victoria más brillante de toda la guerra, a excepción posiblemente de la de Brusilov –brillante por cuanto la inteligencia y la decisión se impusieron a las restricciones materiales–. En el verano de 1917, los astutos artilleros alemanes ya estaban familiarizados con los mismos principios que los británicos, pero los aplicaban de un modo más exhaustivo. El alcance de los cañones variaba, como también la dirección que podían tomar sus proyectiles, y el viento o la lluvia podían incidir, asimismo, en el resultado de los disparos. Por ello, probaban el alcance de cada batería con el fin de detectar posibles variaciones y corregir cualquier error. El objetivo de los bombardeos no era tanto aniquilar las defensas como neutralizar, por medio de una lluvia de metralla y gas, el centro de mando y los movimientos de los

reservistas. La primera prueba con esos nuevos métodos se llevó a cabo en Riga, el 1 de septiembre, con el asalto por parte de trece divisiones de las posiciones rusas en el Dvina, al norte de la ciudad. Aquella ofensiva los cogió por sorpresa: los reservistas, tan letales por lo general para unos atacantes agotados, no pudieron llegar al lugar porque el bombardeo aisló uno de los sectores de la defensa apoyándose en una cortina de fuego para impedir la entrada en acción de esos hombres. También la infantería adoptó nuevas tácticas. Todos los ejércitos contaban con tropas de asalto especialmente entrenadas, equipados con armas ligeras y lanzallamas y cuya misión era avanzar rápidamente en zigzag. Estos métodos explican el éxito del contraataque en Cambrai, y, combinados con un nuevo tipo de bombardeo, también demostraron su validez en Riga. Todo comandante formado en esos métodos fue trasladado del frente ruso a otros campos de batalla.

Y, sobre todo, a Italia. Como en Rusia, el país estaba a caballo del mundo moderno y del antiguo, si bien su población pertenecía aún a un universo muy concreto y rural: un tercio de los soldados eran analfabetos. Sus gobernantes habían llevado al país a la guerra, obligándolo a correr con la esperanza de que, entretanto, aprendiera a caminar. Confiaban en llegar hasta Viena sin problemas, pero la verdad es que apenas habían traspasado sus fronteras; las ofensivas posteriores provocaron en las filas italianas el doble de bajas que en las austriacas, y solamente algún que otro triunfo. En la frontera nororiental –en el río Isonzo, hoy el Soca, situado en Esloveniase libraron once batallas diferentes y, mientras los italianos aprendían a manejar las armas y el cansancio hacía mella entre los austriacos, los primeros se alzaron con alguna modesta victoria. Aun así, tal y como había sucedido con las acciones capitaneadas por Haig, estas victorias se cobraron un precio desorbitado: en una, sufrieron medio millón de bajas, por 600.000 en las tropas austriacas. En la undécima batalla, en la que cayó una parte de la llanura de Bainsizza, los italianos perdieron a 170.000 hombres, 40.000 de ellos en los combates.

En este último caso, los militares prefirieron culpar del desastre a sus hombres. Aproximadamente como en Rusia, mediaba un abismo entre los oficiales y los soldados rasos, y Cadorna, un tipo de la Italia septentrional y responsable de los aspectos estratégicos (era hijo de quien había llevado a empujones al Papa hasta el Vaticano durante la unificación italiana), admitía que sus soldados solamente lucharían si se sentían aterrorizados. Si no salían de las trincheras para lanzar el ataque, las ametralladoras italianas debían abrir fuego contra ellos. Tras la guerra, París y Londres descubrieron monumentos al soldado desconocido –hombres que habían saltado por los aires y cuyos restos era imposible identificar–, en el transcurso de ceremonias presididas por viudas escogidas al azar de esos soldados. Los italianos levantaron también un monumento semejante, pero el punto donde luchó el 2.º ejército quedó fuera de las zonas en las que se buscaban los cadáveres, porque cualquiera de los soldados ahí caídos podía haber sido abatido por sus propios generales. Uno de estos generales, que capitaneó más tarde las milicias fascistas (y

que, posiblemente, fue asesinado como venganza en 1931, lanzado a la vía del tren), solía levantarse en sus propias trincheras para, con su revólver, disparar contra sus hombres si éstos dudaban. Como hicieran los romanos, Cadorna llegó a diezmar a sus soldados, tirando al azar contra uno de cada diez hombres de un batallón que había fracasado. Hubo casos de una crueldad extraordinaria: por ejemplo, un hombre, padre de siete hijos y perteneciente a una brigada con un historial nada desdeñable y que presuntamente debía ser castigada por haber quedado aislada en tierra de nadie, haber intentado rendirse y haber sido rescatada, fue ejecutado por llegar el último a un desfile porque se había dormido. Cuando, en agosto de 1917, el Papa hizo un llamamiento para alcanzar un acuerdo de paz coincidiendo con un momento en que todo apuntaba a que la intervención italiana en la guerra era un error garrafal, Cadorna prohibió la prensa italiana en el frente.

Faltaba poco para que sus acciones se volvieran en su contra. Lo sucedido en Bainsizza había asustado a los alemanes: ¿y si Austria arrojaba la toalla? Con el fin de la guerra en el frente Oriental, un gran número de tropas podían asumir ahora otras misiones, y un nuevo ejército alemán, el 14.º, vio la luz dirigido por Otto von Below, un militar competente y familiarizado con los métodos empleados en Riga. A sus órdenes estaban dos futuros mariscales de campo, Rommel y Schörner, jóvenes militares que habían despuntado en diferentes operaciones en las que habían capturado pasos de montaña. Siete divisiones alemanas y cinco austriacas pusieron rumbo al curso superior del Isonzo, en una zona muy montañosa, después de realizar un despliegue en términos de transporte del que solamente eran capaces, en esta guerra, alemanes y franceses (incluso se tuvo que suspender el reparto de leche en las escuelas de Viena). A través de una línea de ferrocarril con una capacidad limitada y por unas estrechas carreteras de montaña, lograron trasladar un millar de cañones con un millar de proyectiles cada uno. Asimismo, gracias a los vehículos de tracción integral de Porsche o al empleo ingenioso de unos monstruosos ingenios de guerra a través de pozos, las potencias centrales disponían de una formidable superioridad local sin que los italianos, a pesar de las advertencias de los desertores, se tomaran en serio en ningún momento lo que se les avecinaba.

Unos días más tarde, en el suelo del cuartel general italiano de Udine aparecieron las transcripciones de los interrogatorios a los desertores; para entonces, sin embargo, la catástrofe ya era una realidad. El éxito relativo en la llanura de Bainsizza, en pleno frente del Isonzo, había llevado a una parte del ejército italiano a lanzarse a la carga, sin tenerlas todas consigo; los austriacos tenían una cabeza de puente en Tolmein (Tolmino), y el numeroso ejército italiano de la zona ocupó una posición dividida por el río; su comandante –curiosamente, el general Badoglio, posteriormente una figura clave, primero, del fascismo y, más tarde, de la oposición al régimen no sabía si enviar a una parte de sus efectivos a la orilla oriental, donde se encontraban los atacantes, o a la occidental, donde se estaba organizando la defensa. Sea como fuere, un bombardeo alemán lo obligó a buscar refugio en una cueva, imposibilitando que

dirigiera las acciones de uno y otro contingentes. Al Norte, en Flitsch (Plezzo, y hoy Bovec), una población del Isonzo, había un cuerpo del ejército que, por sorpresa, fue atacado desde las montañas por cinco divisiones austriacas. Las dos principales unidades italianas se reunieron río abajo, en otra pequeña población, Caporetto^[11]. Ninguno de esos cuerpos estaba preparado. El propio Cadorna había intuido que probablemente lo mejor era retroceder. Sin embargo, Capello, el comandante del principal ejército del Isonzo, el 2.º, no compartía ese parecer y, durante un mes, retrasó los preparativos: si las potencias centrales atacaban, él contraatacaría y mantendría a sus hombres en la primera línea. Capello, un irascible francmasón napolitano de orígenes sociales humildes, aterraba a Cardona. Consintió la rebeldía de éste y, cuando las potencias centrales atacaron, ordenó el traslado de la artillería italiana a posiciones defensivas, abriéndose camino, con penas y trabajos, entre las tropas en retirada.

El 24 de octubre, a las dos de la madrugada, los cañones abrieron fuego. El experto alemán, el brigadier Von Berendt, preparó la mezcla de gas –que mataba a las mulas que transportaban la artillería– y explosivos pesados. Gracias a su superioridad aérea, los alemanes conocían la ubicación de las baterías italianas, y lograron silenciarlas en su mayoría. La intensidad del bombardeo varió: aproximadamente a las cuatro y media de la madrugada se detuvo durante una hora para que el enemigo saliera a tomar aire antes de volver a abrir fuego con más intensidad y de rematar la faena bombardeando, durante los últimos quince minutos, las posiciones enemigas del frente, hasta destruirlas por completo, lanzando incluso proyectiles desde morteros apostados en las trincheras. A las ocho de la mañana, los atacantes se lanzaron a la carga. En Flitsch, los austriacos bajaron desde la montaña contra unas defensas italianas que carecían de máscaras de gas. Los primeros avanzaron por el valle hasta una llanura que quedaba a poca distancia. El general al frente de los soldados italianos (solamente tenía cuatro divisiones para cubrir los treinta y cinco kilómetros de un frente complejo) ordenó la retirada y un contraataque. Uno de sus generales de división, atónito ante lo que sucedía, puso rumbo a la población de Caporetto para llamar por teléfono, pero fue capturado porque el otro contingente que participaba en la ofensiva de las potencias centrales había atravesado las caóticas posiciones de Badoglio y había avanzado por el noroeste, siguiendo el curso del río, hasta llegar a Caporetto. Aquella división se desmanteló, como también sucedió con el ejército del Norte.

En Tolmein se vivió una auténtica hazaña bélica. Las tropas de montaña alemanas tenían que apoderarse de algunas posiciones elevadas, para lo que era preciso realizar, después del bombardeo, una ascensión de novecientos metros. Rommel, a la sazón capitán, hizo gala, junto con doscientos hombres del batallón de montaña de Württemberg, de la excelencia del ejército alemán. En lugar de lanzar un ataque directo contra la cresta del Kolovrat, un inmenso macizo en la orilla occidental del río, envió a un grupo de ocho hombres, comandados por un cabo, para que estudiaran

si había alguna manera de atravesar las defensas. Y la había. Los centinelas italianos, que se habían resguardado de la tormenta, fueron capturados. En las alambradas se había abierto una brecha. A continuación, los alemanes tomaron otra trinchera y los hombres de Rommel llegaron hasta la cadena montañosa y se desplazaron por ella. Para sorpresa de los italianos, los alemanes se apoderaron de una batería pesada llegando desde atrás, mientras los oficiales almorzaban y los soldados jugaban una partida de cartas. Acto seguido, Rommel se trasladó hasta el extremo sur de la cadena, invitando a todo aquel que se encontraba en su camino a rendirse. Uno tras otro, apresó a la mayor parte de los soldados de los cinco regimientos italianos. El espíritu de aquella actuación era el mismo que guiaría sus acciones del verano de 1942, cuando cubrió los coches Volkswagen con un armazón de cartón que imitaba el fuselaje de un tanque, se dirigió a la base británica de Tobruk, la bombardeó hasta que ésta se rindió y se apoderó de tal cantidad de combustible que pudo seguir casi hasta El Cairo. En la batalla de Caporetto, otro oficial de su regimiento también había conquistado una montaña y fue galardonado con la mayor condecoración posible. El superior de Rommel pidió para éste otra medalla, pero le respondieron que no se podía conceder la misma distinción dos veces a la misma unidad por una misma operación. Rommel capturó otra montaña y la cúpula militar tuvo que infringir su propia norma.

El 25 de octubre, la posición italiana se había venido abajo y los generales empezaron a buscar excusas. Capello recurrió a su estado de salud: rebosante de energía en el mejor hotel de Verona, poco después había tenido que ser ingresado en un hospital de Padua. Badoglio se apresuró a responsabilizar a Capello de la derrota y se escondió. Solamente el duque de Aosta, al frente del 3.º ejército del Sur, mantuvo la compostura y se retiró con un cierto orden. Incluso Cadorna, al mando del 27.º, redactó el documento más extraordinario de todos cuantos los generales enviaron durante la guerra, en el que afirmaba que el 2.º ejército simplemente no había combatido y que «los rojos» estaban infiltrándose en el país. El gobierno destruyó el telegrama, pero no antes de que hubiera sido filtrado al extranjero. Cuando Italia pidió ayuda a Gran Bretaña y a Francia, pusieron como condición la destitución de Cadorna, una petición a la que los italianos accedieron a regañadientes. Como había sucedido en Rusia, las tropas tenían un elevado sentido del corporativismo, y durante un tiempo influyeron en la historia oficial (la verdad no se conoció hasta 1967).

Los alemanes se apoderaron de todas las piezas de artillería que encontraron en su avance por los angostos pasos de montaña; los soldados, en tropel, se rendían desesperados cuando descubrían que austriacos y alemanes llegaban desde la retaguardia, precisamente la posición desde la que nunca habían imaginado que podrían emerger; Cadorna complicó aún más la situación cuando no supo ordenar la retirada de sus tropas. Cuatro puentes atravesaban el río Tagliamento, que marcaba el inicio del gran llano de Friuli, a unos treinta y cinco kilómetros de la línea del frente del Isonzo, que seguía el curso de unas carreteras flanqueadas por unas enormes

montañas. Dos de esos puentes fueron asignados al 3.º ejército, que, en su retirada, cruzó el río de un modo relativamente ordenado. Una parte del 2.º ejército tuvo que abrir fuego en el Noroeste, coincidiendo con la llegada de los refugiados, y descubrió que uno de los puentes estaba en manos enemigas; el otro estaba desbordado por una evacuación masiva y caótica, mientras que, desde la otra orilla del río, un grupo de generales barrigones abrían fuego contra todo aquel que se quedaba rezagado. Este episodio, que figura en uno de los libros más famosos sobre este período de la guerra, *Adiós a las armas*, de Ernest Hemingway^[12], se saldó con trescientos mil prisioneros, trescientos mil *sbandati* –hombres que se habían descolgado de sus unidades– y con la captura de la mitad de la artillería italiana. El ejército intentó reagruparse en Tagliamento, pero los cañones enemigos, gracias a los Porsche, avanzaban a una gran velocidad. La retirada prosiguió hasta el río Piave y, en el sector occidental, hasta Monte Grappa. Entonces llegaron las tropas francesas y las británicas, y también la malaria, alimentada por las marismas de la zona. El frente era ahora mucho más corto –cien kilómetros, en lugar de los más de doscientos cincuenta anteriores–, y las fuerzas de las potencias centrales estaban ya a mucha distancia de unas cabezas de la línea de ferrocarril inadecuadas. En Italia, la resistencia nacional por fin se popularizó. Cadorna fue sustituido por un militar mucho más sensato, Diaz, y el Alto Mando italiano dejó de tratar a sus tropas como si fueran reses. Los austriacos y los alemanes no pudieron tomar las posiciones de Piave y Grappa. El 2 de diciembre concluyó oficialmente la ofensiva de Caporetto, y Otto von Below fue destinado al frente Occidental, donde estaba a punto de iniciarse la madre de todas las batallas. La cúpula alemana no había sabido acabar con Italia, pero los acontecimientos les habían proporcionado una ventaja sensacional: Rusia se había derrumbado.

Capítulo 6

1918

El mismo día en que oficialmente se decretó el fin de la ofensiva de Caporetto, una delegación bolchevique llegó a Brest-Litovsk, una ciudad destruida durante la retirada de 1915, que conservaba solamente un puñado de sus principales edificios en condiciones y que albergaba ahora el cuartel general del ejército alemán en el frente oriental, con el fin de negociar un armisticio. Para empezar, los bolcheviques habían supuesto que si hacían un llamamiento en favor de la paz, los soldados rasos dejarían las armas y pondrían fin a la guerra. Trotsky anunció que su política exterior pasaría por «lanzar algunas proclamas antes de bajar la persiana». Publicó los «tratados secretos»: los acuerdos que había encontrado en los archivos y que describían el reparto del mundo acordado por la Entente. Con todo, y a pesar de la confraternización y de algunas buenas acciones posteriores, el «imperialismo», tal y como lo llamaban los bolcheviques, no se vino abajo. El ejército ruso se había desmantelado, la capital estaba sumida en el caos y los soldados regresaban a casa, «votando con los pies», en palabras de Lenin. Poco más podían hacer los bolcheviques salvo negociar un armisticio y confiar en que la propaganda tocara la fibra de todos los pueblos del mundo cansados de la guerra. La heterogénea delegación que reunieron, en la que estaban representados incluso los campesinos, llegó a Brest-Litovsk, y ahí asistió a otra de esas escenas surrealistas tan características del esfuerzo bélico alemán: un banquete en el que los aristócratas austriacos compartían mantel con el campesino, a quien preguntaban sobre la manera de plantar las cebollas. Una vez acordado el armisticio pasaron a discutir los términos de la paz.

Las negociaciones fueron interminables, ora filosóficas, ora históricas. Ambos bandos buscaban la manera de ganar tiempo: los alemanes, porque confiaban en que los pueblos no rusos del imperio del zar declararan la independencia; los bolcheviques, a la espera de que estallara una revolución universal. Entretanto, los alemanes lanzaron un ultimátum, firmaron un tratado de paz con Ucrania, entraron en el país para proteger a su nuevo satélite y ocuparon territorios que habían abandonado los soldados rusos, especialmente en la región báltica. Las potencias centrales, que temían que el bloqueo se endureciera, concedían mucha importancia a los recursos de esas zonas. Para los austriacos, por su parte, era una cuestión de vida o muerte, pues la población de Viena ni siquiera tenía ya acceso al pan. ¿Estaban dispuestos los bolcheviques a reconocer a países satélites como Finlandia, Georgia o Lituania? Lenin intentó convencer a los suyos: volvamos a la patria rusa, recuperémonos y esperemos a ver qué sucede. Lo logró, y el 3 de marzo los bolcheviques firmaron un acuerdo en virtud del cual buena parte de la Rusia zarista se convertía en un inmenso

protectorado alemán. El general Von Eichhorn se puso al mando de Ucrania, el general Von Lossow fue destinado a Georgia, para tener el control del petróleo de la región transcaucásica y se planteó la posibilidad de trasladar una flota de submarinos al mar Caspio. Ludendorff propuso invadir la India británica; Otto-Günther von Wesendonck, nieto de la mujer que había inspirado el ciclo de lied que Wagner compuso bajo ese título, opinaba que «hoy ya no podemos tildar de mera fantasía la idea de iniciar una ruta alemana terrestre hasta China^[13]». El futuro de este proyecto dependía del frente occidental.

Cuarenta divisiones se trasladaron del frente oriental al occidental. Aquel movimiento dio a los alemanes superioridad, al menos hasta la llegada de los norteamericanos, un proceso en el que los aliados tuvieron que invertir tiempo y que incluso interrumpió el comercio de algunas materias primas fundamentales. La coyuntura económica alemana durante la guerra era tal que si el país no se alzaba con la victoria, se desmoronaría por completo. El programa de Von Hindenburg había supuesto un esfuerzo descomunal. Los niveles de producción estaban al máximo, pero todo se hacía a costa de proyectos a largo plazo, y la red de ferrocarril, como la maquinaria agrícola y las fábricas, empezaba a fallar. Si la guerra no acababa pronto, Alemania se hundiría. La elección estaba clara: o hacían un último gran esfuerzo con vistas a obtener una victoria inmediata, o apostaban por la paz. De hecho, por aquel entonces se produjo el único intento serio de sellar un acuerdo global, cuando Kühlmann, el secretario de Exteriores, insinuó a los británicos que Alemania podía prescindir de Bélgica si, a cambio, se le garantizaba libertad de acción en el Este. Niall Ferguson dice, y con razón, que la moral de los aliados estaba en aquel momento en su punto más bajo desde el principio de la guerra. También es cierto que, aproximadamente desde 1850, la política exterior británica giraba únicamente en torno de una pregunta: ¿Alemania o Rusia? Algunos conservadores desesperados y un puñado de socialistas clarividentes preferían decantarse por Alemania, pero estaban solos: todas las encuestas realizadas entre la opinión pública demostraban el deseo de los ciudadanos de llevar la guerra hasta sus últimas consecuencias, y Lloyd George, después de darle muchas vueltas, accedió a ese deseo. Sería «el hombre que ganó la guerra», no «el hombre que selló la paz». Él mismo dijo: una Alemania que tuviera bajo su mando a Rusia sería imbatible, y se apoderaría de todo lo demás. Quedaba aún la carta de Estados Unidos. Además, ahora, muchos eran los Estados deseosos de declararle la guerra a Alemania, pues confiaban en llevarse una parte de la flota y de los territorios del país. Lloyd George comunicó a sus aliados el acercamiento de Kühlmann, y calificó la reclamación francesa sobre Alsacia-Lorena como un objetivo bélico británico. Kühlmann perdió los estribos. Aquella reacción fue su fin: Ludendorff no tardó en destituirlo y en poner en su lugar al almirante Von Hintze, que se limitó a cumplir las órdenes que se le daban. La posibilidad de alcanzar un acuerdo de paz se esfumó, y los británicos no enviaron a ningún representante a Brest-Litovsk. Mucho se ha escrito sobre las iniciativas de paz

durante la guerra, pero la de Kühlmann fue la única procedente de Berlín que tuvo un mínimo de fundamento. También el presidente Wilson pergeñó una propuesta sólida: los «Catorce Puntos», un texto que, en esencia, abordaba la cuestión de la autodeterminación de las naciones. En Brest-Litovsk, los alemanes podrían haber aceptado aquel documento y adaptarlo minuciosamente. Sin embargo, prefirieron apostar por la victoria total.

Sobre el terreno, la situación parecía inmejorable. Las últimas batallas –Riga, Cambrai y Caporetto– habían demostrado que el ejército alemán había dado con la manera de garantizar un alto grado de movilidad de sus tropas en el campo de batalla, y la experiencia de generales como Otto von Below, Georg von der Marwitz u Oskar von Hutier, los artífices de esas victorias, no tenía parangón. Además, los alemanes del frente occidental contaban ahora con superioridad numérica. De las 147 divisiones alemanas –por 178 iniciales de los aliados– se había pasado, con el derrumbe de Rusia, a 191: en total, 137.000 oficiales, tres millones y medio de hombres y un número suficiente de caballos para garantizar el avance. En otras palabras, la superioridad alemana se podía concentrar, con un efecto devastador, en cualquier punto de la línea (tal y como había sucedido en Caporetto). Los mandos planearon una serie de operaciones con nombres en clave. La primera, bautizada según el arcángel, era «Miguel». Algunos de los nombres en clave restantes que poblaban la línea del frente alemana provenían del *Anillo* wagneriano: «Sigfrido», «Kriemhild», «Hunding-Brunilda»...

El sentido común recomendaba que, al atacar a dos enemigos, la ofensiva se concentrara en el punto en el que ambos ejércitos se unían, lo que obligaría a cada enemigo a preocuparse de sí mismo, y tal vez haría que se retiraran tomando direcciones distintas; en este caso, los franceses pondrían rumbo a París, y los británicos, a los puertos del canal de la Mancha, desde donde pasarían a Inglaterra. Algo así había estado a punto de suceder en 1914. Ahora, los británicos se habían unido a los franceses poco más allá del campo de batalla del Somme, alrededor de St. Quentin. El 5.º ejército británico, comandado por Gough, un personaje valiente pero perseguido por la mala suerte, se hallaba entre ese punto y Arras, al Norte. Solamente nueve de las cincuenta divisiones británicas se habían salvado del desastre de Passchendaele, y la moral no estaba muy alta. Los oficiales comentaban que sus soldados ya no cantaban las (magníficas) canciones que habían entonado en el pasado. La alegría era una característica de las tropas británicas, «estamos aquí porque estamos aquí porque estamos aquí porque estamos aquí».

Asimismo, el ejército británico no había comprendido los nuevos principios de esta guerra tan bien como lo había hecho el alemán. Otto von Below, que, como había demostrado en Caporetto, sobresalía en el uso combinado de la infantería y la artillería, puso rumbo al norte de Francia para unirse a Ludendorff en su ofensiva. Sin embargo, no sólo habían mejorado extraordinariamente las tácticas ofensivas, sino también las defensivas. La nueva máxima, cuyo principal ejemplo había sido

Passchendaele, era la «defensa en profundidad». Gough y sus hombres no habían acabado de comprender la lógica de aquellas acciones por diferentes motivos, entre ellos porque carecían de las tropas necesarias, todavía consideraban que una línea fuerte era buena en sí misma, desconfiaban de la capacidad de sus hombres para emprender maniobras complejas bajo el fuego y subestimaban a los alemanes (que, a su entender, deberían estar tocados después de Passchendaele). Sin embargo, el motivo principal que explica la postura británica es que seguían pensando que todo sería más fácil de noche. Prácticamente el noventa por ciento de los batallones de Gough estaba a unos tres kilómetros del frente, demasiado cerca de la artillería enemiga. Sin embargo, los británicos tenían otro punto débil. En 1917, habían sufrido 800.000 bajas, y sus tropas volvían a estar por debajo del millón de hombres; después de Passchendaele, los soldados no confiaban mucho en sus mandos, y las ocho divisiones de reservistas se encontraban en el Norte, en Flandes. Los norteamericanos habían comenzado a llegar, pero todavía no habían tenido tiempo para realizar la instrucción y solamente disponían de una división lista para entrar en combate. Haig, sin embargo, rodeado por una corte de jóvenes oficiales repelentes cuya única misión era ayudarlo a despojarse del sobretodo y a ponérselo, como ya sucedió con Cadorna antes de Caporetto, no parecía en absoluto preocupado. ¿Por qué motivo los alemanes, si atacaban, lo harían mejor que él?

Discretamente, Ludendorff demostró una capacidad extraordinaria para concentrar a sus tropas. Reunió a setecientos cincuenta mil hombres –setenta y seis divisiones contra veintiséis (300.000 soldados)–, y a tres cuartas partes de toda la artillería desplazada al frente occidental –en total, 6.600 cañones–, lo que le proporcionó una superioridad de tres a uno. Las nuevas armas eran mucho más manejables –bastaban uno o dos soldados para transportar las ametralladoras ligeras, las granadas se podían lanzar empleando un rifle en lugar de hacerlo con la mano...– y, por extensión, las tácticas de la infantería, mucho más flexibles. La principal ventaja del ejército alemán estribaba en la gran cantidad de suboficiales: sargentos y cabos (entre ellos estaba Hitler, que fue condecorado con dos cruces de hierro por su valor). Sin ser oficiales, esos hombres sabían liderar un grupo reducido de soldados, algo que no sucedía en otros ejércitos, que precisaban para esos contingentes de un oficial (en el caso de Rusia, incluso tenían poder sobre los teléfonos). Existía en Bélgica una escuela especial de instrucción de infantería donde aprendían a avanzar rápidamente y en zigzag, cubriendo por turnos la posición de los demás pelotones. Estas tropas recibían el nombre de *Stosstrupps*. Su misión no era enfrentarse a las posiciones enemigas, sino penetrar y destruir las comunicaciones. Las fuerzas enemigas encargadas de la defensa contaban con el apoyo de otros soldados, pero la formación de estos últimos no era la misma. Sin embargo, los atacantes gozaban de otras ventajas: la aviación ya estaba más desarrollada, y los alemanes podían fotografiar la ubicación de las baterías británicas y situarlas sobre el mapa sin necesidad de recurrir a un vigía. La cifra de aviones era de unos 2.600. Eran aparatos

metálicos y monoplanos.

El 5.º ejército británico tenía que hacer frente a esta maquinaria sensacional, y el infortunio se cebó una vez más con ese cuerpo, el destino de Gough. El 21 de marzo amaneció a las 4.40 de la madrugada, y la niebla se instaló desde muy temprano. Los artilleros británicos no podían ver qué estaban haciendo. El bombardeo alemán, en siete fases, se prolongó hasta las 9.40 de la mañana, y cayeron más de un millón de proyectiles, primero contra las posiciones de la artillería y, a continuación, contra la línea del frente, en una operación en la que intervinieron 2.500 morteros apostados en las trincheras. También se recurrió a un gas extraordinariamente irritante, que llevó a algunos defensores a arrancarse las máscaras de gas para rascarse, con lo que alguno de los gases venenosos utilizados surtía efecto. La retaguardia británica sucumbió, las comunicaciones se vieron interrumpidas, y Gough, al frente del 5.º ejército, perdió el control, como le había sucedido a Capello en Caporetto, aun cuando su vecino del Norte, Byng, del 3.º ejército, defendió, de un modo decisivo, el bastión de Arras. En el extremo Sur, en La Fère y St. Quentin, el avance fue sumamente rápido: en una semana, los alemanes habían recorrido sesenta kilómetros de un frente de setenta y cinco, causando 300.000 bajas, un tercio de las cuales eran prisioneros, capturados en la rápida infiltración propiciada por la velocidad de movimientos que imprimían las tácticas alemanas. Los británicos perdieron 1.300 cañones.

Se retiraron al antiguo campo de batalla del Somme, y retrocedieron hasta Amiens, un nudo ferroviario clave y una ciudad famosa por poseer una catedral que, desde el punto de vista matemático, es la más perfecta de todas las grandes catedrales francesas. Alemania había cosechado un éxito extraordinario, pues había recuperado una capacidad de maniobra en el frente occidental desconocida desde 1914, cuando la caballería todavía podía trotar a campo abierto. Pero el siglo xx por fin había desembarcado, y lo había hecho con todas sus consecuencias: los avances tecnológicos en todos los ámbitos eran formidables y, en ese sentido, Alemania iba a la cabeza. Fue tal el éxito que incluso Ludendorff perdió la noción de la perspectiva, prescindió de todo cuanto había aprendido en Caporetto y cometió el error de no levantar el pie del acelerador. Olvidó que, por victorioso que fuera un ejército, perdería fuelle conforme avanzara. Y envió primero a las tropas al flanco izquierdo, para reforzar el éxito de la zona comprendida entre St. Quentin y La Fère. A continuación, consideró que tal vez debería intentar la toma de Arras desde el otro flanco. Sin embargo, las tropas solamente podían transportar armamento ligero y no resultaba sencillo desplazar los cañones por el lodazal del viejo Somme. La ofensiva alemana acabó en una cresta a poca distancia del nudo ferroviario de Amiens, desde donde, apuntando con precisión, los cañones pesados alemanes podían alcanzar la estación. En aquel escenario, las reglas de esa guerra reafirmaron su vigencia: la importancia de los reservistas, transportados en este caso por un clásico británico, los autobuses de dos pisos de Londres. Además, las tropas alemanas, abrumadas por la cantidad de recursos de los británicos, se atiborraron de un modo inconcebible detrás

de sus propias líneas.

Dejando de lado el terreno montañoso, había dos grandes diferencias con Caporetto. Por un lado, como ya se ha dicho, no era fácil cargar con la artillería alemana en un escenario tan impregnado de sentimientos de desesperación como el antiguo campo de batalla del Somme, por geniales que fueran los diseños de Porsche; además de la escasez de combustible, prácticamente no les quedaba goma, y tuvieron que instalar en los camiones ruedas de madera o de hierro, con el consiguiente desgaste de las carreteras. Por otro lado, aquí no entró en escena el factor Cadorna, la ridícula obstinación en el error y la estúpida voluntad de descargar las culpas en otra persona. Por fin la infantería británica estaba a las órdenes de un comandante sensato, que hizo lo que deberían haber hecho sus predecesores y se puso al servicio del comandante francés al frente de los reservistas. El 26 de marzo, en Doullens, se sometió a Foch, quien, a diferencia de tantos otros generales, aprendía en lugar de insistir en sus errores. De hecho, mucho había aprendido desde los tiempos en el Marne, y tenía además una habilidad innata para ganarse la confianza de todas las partes implicadas. Al controlar a los reservistas, estaba en disposición de dictar la estrategia, y eso mismo hizo, aunque con tacto. A lomos de los autobuses londinenses, en camión o en tren, doce divisiones francesas y algunos reservistas británicos acuartelados en Flandes llegaron a las líneas de Amiens. No hubo en esta ocasión una retirada desordenada (como había sucedido en Gorlice en 1915 y en Caporetto) y, el 4 de abril, los alemanes pusieron fin a su ofensiva.

No obstante, Ludendorff estaba obsesionado por limpiar Flandes de británicos y por tomar los puertos del canal de la Mancha, expulsando así a éstos de la Europa que había de nacer en virtud de Brest-Litovsk. La ofensiva de marzo había congregado a cuarenta y ocho de las cincuenta y seis divisiones británicas, así como a cuarenta francesas, mientras que los reservistas de Haig se limitaban a una sola división. En Ypres, los británicos estaban en una tesitura muy vulnerable, y los ataques podían llegarles desde tres flancos (la situación había empeorado con la toma de Passchendaele, un sector de una cresta en el extremo de su propio saliente). Los trenes alemanes volvieron a ponerse en funcionamiento, trasladando millares de piezas de artillería. La aviación identificó la ubicación de las baterías británicas, y los cañones abrieron fuego contra las posiciones señaladas en los mapas, sin que nadie les asegurara de antemano si realmente existían sobre el terreno. Cuando menos, los británicos habían tenido el sentido común de abandonar el pequeño saliente de Passchendaele, a pesar de que, con ello, se habían apelotonado en una zona que, por razones de prestigio y de propaganda, no podían rendir. El 9 de abril, dos ejércitos alemanes atacaron de nuevo a partir de los métodos del 21 de marzo, y volvieron a beneficiarse de una climatología muy favorable. En el flanco sur se toparon con dos divisiones portuguesas. Como los italianos, estaban aprendiendo a correr casi al tiempo que empezaban a dar sus primeros pasos, y la masacre de los soldados lusos sirvió para que los británicos se comprometieran a defender el Imperio portugués en

África. Pero la moral de las tropas no era muy alta en aquella situación y cayeron. De todos modos, era imposible organizar una defensa sólida en el saliente de Ypres, ya que aquella región se adentraba en territorio alemán. Los alemanes lograron otra gran victoria: el 12 de abril no sólo recuperaron la cresta de Messines sino que, más tarde, se apoderaron del accidente adyacente, el monte Kemmel, el punto más elevado de la zona. Los británicos estaban al límite de sus fuerzas, y Haig reaccionó: comunicó a sus hombres la realidad de la situación –«estamos entre la espada y la pared»– y, a partir de ahí, hizo un sorprendente despliegue de cualidades (y, entre ellas, sobre todo, la predisposición a aprender). Bien es cierto, sin embargo, que contó con la colaboración de Ludendorff, a quien se le había subido el éxito a la cabeza. Éste repitió el error que había cometido el 21 de marzo: continuó avanzando. Acto seguido, se topó con los reservistas que habían llegado en autobuses y trenes; en este caso, doce divisiones francesas. Las líneas de ferrocarril de Hazebrouck y Bethune estaban todavía en manos británicas. Los alemanes llegaban a pie después de atravesar unos terrenos destrozados y lanzaban, a pesar del agotamiento, sus ataques contra los cenagales que rodeaban ahora el río Lys (que dio su nombre a la batalla). Los aliados perdieron a 150.000 soldados, y los alemanes, a 110.000 (a los que había que añadir el cuarto de millón de bajas de la ofensiva de marzo). Los aliados podían permitirse aquella cifra; los alemanes, no.

Los combates cesaron durante un tiempo. Los reclutas alemanes del último año de reemplazo fueron llamados a filas antes de lo que era habitual, mientras los estudiantes hacían sus exámenes finales. También se enrolaron algunos prisioneros de guerra procedentes de Rusia, y los germanos ordenaron a Austria-Hungría que enviara hombres (se personaron en Metz sin botas). El ejército pudo recomponer sus filas y la fabricación de munición en el marco del programa Von Hindenburg se mantenía dentro de unos niveles considerables, aunque empezaban a percibirse signos de sobrecalentamiento. Ludendorff, obcecado aún con tomar los puertos del canal de la Mancha y poner freno a la llegada de las tropas angloamericanas, necesitaba acabar antes con los reservistas que se habían reunido en la región después de la batalla de Lys. Se decantó por atacar el frente francés situado al noreste de París, en el Aisne, en el Chemin des Dames, y la suerte le sonrió una vez más. El comandante francés Duchêne destacaba por su notable incapacidad para aprender. Ubicó a la mayoría de sus hombres en la primera línea, donde eran más vulnerables a los bombardeos, junto a cinco divisiones británicas que se habían retirado porque lo habían pasado realmente mal en la ofensiva de marzo y necesitaban descansar en una zona presuntamente tranquila. El croar de las ranas del Aisne impidió escuchar el avance de las tropas alemanas, y la sorpresa fue mayúscula. El 27 de mayo, 5.300 cañones abrieron fuego contra 1.400 baterías aliadas, y en cuatro horas dispararon dos millones de proyectiles, auspiciados por la climatología favorable habitual en aquella época del año.

El 7.º ejército alemán, comandado por Hans von Böhn, avanzó a continuación de

un modo casi milagroso, escalando unas crestas prácticamente verticales, cruzando el río Aisne para apoderarse de unos puentes que se mantenían intactos y peleando incluso en las marismas. Llegaron al río Marne, desde donde un inmenso cañón, el «Gran Berta» (bautizado así en homenaje a la esposa de su constructor, Krupp), bombardeó París, a sesenta kilómetros de distancia. Pero Ludendorff incurrió de nuevo en el error que ya había cometido el 21 de marzo y el 9 de abril: no se detuvo. Las tropas alemanas, equipadas con armamento ligero, hacían frente a los reservistas aliados que llegaban, y con ellos el armamento pesado, en tren: en total, treinta divisiones francesas. A estos soldados se habían sumado ahora los norteamericanos, que vivieron su primera experiencia bélica europea en Château Thierry y en el bosque de Belleau, y de la que salieron razonablemente bien parados. El 2 de junio, un contraataque francoamericano a cargo de veintisiete divisiones logró apoderarse de la línea del Marne, y la ofensiva alemana del 9 de junio en Montdidier, al norte de ese mismo campo de batalla y cerca de las viejas posiciones británicas en el Somme, fracasó. Aquel resultado fue el presagio de lo que se avecinaba. Los ataques de Ludendorff habían dado lugar a tres grandes salientes –grandes franjas de terreno, algunas de ellas muy básicas, en campo abierto y vulnerables a cualquier ataque–, y la operación había propiciado asimismo que la línea del frente pasara de 390 a 510 kilómetros. Pero la resistencia de los aliados, a los que había que añadir los doscientos mil soldados norteamericanos que llegaban cada mes, algo que la propaganda aliada explotó tanto como pudo, hizo que empezara a cundir el desánimo entre las tropas alemanas, cada vez más presionadas para imponerse de un modo rotundo.

El saliente más vulnerable de todos los que estaban bajo las órdenes de Ludendorff, rodeado por Soissons al noroeste y Rheims al sudeste, era el resultante de la batalla del Marne. Ahí, el 15 de julio, tuvo lugar la última ofensiva alemana. El mismísimo káiser asistió, y el ataque fue calificado de batalla imperial o incluso de *Friedenssturm*, «asalto para la paz». En ella participaron cincuenta y dos divisiones, apoyadas por la artillería pesada habitual en esas operaciones. Sin embargo, los aliados estaban plenamente al corriente de lo que se les avecinaba (la inteligencia francesa había hecho un trabajo sensacional, utilizando diferentes anuncios escritos en la variante alemana que se hablaba en Luxemburgo para difundir mensajes sobre los movimientos ferroviarios alemanes). Asimismo, sabían que la única manera de combatir los métodos de Ludendorff era contraatacar con su artillería: ocultar las posiciones de las baterías y abrir fuego con ellas cuando la artillería enemiga estuviera a media distancia y su posición fuera ya evidente. La defensa en profundidad al este de Rheims garantizaba, además, que los alemanes no llegarían frescos a las principales posiciones francesas. Gracias al concurso de sus reservistas, Pétain logró contener a los alemanes el 17 de julio.

A continuación, empezó la respuesta, una contraofensiva en el otro extremo del saliente, desde el bosque de Villers-Cotterêts (el lugar natal de Alejandro Dumas).

Los franceses habían desarrollado un tanque ligero y que se desplazaba a gran velocidad. Dos generales, Debeney, en el flanco derecho británico, y Mangin, más a su derecha, pusieron en práctica las tácticas de la *Blitzkrieg* que se popularizarían en 1940 y en las que intervenían los tanques, el rápido avance de la infantería y la aviación, que volaba bajo para obligar a los artilleros alemanes a buscar refugio. Trescientos tanques (de la casa Renault) y dieciocho divisiones, dos de ellas norteamericanas, avanzaron por sorpresa por un maizal y cubrieron ocho kilómetros. A la vista de que todas las tropas alemanas del saliente del Marne podían quedar aisladas, Ludendorff optó por abandonar aquella ubicación y retirarse hasta el Chemin des Dames. El 4 de agosto, los franceses habían hecho 30.000 prisioneros y capturado seiscientos cañones. Fue entonces cuando Foch descubrió cómo se podía ganar la guerra: se detuvo. No tenía sentido seguir atacando las posiciones de los reservistas con la artillería ligera, sino que había que detener el ataque contra la zona donde ya habían tenido éxito y poner la vista en otro lugar, obligando al enemigo a mover de aquí para allá a sus tropas de reserva. Y eso mismo hicieron, iniciando un sinfín de lentos trayectos desmoralizantes en tren, de interrupciones, de órdenes y contraórdenes... y todo ello bajo el calor.

Las reservas alemanas estaban seriamente inquietas; de hecho, un tercio de todo el ejército alemán se pasó los últimos tres meses de la guerra a bordo o en las inmediaciones de trenes que avanzaban a escasa velocidad. Ludendorff lo había dispuesto todo para lanzar una gran ofensiva en Flandes, pero ahora se veía obligado a retrasar una y otra vez la operación. Lossberg, su experto en defensa, era partidario de retirarse incluso hasta el Meuse o Amberes, pero Ludendorff hizo caso omiso. Los franceses siguieron ejerciendo una cierta presión en el Chemin des Dames, pero fueron los británicos quienes, entre los aliados, dieron el siguiente paso, en Amiens, el 8 de agosto. En esta ocasión, el plan era sencillo, y se reducía a alejar a los alemanes de la estación, para lo que estudiaron con atención la actuación francesa del 18 de julio. Los generales Rawlinson por parte británica, Monash por los australianos y Currie por los canadienses, eran militares eminentemente prácticos que supieron convencer a Haig en el momento adecuado para que no alargara la ofensiva en exceso. Para entonces ya existían dispositivos para controlar el tráfico aéreo, así como una gran variedad de armamento, como las ametralladoras Lewis, tan ligeras que podía transportarlas un destacamento de infantería que avanzara a gran velocidad. La aviación recibió la orden de sobrevolar constantemente el campo de batalla y a poca altura, para enmascarar así el ruido de los tanques que se aproximaban. En esta ocasión prescindieron del bombardeo previo, y la niebla que se levantó la misma mañana del ataque sirvió para ocultar la ofensiva inicial. Los nuevos tanques Mark V y Whippet eran mucho más veloces y fiables que los antiguos modelos. Asimismo, las tropas aliadas se apoyaron en la creación de una cortina de gas y explosivos en la retaguardia alemana que ahuyentaba la posibilidad de un contraataque. El resultado fue una victoria el 8 de agosto, después de coger por

sorprende a los alemanes prácticamente a campo abierto y en unas posiciones que éstos no habían preparado a conciencia. A la hora del desayuno, los aliados capturaron a los mandos de una brigada. El primer día hicieron doce mil prisioneros y se apoderaron de cuatrocientos cañones. Cuando la operación concluyó, la cifra de prisioneros rondaba los cincuenta mil.

En la derrota de todo ejército interviene un proceso misterioso, ese momento en el que las tropas pierden la fe. En el caso ruso, el punto de inflexión se produjo cuando la ofensiva de Brusilov estaba tocando a su fin, en septiembre de 1916, con los interminables y sangrientos fracasos de la Guardia Imperial en los pantanos próximos a Kowel y a Vladimir Volynsk. La moral del ejército alemán comenzó a flaquear el 18 de julio, en pleno contraataque en Villers-Cotterêts. El káiser, en su cuartel general de Spa, en Bélgica, preguntó educadamente a Ludendorff qué había fallado y éste respondió que los soldados simplemente se negaban a seguir peleando: se estaban rindiendo por millares. Éste no era el único síntoma: cada vez era mayor el número de hombres que se declaraban enfermos. Curiosamente, cuando las tropas están bien comandadas, no enferman: antes de Trafalgar, en 1805, el almirante francés tuvo que dejar a mil hombres en las Antillas, mientras que el almirante británico, lord Nelson, no perdió a uno solo de sus soldados en esa misma región^[14]. Ludendorff llegó al extremo de permitirse reconvenir educadamente al káiser. Al igual que Cadorna, estaba convencido de que habían permitido a los partidos de izquierdas propagar un cierto discurso derrotista. Sin embargo, después de Amiens, quien empezaba a no poder con la presión era el propio Von Ludendorff. Se echó a la bebida y se enfrentó a varios de sus subordinados, e incluso al viejo Hindenburg, que no había tenido un solo problema con nadie y a quien siempre habían tenido por un comandante en jefe paternalista. También escribió a su esposa, antes del inicio de la ofensiva, para decirle que el Alto Mando estaba desbordado de trabajo y que, como dispondría de algo de tiempo, le gustaría que le enviara algunos clásicos alemanes para releerlos. Ahora, Ludendorff reconocía que solamente podía dirigir una acción defensiva. Foch le enseñó a ser más preciso.

Foch mantuvo la presión, afirmando en un inteligente memorando que era fundamental detener la acción después de los éxitos iniciales. El ejército británico se hizo con las riendas de la situación: tomó Arras el 17 de agosto, Bapaume, en la región del Somme, el 21, una posición rezagada de la línea Sigfrido conocida como el intercambiador de Drocourt-Quéant el 26, St. Quentin el 28 y el monte Kemmel el 4 de septiembre. Entretanto, los franceses recuperaron todo el saliente que había surgido tras la victoria alemana del 27 de mayo. El 12 de septiembre, los norteamericanos lanzaron una gran ofensiva, en la que medio millón de soldados, mil quinientos aviones y 270 tanques ligeros limpiaron el saliente de St. Mihiel, al sudeste de Verdún (si bien los alemanes consiguieron retirar a la mayoría de sus efectivos a tiempo). A continuación, toparon con algunos problemas en Ypres y, a finales de mes, los norteamericanos demostraron la misma habilidad que los

británicos a la hora de cometer errores y obstinarse en ellos. En la región de Argonne, al norte de Verdún, devastada en gran parte y plagada de ríos y barrancos que imposibilitaban el tránsito de los tanques por aquellas tierras, quince divisiones (dobles) norteamericanas y veintidós francesas iniciaron una operación en la que contaban con una superioridad de ocho a uno. Sin embargo, y a pesar del descalabro logístico, los comandantes norteamericanos decidieron hacer oídos sordos a las lecciones tácticas de 1917: optaron por métodos anticuados y malgastaron buena parte del tiempo de instrucción en ejercicios de tiro con rifle, a pesar de que estas armas empezaban a ser ya casi obsoletas. A continuación, se dirigieron a una posición sólidamente preparada, la línea Kriemhild, donde se quedaron clavados; el único beneficio real de aquello fue que obligó a los reservistas alemanes (treinta y seis divisiones) a concentrarse ahí.

Gracias a ello, los británicos pudieron librar una batalla casi ejemplar y atravesar la línea Sigfrido (para ellos, la «línea Von Hindenburg»). El 27 de septiembre, un numerosísimo contingente atacó catorce kilómetros de la misma, frente a Cambrai. Las defensas tenían cuatro kilómetros y medio de profundidad y presentaban un rasgo especial: estaban ubicadas alrededor del canal de St. Quentin, con unas orillas de cincuenta metros y en las que el barro alcanzaba una altura de dos metros. La única manera que tenían los tanques de cruzarlo era utilizar un gran túnel que atravesaba el canal, pero su acceso estaba obstaculizado por capas y capas de alambradas, lo que detuvo el avance de los tanques. Los aliados ordenaron un bombardeo brutal, durante el que solamente la artillería situada en el campo de batalla lanzó, en ocho horas, 126 proyectiles por minuto contra quinientos metros de trincheras, al tiempo que el fuego de la artillería pesada lograba silenciar a los cañones alemanes gracias a un plan cuidadosamente diseñado. Los defensores no supieron reaccionar. Asimismo, la suerte había sonreído a los británicos, que se habían hecho con unos mapas detallados de las posiciones defensivas, y volvió a hacerlo en el canal con la llegada de la niebla, de tal modo que una sola división lo atravesó, remontó la orilla opuesta y abrió una brecha en la línea Sigfrido, un frente de más de cuatro kilómetros y medio. Gracias a aquella hazaña, los australianos y los canadienses pudieron, desde sus flancos, avanzar, y el 5 de octubre los británicos habían llegado ya a campo abierto. Haig propuso interrumpir la ofensiva, pero los alemanes siguieron adelante con su retirada y abandonaron el frente a principios de noviembre, a poca distancia de Bruselas y de Namur. A mediados de octubre, los norteamericanos consiguieron, por fin, romper la línea Kriemhild, pudiendo así amenazar la gran estación ferroviaria alemana de Metz.

Empezaba a ser ya evidente que Alemania estaba condenada a la derrota. Entre marzo y julio había perdido a más de un millón de hombres, y a esta cifra se añadieron otros setecientos cincuenta mil en los meses siguientes, la mitad de ellos, prisioneros. La crisis también azotaba la economía de guerra, pues las fábricas comenzaban a dar signos de agotamiento, y el líder socialdemócrata denunció que a la clase obrera del norte y del este de Berlín les habían sido arrebatados cuatro mil

vagones de mercancías que se empleaban para el transporte de un alimento tan vital como las patatas. Es cierto que el país podría haber seguido peleando en 1919, como hizo en 1945, pero el fin empezaba a cobrar forma. El 28 de septiembre, Ludendorff sufrió un ataque de nervios y dirigió su furia contra todo el mundo, incluido en última instancia el káiser: no quedaba otro remedio que acabar con la guerra. «No se puede confiar en las tropas», confesó a sus subordinados. Por supuesto, el ejército podría haber resistido en el Rin, pero todo lo demás se estaba desmoronando y los aliados de Alemania comenzaban a arrojar la toalla. Todos habían estado pendientes de los acontecimientos del frente occidental y, tras el fracaso de la gran ofensiva de Ludendorff, buscaban la manera de salvar cuanto pudieran del naufragio general.

El 15 de septiembre, las fuerzas aliadas entraron en Salónica, que por fin había dejado de ser lo que los alemanes desdeñosamente calificaban como su mayor campo de prisioneros de guerra, y los búlgaros se rindieron. De todos modos, éstos no habían recibido de los alemanes la recompensa esperada: un imperio balcánico meridional, como antaño. El 28 pidieron un armisticio. Aquello cortó las vías de comunicación con el Imperio otomano, si bien es cierto que los Jóvenes Turcos también estaban furiosos por la injerencia alemana en el Cáucaso, y algunos se preguntaban incluso si no valía más abandonar a los alemanes, dejar que los británicos se ocuparan de los árabes y centrarse, con el respaldo británico, en la región caucásica y en su petróleo. Enver Bajá sopesaba a la sazón la alternativa al Imperio otomano: una nación turca que se apoderara del Asia Central bajo dominio turco. Los Jóvenes Turcos zarparon a bordo de un submarino alemán con rumbo a Odessa, con el propósito –pasando por Afganistán, el Cáucaso, Berlín y Moscú– de hacer realidad aquel proyecto. El ejército otomano se retiró de Siria, y el 30 de octubre se firmó un armisticio. A continuación se rindieron los austriacos. Anteriormente, el Gobierno austrohúngaro había insinuado la posibilidad de aceptar los «Catorce Puntos» del presidente Wilson, y el Emperador nombró primer ministro a un catedrático, Lammasch, que incluso creía en aquella propuesta (exiliado, acabó dando clases en Berkeley). Aquello fue, sin embargo, la puntilla al imperio de los Habsburgo. Hungría declaró la independencia, como también lo hicieron otros consejos nacionales que representaban a diferentes pueblos no germánicos. Curiosamente, ese movimiento se inició a instancias de la población alemana de Austria, que confiaba en que pasaría a formar parte de Alemania. Coincidiendo con aquellos episodios, los alemanes invadieron por un breve espacio de tiempo Austria. En la conocida como la batalla de Vittorio Veneto, los italianos se aprovecharon de la confusión para rodear, en los últimos días de octubre, a centenares de miles de soldados que se habían rendido.

Pero Alemania aún tenía algunas bazas. Ciertamente es que el ejército no era el del pasado, pero contaba todavía con algunos elementos formidables. Además, controlaba grandes regiones de Rusia y de Turquía. El invierno se acercaba. El Rin era un obstáculo y los aliados empezaban a estar cansados de la guerra. Existían,

asimismo, algunos puntos que podían dar lugar a desencuentros: ¿acaso los británicos y su Imperio aceptarían sin protestar los Catorce Puntos del presidente Wilson, que contenían diversas disposiciones relativas a la emancipación de las colonias? No en vano, Brest-Litovsk había traído consigo la autodeterminación de los pueblos no rusos del Imperio del zar, y existía la posibilidad de que Alemania se sintiera llamada a seguir adelante con la excusa de convertirse en el principal Estado anticomunista. Ludendorff había nombrado al frente de la secretaría de Exteriores a un títere y, a finales de septiembre, después del armisticio búlgaro, diseñó un plan que no dio a conocer ni siquiera al canciller, aunque tal vez llamara la atención del presidente Wilson, y lo que supondría que, en teoría, Alemania adoptaría un funcionamiento mucho más democrático. En este sentido, la izquierda alemana también podía aportar su grano de arena como agente propagandístico. Como muchos otros nacionalistas, Von Ludendorff culpaba a la izquierda de la desmoralización reinante, de los problemas económicos y de la inflación provocada por los elevados salarios. El 30 de septiembre, el príncipe Max de Baden, un alemán del Sur de ideología liberal, fue nombrado canciller, y formó un Gabinete con representantes de los partidos de centro y de izquierda. El príncipe Max sabía que declararse a favor de un armisticio podía minar irremediabilmente la moral del pueblo, pues tendrían que admitir el fin, el país se derrumbaría y desaparecería su margen de maniobra en las negociaciones. Estaba en lo cierto. El káiser hizo una última y calamitosa contribución a la historia de Alemania al afirmar que «no le hemos nombrado para complicar la tarea al Alto Mando», y en la noche del 4 al 5 de octubre salió una nota con destino a Estados Unidos. Lo único que interesaba a Ludendorff era salvar su buen nombre: animaba a la gente a poner fin a la guerra y, a continuación, se volvía para afirmar que él no había tenido la culpa.

El final de la película *¡Oh, qué guerra tan bonita!* contiene una escena genial: una cinta roja envuelve lentamente las tumbas de los muertos en el campo de batalla, que ocupan toda la pantalla. Así sucedió todo: los oficiales y los miembros del Alto Mando discutieron solemnemente los pormenores del armisticio durante algo más de un mes, mientras los soldados seguían luchando y muriendo por decenas de miles. La nota alemana provocó algún que otro quebradero de cabeza entre los aliados, pues se vieron obligados a emplear el lenguaje de la democracia y de la autodeterminación, toda vez que apostaban por la venganza y por la creación de imperios a costa de los derrotados. Incluso los belgas creían que podrían arrebatarse a los holandeses el estuario del Scheldt. Resultaba complicado pactar una respuesta que recogiera, por igual, la codicia y la buena voluntad de las naciones, pero la habilidad de los británicos lo hizo posible en última instancia.

Los alemanes, por su parte, eran algo más torpes. Los líderes de los partidos de centro y de izquierdas –Matthias Erzberger y Philipp Scheidemann– querían, y con razón, adoptar los Catorce Puntos, pero los generales solamente les prestaron atención el 5 de octubre, y para el Ministerio de Exteriores solamente eran una

herramienta útil para las negociaciones. Las notas iban de aquí para allá: Wilson remitió una el día 8; Berlín, el 12; Wilson, el 14; Berlín, el 20. A finales de mes hubo otro intercambio. Tal vez, si los alemanes hubieran sido más realistas, habrían logrado salvar algo, pero siguieron en sus trece, y el 12 de octubre cometieron el error de hundir un barco de pasajeros inglés, el *Leinster*, provocando la muerte de 450 personas, entre las que había 135 mujeres y niños. Asimismo, durante la retirada por Flandes, envenenaron los pozos y talaron los árboles frutales. Aunque Wilson había empezado dando signos de una cierta benevolencia, lo que hizo que cundiera la alarma entre los aliados, ahora decidió elevar el listón. Alemania debía adoptar una democracia con todas las de la ley, una monarquía constitucional y los submarinos tenían que poner fin a sus acciones. El príncipe Max aceptó. Fue entonces cuando Ludendorff dio la vuelta a su argumento original y comenzó a tejer una leyenda sumamente peligrosa: en verdad, Alemania no había perdido. Sin la autorización del káiser, se desplazó a Berlín y ahí afirmó que Alemania tenía capacidad para seguir luchando. El 26 de octubre denunció las cláusulas que habían anunciado las mismas personas que él había nombrado en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y se enfrentó al káiser, a quien insultó. Del príncipe Max y sus bienintencionados socios de izquierdas dijo: «Que se coman ellos la sopa que nos han estado cocinando». Y así lo hicieron. El prestigio de los líderes militares no se vio mancillado y, tiempo después, Ludendorff recurrió a su fama para introducir a Adolf Hitler en la política alemana^[15], a quien, diez años más tarde, en 1933, el anciano presidente Von Hindenburg, nombraría canciller.

Entretanto, y mientras la moral de los alemanes se venía abajo, otro acto desesperado precipitó la crisis final. En un insólito giro en la rivalidad entre marina y aviación que tanto había hecho por menoscabar el esfuerzo bélico, las autoridades navales decidieron dar un último paso, ridículo. El capitán Von Levetzow, jefe del Estado Mayor naval, era consciente de que existía la posibilidad de que los grandes buques alemanes fueran desguazados, y que ninguno de ellos pudiera servir para reconstruir en un futuro la *Reichsmarine*, y creyó que lo mejor era que gozaran de una «fama eterna en el fondo del océano». El 27 de octubre ordenó a la flota de alta mar que zarpara con rumbo al estuario del Támesis. Los ochenta mil marineros y fogoneros no estaban ni mucho menos de acuerdo con la perspectiva de acabar en el fondo del océano y se amotinaron en Kiel, en Lübeck y en Wilhelmshaven, y la insurrección se contagió a Colonia y a Múnich, donde un actor se puso al frente de los rebeldes. Imitando los aires nuevos que llegaban desde Rusia, formaron asambleas de trabajadores y de soldados. Los socialdemócratas, que formaban parte del ejecutivo del príncipe Max, sabían que había que tomar medidas para evitar que estallara una revolución bolchevique. Había que acabar de inmediato con la guerra y el káiser debía marcharse, una opinión compartida por los generales. El 9 de noviembre, el príncipe abdicó (y huyó a Holanda), al tiempo que, en Berlín, se promulgaba la República. Sea como fuere, con el país sumido en el caos, había

llegado la hora del armisticio. Una delegación partió con destino al cuartel general de Foch, en el bosque de Compiègne, y los cañones enmudecieron a las once de la mañana del 11 de noviembre. Las condiciones eran duras: Alemania no podría volver a combatir; los aliados se apropiaban del Rin; no habría ocupación de Alemania, una pésima decisión, a la vista de los acontecimientos. Pero la guerra había acabado.

Capítulo 7

Las repercusiones

El presidente Wilson en persona llegó a Europa (en medio de un entusiasmo extraordinario) a mediados de diciembre, convertido en el adalid de un nuevo orden mundial en el que el progreso y la libertad podían retomar el camino que los acontecimientos de 1914 habían interrumpido. Los tratados de paz se rubricaron – más por la vía de las negociaciones entre los aliados que con los Estados derrotados, que recibieron la orden de firmar en la línea de puntos en diferentes palacios de la región de París. El más importante, y al que seguirían otros más, se concluyó en Versalles, con los alemanes, el 28 de junio de 1919. En el célebre cuadro de *sir* William Orpen, los artífices de la paz posan, con un semblante que denota su extraordinaria satisfacción consigo mismos, en el salón de los espejos de Luis XIV, listos para pasar a la posteridad en una escena de lo más inexpresiva: bigotes sedosos, miradas graves y gestos dignos. Los observan un maharajah y un barón japonés, dando así a entender el internacionalismo y la buena voluntad de los responsables de aquella paz. Dicen que Clemenceau comentó que estaba sentado entre un futuro Napoleón (Lloyd George) y el próximo Jesucristo (Wilson).

Incluso a la sazón aquella gente no tenía demasiados motivos para sentirse tan satisfecha de sí misma. Una epidemia mundial de gripe se había llevado por delante a diez millones de personas y la guerra civil se cobró varios millones más en Rusia hasta que, en 1920, los bolcheviques se alzaron con la victoria. El intento de los aliados de repartirse el Oriente Medio fracasó poco después. Los países árabes musulmanes –y sus reservas de petróleo– pasaron principalmente a manos de los británicos, y su experto en la región, T. E. Lawrence, observó maravillado que, mientras que los turcos habían gobernado Iraq con un ejército de 14.000 soldados, reclutado entre la población de la zona, y habían ejecutado a noventa personas cada año, los británicos, con cien mil soldados, tanques, aviación y gases, tenían que combatir a todo el mundo. El sultán, prisionero de los británicos y de los franceses que ocupaban Estambul, se vio obligado a firmar, en 1920, un tratado en Sèvres que no sólo truncaba sobremanera su reino, sino que lo sometía a un proceso de recivilización^[16]. Griegos y armenios invadieron Anatolia con el beneplácito de franceses y británicos. En un caso único entre las potencias derrotadas, los turcos se recuperaron, a las órdenes de un líder genial, y volvieron a hacerse con las riendas del país en 1922. En 1923, sería reconocido en Lausana. Paradójicamente, es la única creación del período de posguerra que ha prosperado desde entonces: el resto perecieron, en ocasiones muy poco después, y los elegantes estadistas que aparecen en el retrato de Orpen fueron repudiados en muchos casos por sus propios votantes. Sus creaciones se echaron a perder. En 1919, los imperios europeos estaban muy

extendidos. Diez años más tarde, esos mismos imperios se estaban derrumbando. Al cabo de una generación, no quedaría ni rastro de ellos.

La lista de fracasos de Versalles no se detiene aquí. Nació una «Liga de Naciones» con el objetivo de mediar en los conflictos internacionales. Empezó con buen pie organizando los traslados de población en los Balcanes. Más tarde, enfrentada a problemas de más enjundia, quedó relegada a un papel secundario, y saludó el estallido de la segunda guerra mundial con un debate sobre la homogeneización de los pasos a nivel. Tampoco prosperó el intento de organizar la economía mundial. En 1920, el *boom* de la posguerra se había desvanecido y en 1929 estalló la mayor crisis económica de la historia de la humanidad, que trajo consigo todo tipo de descalabros políticos. Los futuros estados-nación parlamentarios que nacieron en 1918-1919 dejaron en su mayoría de ser parlamentarios, y la Rusia bolchevique, que en los años veinte había tenido un rostro un tanto humano, adquirió, con Stalin, uno monstruoso.

Pero los problemas más graves afectaban, sin lugar a dudas, a Alemania. En febrero de 1919, en una reunión celebrada en Weimar, los nuevos políticos republicanos redactaron una constitución democrática, tal vez la constitución democrática más aburrida de todas (sus creadores estaban tan decididos a demostrar unas credenciales verdaderamente wilsonianas que estipularon la celebración constante de procesos electorales y un sistema de voto proporcional). Versalles había recortado su extensión territorial, especialmente en Polonia, algo que lamentaban amplias capas de la población. Sin embargo, el auténtico problema era el económico. «Los alemanes» habían sido culpados formalmente de la guerra y debían pagar «reparaciones» por los daños provocados. Sin embargo, los franceses querían servirse de esta solución para impedir que la economía alemana se recuperara, y otros antiguos aliados confiaban en liquidar así las deudas que habían contraído durante la guerra. En 1921 se acordó la suma de 132 mil millones de marcos de oro: cada año, Alemania tendría que abonar una cuarta parte del dinero que recibiera de las exportaciones, y así durante varias generaciones. Como demostraron los nazis en Francia durante la segunda guerra mundial y la Comunidad Económica Europea en Alemania con posterioridad, esta cantidad podía proceder de un territorio ocupado. Los aliados habían evitado deliberadamente ocupar Alemania por miedo a posibles levantamientos, y confiaban en contar con la colaboración de los políticos democráticos. Pero aquello era pedir demasiado. En los años veinte, las inversiones norteamericanas pusieron rumbo a Alemania, y aquellas sumas se emplearon para pagar el monto anual de las reparaciones. Unos años más tarde, la economía mundial se derrumbó y Estados Unidos interrumpió el flujo de dinero. Prácticamente todos los alemanes atribuyeron las dificultades económicas del país a las reparaciones, y más concretamente a Versalles, y ésa fue la principal baza de Hitler. De hecho, la República de Weimar pereció en 1930 en tanto que dejó de existir una mayoría parlamentaria capaz de asumir el timón; el partido político mayoritario, el

socialdemócrata, se distinguía por recurrir a la «abstención constructiva» –es decir, que no votaba ni a favor ni en contra–, y el *Reichstag* hubo de disolverse una y otra vez: en 1932 hubo más jornadas electorales que sesiones parlamentarias, y Von Hindenburg, el anciano presidente, gobernaba por decreto. En 1933, los votantes alemanes repartían sus sufragios mayoritariamente entre comunistas y nazis, y Hitler fue nombrado canciller. Pidió que le fueran concedidos plenos poderes; en otras palabras, la instauración de una dictadura. Para ello necesitaba una mayoría de dos tercios en el Reichstag. La consiguió, y los demócratas, el faro de la República de Weimar, apuntillaron de un modo surrealista los acuerdos de posguerra. Para entonces, y aunque bajo otro nombre, su presencia se había reducido a cinco escaños. Cuando llegó el momento de votar el nombramiento de Hitler, se dividieron: dos diputados votaron a favor de Hitler, dos en contra, y el último se abstuvo. Las reparaciones pertenecían al pasado, pero el daño ya estaba hecho, y Hitler se embarcó en un programa ultranacionalista.

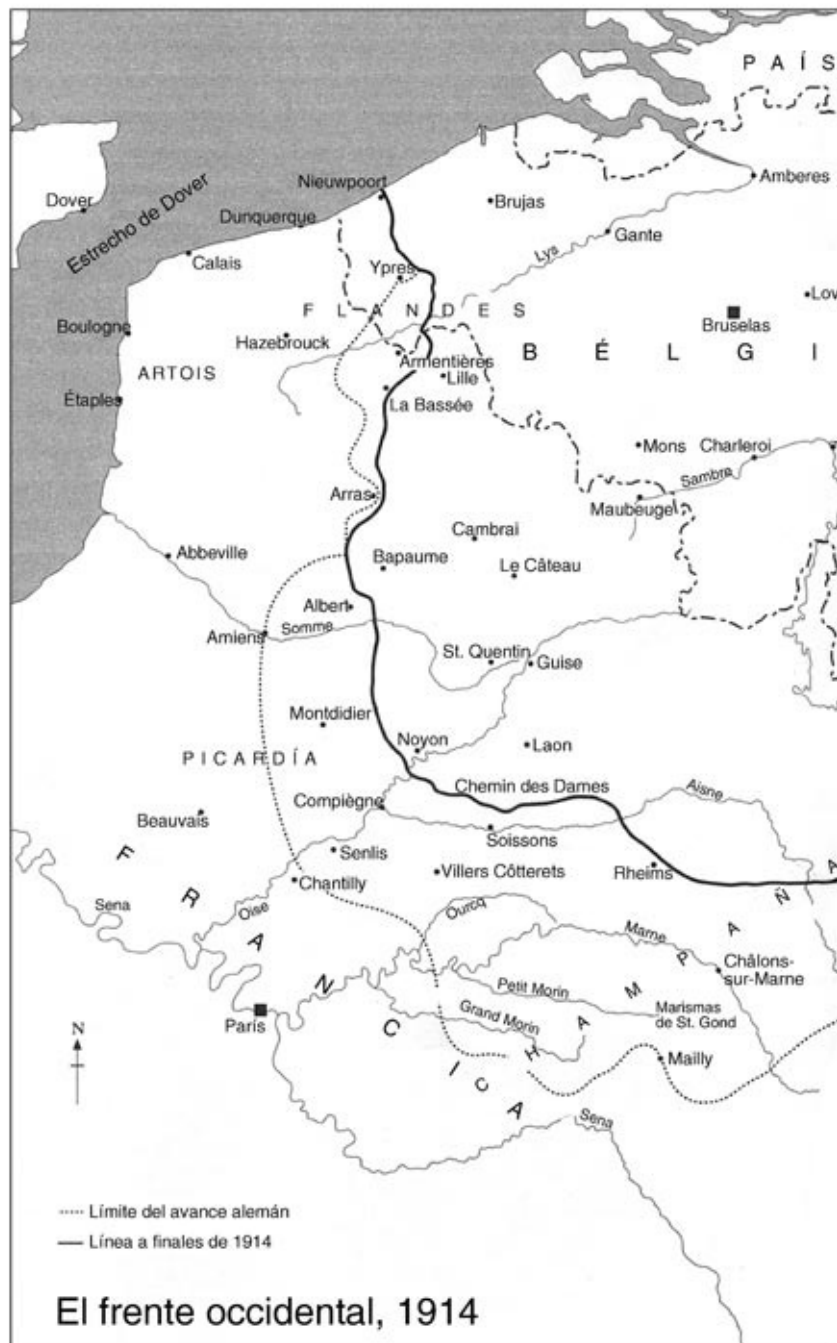
Lo verdaderamente desastroso de la situación era que los alemanes no se veían como los derrotados. Como diría la leyenda, habían sido «apuñalados por la espalda»: los judíos, la izquierda y los académicos bienpensantes habían impedido la victoria y la creación de una Europa mucho más sensata que cualquiera de los modelos soñados por los ingenuos norteamericanos. Ludendorff fue el principal artífice de esta fantasía, aunque de un modo accidental: un periodista británico le preguntó, en inglés, si tenía la sensación de que Alemania había sido «apuñalada por la espalda»; después de escuchar la traducción, respondió que sí.

En los últimos días de la primera guerra mundial, durante la discusión de las condiciones del armisticio, Lloyd George ya había intuido el desastre que estalló a continuación. Sus palabras resultan proféticas: «Si selláramos ahora la paz, dentro de veinte años Alemania dirá lo que Cartago a propósito de la primera guerra púnica: que cometieron este y aquel error, y que, con una mejor preparación y organización, la próxima vez saldrían vencedores^[17]». Eso es, más o menos, lo que Hitler dijo en *Mi lucha*: Alemania merecía haberse alzado con la victoria, y lo habría conseguido de no haber sido por la traición, por el sinsentido humanitario y por la voluntad de alcanzar la paz de los traidores de izquierdas. El 10 de noviembre, mientras se recuperaba de un ataque con gases que lo había cegado, escuchó a alguien decir que había estallado una revolución y reaccionó: «No había llorado desde el día que visité la tumba de mi madre... Todo había sido en vano... ¿Había sucedido todo aquello para que una panda de criminales miserables pudieran apoderarse de la madre patria? Cuanto más intentaba entender entonces aquel monstruoso acontecimiento, más bullía en mi interior la vergüenza por algo tan indigno y desgraciado. ¿Qué era el escozor que sentía en mis ojos comparado con aquella miseria?». Y llegó a la conclusión de que «no se puede pactar con los judíos. Sólo los fuertes resistirán: o conmigo, o contra mí». Quedaba expedito el camino para una segunda guerra mundial mucho más terrible que la primera.



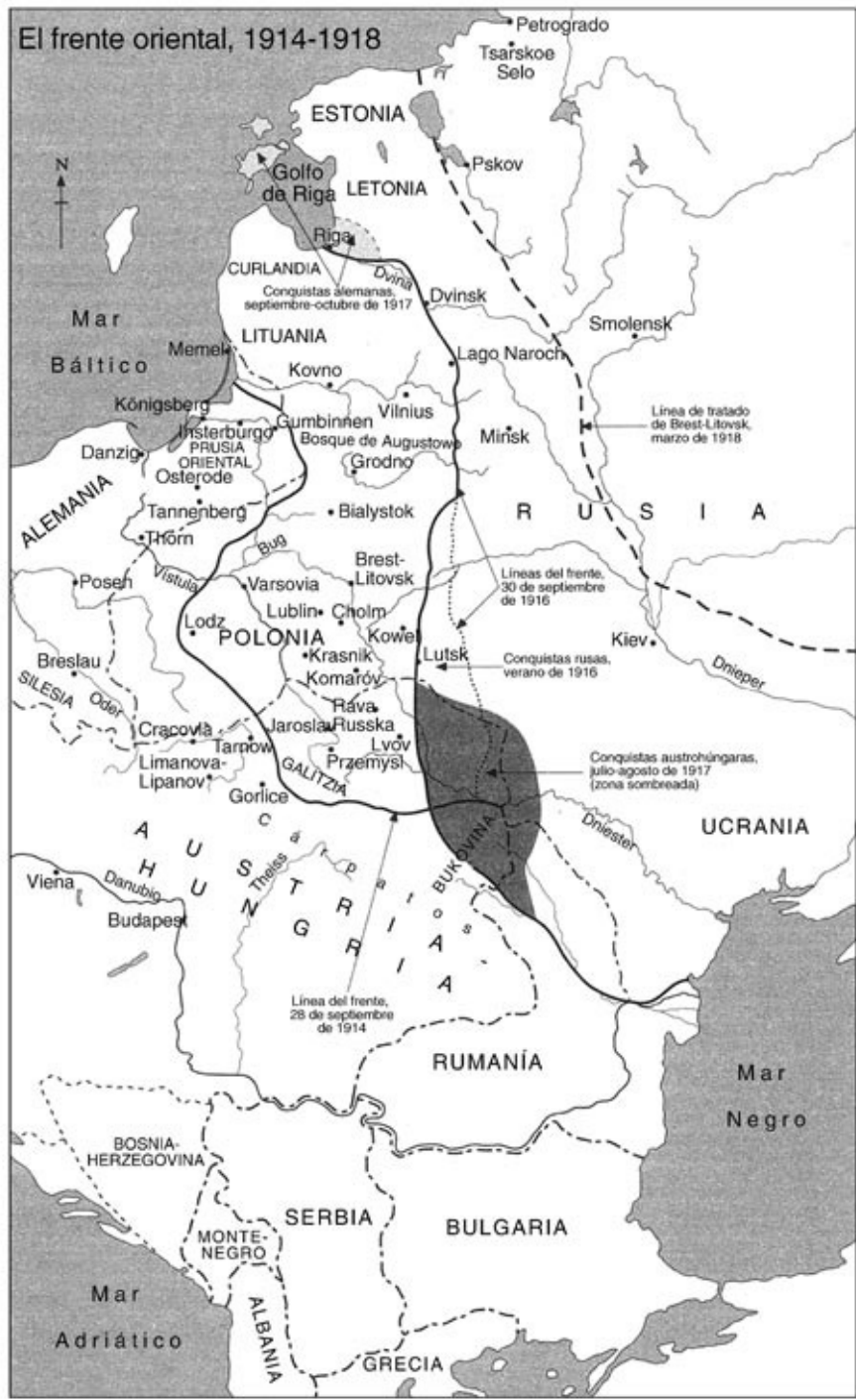


Europa en 1914.





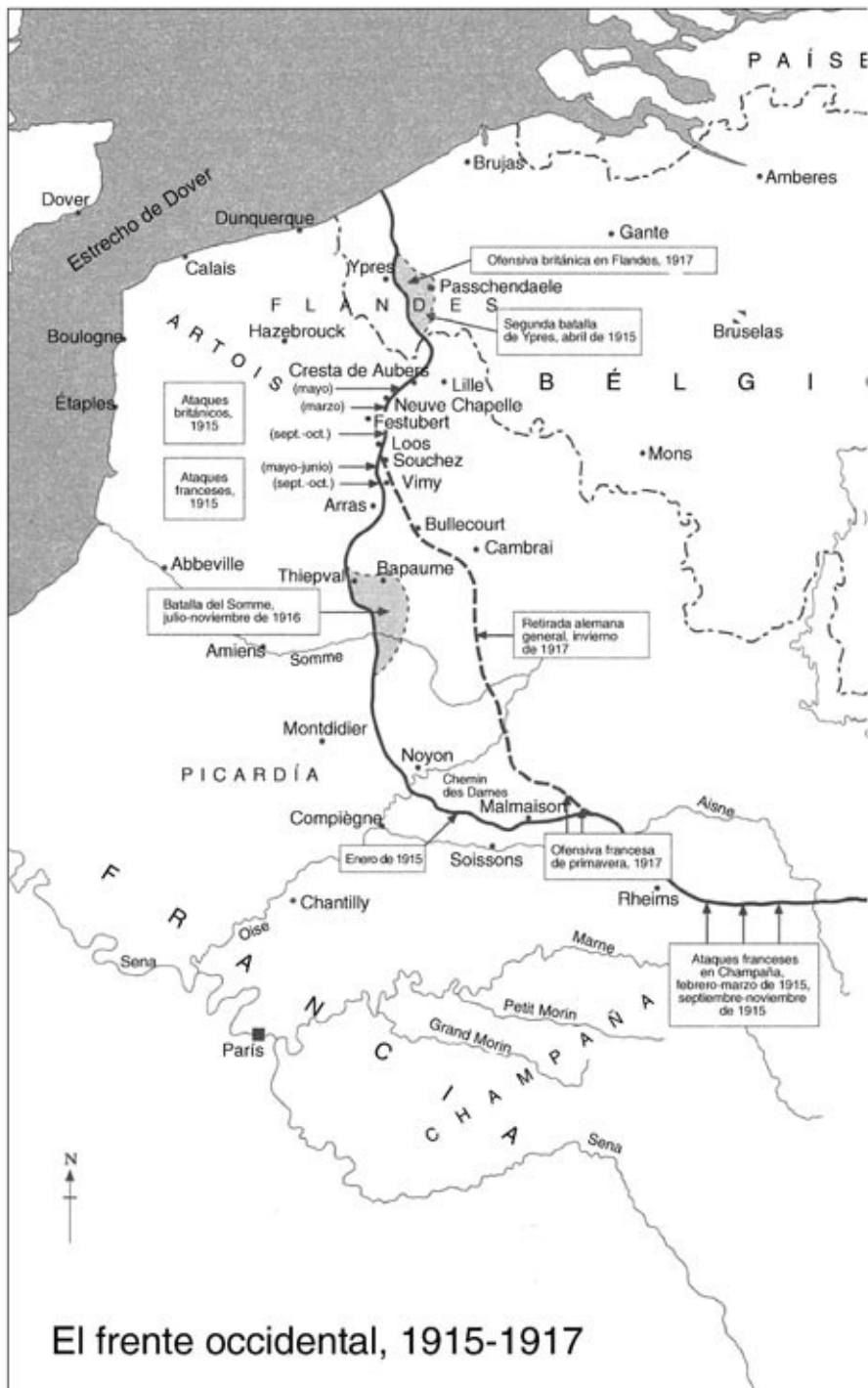
El frente occidental, 1914.



El frente oriental, 1914-1918.



Los Balcanes y los estrechos.



El frente occidental, 1915-1917



El frente occidental, 1915-1917.





El frente italiano, 1915-1918.





El frente occidental, 1918.

Algunas fuentes

Esta lista reproduce, en parte, mis propias fuentes. Sin embargo, su propósito principal es dar cuenta de las obras publicadas durante los últimos años, que han sido numerosas. Los trabajos más antiguos pueden encontrarse en las bibliografías de estas obras, y solamente me refiero a ellos en pocos –poquísimos– casos (en ocasiones, incluyo la fecha de la reimpresión más reciente). Una de estas obras es de mi cosecha, *The Eastern Front 1914-1917* (Londres, 1975), que sigue siendo, al parecer, la principal referencia en esta cuestión, aunque los rusos deberían haberla superado hace muchos años. Todos los demás países, incluida Turquía, están muy por delante en cuanto a publicaciones.

Los tres grandes relatos más recientes sobre la primera guerra mundial resultan de una utilidad especial por cuanto actualizan las obras anteriores sirviéndose del extraordinario caudal de estudios que se han realizado recientemente. El libro de David Stevenson, *1914-1918: The History of the First World War* (Penguin, 2004), contiene muchísima información en todos los ámbitos de la guerra, por ejemplo en los avances de la medicina o de la aviación. También es exhaustivo el volumen de Niall Ferguson *The Pity of War* (Penguin, 1998), aunque en otro sentido: si bien su interés estriba principalmente en la cuestión de la economía de guerra, un aspecto extraordinariamente importante, mucho es lo que aporta en otras cuestiones (por ejemplo, la moral de los soldados y por qué lucharon como lo hicieron). El primer volumen de los tres propuestos es *La Primera Guerra Mundial* (Barcelona: Crítica, 2004), de Hew Strachan. Su autor conoce al dedillo los aspectos militares y cubre, además, los primeros meses del esfuerzo bélico otomano. Estoy en deuda con estos tres libros.

Hay otros muchos relatos menos extensos, cada uno con sus puntos destacados. El libro de Robin Prior y Trevor Wilson *The First World War* (Cassell, 2001) es muy útil para conocer aspectos técnicos del terreno militar, como por ejemplo los cambios en el uso de la artillería que se produjeron durante la guerra. Desprecian el breve trabajo de A. J. P. Taylor, *The First World War* (1966, aunque Penguin no ha dejado de reimprimirlo desde entonces), pero yo no. En cuanto al frente oriental, me cuentan en Moscú que en 2014 aparecerá, por fin, la historia oficial. La guerra en Italia está bien cubierta –con excelentes fotografías y una sólida discusión bibliográfica– en la obra de Mario Isnenghi y Giorgio Rochat *La Grande Guerra 1914-1917* (Milán, 2004). En el caso de Austria-Hungría, la obra de referencia es *Der Tod des Doppeldadlers* (Graz, 1993), de Manfred Rauchensteiner; el volumen más reciente sobre Francia se debe a Anthony Clayton: *Paths of Glory: The French Army 1914-1918* (Londres, 2005), aunque no podemos pasar por alto *La Grande Guerre des Français* (París, 1994), de J.-B. Duroselle. La historia del frente turco está en la obra de Edward J. Erickson, *Ordered to Die* (Westport, Connecticut, 2000), sin olvidar el volumen de Michael Carver *The Turkish Front* (Londres, 2001). Con todo,

sigue siendo imprescindible en este terreno la lectura de *La Guerre turque dans la guerre mondiale* (París, 1926), del comandante Larcher. En cuanto a Alemania, *Enzyklopädie Erster Weltkrieg* (Múnich, 2003), editado por G. Hirschfeld, es un buen trabajo, y contiene resúmenes de aspectos importantes si tenemos en cuenta que una parte de la documentación ha desaparecido; véase también *The First World War: Germany and Austria-Hungary 1914-1918* (Londres, 1997), de Holger Herwig.

Éstos son los volúmenes a partir de los que he construido mi narración. Aun así, hoy resulta sencillo complementar los relatos básicos con una gran cantidad de trabajos de investigación disponibles en internet. Una búsqueda en Google a partir de cualquier nombre o tema suele dar unos resultados sensacionales, tanto más cuanto que muchos museos disponen de sus propias páginas web. El Museo Imperial de la Guerra londinense es un claro ejemplo de ello, y extraordinario (www.iwm.org.uk), pero hay muchas páginas web privadas, como www.worldwar1.com, www.grande-guerre.org o www.firstworldwar.com, y muchas son las biografías a las que he tenido acceso a través de otras, como www.findagrave.com. Existen páginas similares en otros países, pero los británicos –o, cuando menos, los «anglosajones»– van claramente a la cabeza.

Otros libros (o fuentes) relacionados con los capítulos de mi libro son los siguientes (y se complementan asimismo con las obras mencionadas anteriormente):

Capítulo 1: el libro más reciente es *Europe's Last Summer: Who Started the War in 1914?* (Nueva York, 2004), de David Fromkin, que contiene asimismo una bibliografía correcta. *The Origins of the First World War* (Longman, 1992), de James Joll, sigue siendo una obra importante, como también lo es, para hacerse una idea del trasfondo, *The Struggle for Mastery in Europe 1848-1918* (Oxford, 1954), de A. J. P. Taylor, escrito en una época en la que la crisis de 1914 todavía podía ser vista como el resultado de una serie de crisis diplomáticas (como la de Marruecos), exhaustivamente abordadas aquí, a pesar de que Taylor prefiere ver julio de 1914 como un producto «del sistema» antes que como el fruto de las maniobras a las que se libró Berlín. El libro de Imanuel Geiss *Die Juli-Krise 1914* (2 vols., Múnich, 1964), del que existe una versión abreviada en inglés, *July 1914* (Londres, 1967), sí que recoge el estallido de la guerra como una escenificación y abrió el camino para la aparición de otras pruebas que así lo confirmaban y que se habían salvado de ser destruidas: véase *Origins of the First World War* (Harlow, 2002), de Angela Mombauer. Geiss echó por tierra un mito importante: que la movilización rusa llevó a los alemanes a actuar; véase también *Germany and the Approach of War in 1914* (Basingstoke, 1995), de V. Berghahn: un punto a favor del autor es que comprende las dimensiones de la marina.

Capítulo 2: sobre el primer asalto, véase L. Burchardt, *Friedenswirtschaft und Kriegsvorsorge* (Boppard, 1968) y L. J. Farrar, *The Short-war Illusion* (Santa Bárbara, 1973), donde abordan esta importante cuestión. *World Crisis* (6 vols., Londres, 1923-1931), de Winston Churchill, es de un dramatismo sobrecogedor al

describir la campaña del Marne, como también lo es el libro de John Keegan, *The First World War* (Londres, 1998). También es digno de mención *Tannenberg* (Hamden, Connecticut, 1991), de D. E. Showalter.

Capítulo 3: *The Killing Ground* (Barnsley, 2003), de Tim Travers, es un estudio importante sobre la «curva de aprendizaje» del Ejército británico. *Adiós a todo eso* (Barcelona: Edhasa, 1985), de Robert Graves, es un relato clásico y desilusionado de los primeros pasos del «Nuevo Ejército» en Francia. *Edmund Blunden* (Londres, 1990), de Barry Webb adopta, por su parte, un punto de vista mucho más resignado. Otro observador británico clásico fue E. L. Spears, oficial de enlace con los franceses (en ambas guerras mundiales); Max Egremont ha relatado maravillosamente su vida en *Under Two Flags* (Londres, 1997). Sobre la intervención italiana, *L'Italia di Giolitti* (Rizzoli, 1975), de Indro Montanelli, es una lectura amena y con ese toque de humor negro que, en ocasiones, rezuma la Italia moderna. Sobre la campaña de los Dardanelos, *Defeat at Gallipoli* (Londres, 2002), de Nigel Steel y Peter Hart, y *Gallipoli 1915* (Londres, 2001), de Tim Travers, son dos libros sólidos y muy objetivos. Sobre la cuestión armenia, *The Armenian Massacres in Ottoman Turkey* (Utah, 2005), de Guenter Lewy, se impone a todo lo publicado anteriormente, aun cuando *Vierzig Tage des Musa Dagh*, de Franz Werfel, escrita originalmente en 1932 y torpemente traducida al inglés, es una magnífica novela, que se toma, sin embargo, algunas libertades a la hora de exponer la historia. Werfel escribió en la página del título: «*nicht gegen Tuerken polemisieren*», «no utilicen estas líneas contra los turcos». Ojalá. Sobre el bloqueo, *L'Or et le sang* (París, 1989), de G.-H. Soutou, reflexiona sobre los (brutales) objetivos económicos que perseguían los aliados con la guerra, y *The First World War: An Agrarian Interpretation* (Oxford, 1989), de A. Offer, los enmarca en una perspectiva interesante y original. *La primera guerra mundial. 1914-1918* (Barcelona: Crítica, 1986), de Gerd Hardach, apareció dentro de una serie de libros sobre historia económica y sigue siendo hoy el mayor estudio sobre un tema tan vasto (la mejor introducción a los aspectos financieros del mismo es Niall Ferguson, *op. cit.*).

Capítulo 4: Existe un clásico sobre Verdún de Alistair Horne, *The Price of Glory* (Londres, 1978). *Falkenhayn* (Múnich, 1996), de Holger Afflerbach, corrige buena parte de la leyenda. El último libro sobre el Somme es *The Somme* (Londres, 2005), de Peter Hart. La cuestión de la estrategia británica sigue siendo un asunto conflictivo. John Terraine escribió en 1963 un libro de un heroísmo anticuado, *Haig, the Educated Soldier*, coincidiendo con ¡*Oh, qué guerra más bonita!*, una especie de musical basado en las canciones de los soldados que, más tarde y en formato cinematográfico, llegó a Londres (y a París) –la película, y más si cabe la versión teatral, se ganaron multitud de elogios–. La defensa que hizo Terraine de Haig probablemente fuera bienintencionada a la vista de las extraordinarias dificultades que este último tuvo que sufrir. Lyn MacDonald ha hecho un trabajo sensacional compilando relatos de la vida en las trincheras en cada uno de los años de la primera

guerra mundial. Su *Somme* apareció en 1993. Sobre Jutlandia, *From the Dreadnought to Scapa Flow: The Royal Navy in the Fisher Era* (5 vols., Londres, 1961-1970), de Arthur Mader, es el sólido fruto de una devoción.

Capítulo 5: el trasfondo de la propuesta de paz de las potencias centrales está en *Griff nach der Weltmacht*, de Fritz Fischer, traducido al inglés como *Germany's Aims in the First World War* (Londres, 1967). Una buena introducción a propósito de la intervención norteamericana es el libro de Barbara Tuchman *El telegrama Zimmermann* (Barcelona: Argos Vergara, 1979) (Tuchman era la hija del embajador en Estambul, Morgenthau). El desastre francés de 1917 está en *Les Mutineries de 1917* (París, 1967), de Guy Pedroncini. *Passchendaele: The Untold Story* (Yale, 1966), de Prior y Wilson, es un relato modélico de una batalla en el frente occidental, aunque mucho más devastador es *In Flanders Fields* (Londres, 1958), de Leon Wolff; lo leí (junto con el libro de Robert Graves) unas Navidades, durante mi adolescencia, y no lo he olvidado. Muchas son las obras que se ocupan del desastre italiano: dos montañeros británicos, John y Eileen Wilks, escribieron *Rommel and Caporetto* (Milán, 1967), donde demuestran un gran conocimiento tanto del terreno como de las fuentes que manejan; *I Vinti di Caporetto* (Milán, 1967), de Mario Isnenghi, se interrogaba sobre cuestiones morales, y su *Grande Guerra* (*op. cit.*) se acompaña de una bibliografía de lo más exhaustiva. El tercer volumen de *Krieg in den Alpen* (Augsburgo, 1993), de Heinz von Lichem, es un relato progresivo y romántico, pero el autor demuestra asimismo que conoce el mundo de la montaña. Existen dos libros muy distintos pero extraordinariamente exhaustivos sobre Rusia en 1917: *The Russian Revolution* (Londres, 1999), de Richard Pipes, y *La Revolución rusa: La tragedia de un pueblo* (Barcelona: Edhasa, 2001), de Orlando Figes. Cómo llegó Lenin a sus opiniones intuitivas se explica en los dos volúmenes de *Lenin* (Madrid: Siglo XXI, 2001), de Robert Service. Los historiadores rusos están bien representados por Oleg Airapetov, y sus *Poslednyaya Voyna Imperatorskoy Rosii* (Moscu, 2002) y *Generaly, Liberaly i Predprinimatelye* (Moscú, 2003), donde disecciona las divisiones en las altas esferas rusas antes de la Revolución.

Capítulo 6: *Brest-Litovsk: The Forgotten Peace* (Londres, 1938), de J. W. Wheeler Bennett, es el libro, pero *Deutsche Ostpolitik 1918* (Viena, 1918), de W. Baumgart, contiene un buen número de detalles de importancia sobre el Cáucaso, Ucrania, etc. De las ofensivas de Ludendorff se ocupan Martin Middlebrook en *The Kaiser's Battle* (Londres, 1978) y Tim Travers en *How the War was Won* (Londres, 1992); acerca del derrumbe de la economía de guerra alemana, véase G. D. Feldman, *Army, Industry and Labour in Germany 1914-1918* (Princeton, 1966). *Woodrow Wilson, Revolutionary Germany and Peacemaking 1918-1919* (Londres, 1985), de Klaus Schwabe, pone fin a la guerra. *La Chute de l'Empire austro-hongrois* (París, 1991), de Bernard Michel, narra con todo detalle la desintegración de Centroeuropa.

Capítulo 7: véase Stanford J. Shaw, *From Empire to Republic: The Turkish War of National Liberation 1918-1923* (5 vols., Türk Tarih Kurumu, 2000) y Michael

Llewellyn-Smith, *Ironian Vision* (Michigan, 1999), que ofrecen una visión realmente ecuánime de los conflictos entre griegos y turcos. *París 1919: seis meses que cambiaron el mundo* (Barcelona: Tusquets, 2005), de Margaret MacMillan, es un estudio magnífico del camino que condujo a la paz, y *J. M. Keynes: Esperanzas frustradas, 1883-1920* (Madrid: Alianza, 1986), de Robert Skidelsky, es una obra brillante sobre el ambiente intelectual y moral de aquella generación. Acerca de Oriente Medio, *A Peace to End All Peace* (Londres, 2005), de David Fromkin, ha sido, y con razón, un *best seller*, pero hay dos libros más antiguos que obligan a la reflexión: *A History of Zionism* (Nueva York, 2003), de Walter Laqueur, y *England, and the Middle East: The Destruction of the Ottoman Empire*, de Elie Kedourie. Acerca del resultado final en Alemania, véase *Germany Tried Democracy* (reimpr. Nueva York, 1965), de Samuel Halperin, el relato de un periodista muy bien informado, aunque conviene leerlo junto con *Weimar 1918-1933* (Múnich, 1999), de H. A. Winkler. Sobre la catástrofe del período de entreguerras, las cien primeras páginas de *Origins of the Second World War* (Londres, 1963, con «cautela»), de A. J. P. Taylor, recogen el abismo que separaba las aspiraciones de la realidad. A la misma conclusión llega, aunque de un modo mucho más ameno, *The Thirties* (escrito en 1939), de Malcolm Muggeridge.

Por último, algunas obras de ficción. La generación de 1914 destacó por su formación, y escribió más y mejor que la de 1939. Si hubiera de encabezar mi lista con algunas novelas, éstas serían *Viaje al fin de la noche*, de Louis-Ferdinand Céline, *The General*, de Sebastian Faulks, *Birdsong* y, más recientemente, *Pájaro sin alas*, de Louis de Bernières. No hay mejor manera de elogiarlas que decir que no las leí de un tirón.



Soldados alemanes despidiéndose de sus familiares.



Infantería rusa en 1914.



Paul von Hindenburg, comandante en jefe del VIII ejército alemán desde el 21 de agosto de 1914, y su jefe de Estado Mayor, Erich Ludendorff, observan el desarrollo de la batalla en los alrededores de Allenstein.



Ante la falta de medios de transporte militares, el ejército francés se vio obligado al inicio de la guerra a utilizar vehículos civiles para desplazar a sus tropas.



Camilleros franceses trasladan a un herido en el campo de batalla.



Cuatro soldados franceses ante unas improvisadas tumbas rinden tributo a sus compañeros fallecidos en el campo de batalla.



La dureza de la vida en las trincheras: soldados británicos duermen en unos rudimentarios refugios cavados en la tierra y reforzados con sacos terreros.



Tropas alemanas en sus trincheras en el frente belga. Los alemanes fueron los primeros en introducir el hormigón y en cavar refugios seguros, alumbrados incluso con electricidad.



Una patrulla alemana se prepara para el combate en las dunas de Ostende.



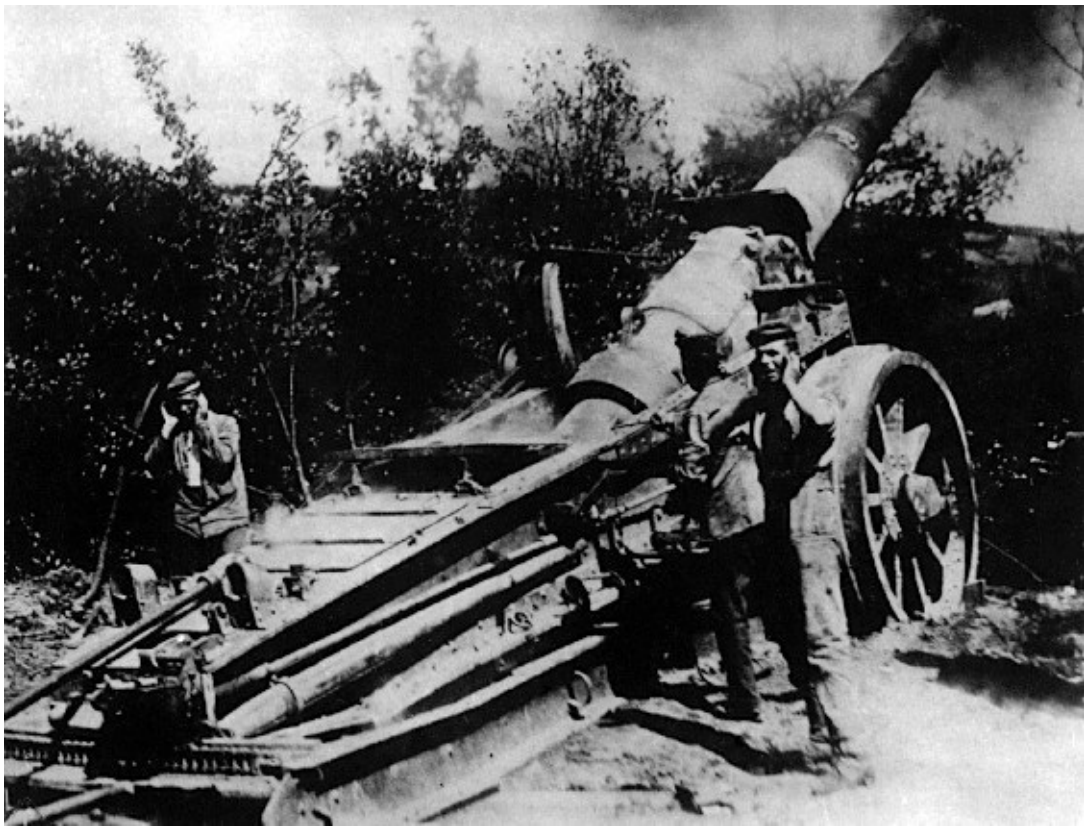
El káiser, defensor de la alianza turcoalemana, se pasea en un coche descubierto en compañía de Enver Pasha.



Húsares alemanes cruzan el río Drina en agosto de 1915.



Ofensiva británica en Neuve-Chapelle el 10 de marzo de 1915.



Un cañón alemán en plena acción de castigo al enemigo.



Prisioneros británicos toman su rancho en un campo alemán.



Los gases fueron un arma mortífera en esta guerra. En la fotografía, un enfermero alemán posa con su máscara antigás.



El 28 de junio de 1914 el archiduque Francisco Fernando y su esposa son asesinados en Sarajevo. La ilustración del *Petit Journal* del 12 de julio recrea el momento.



Caricatura propagandística alemana que muestra al águila imperial germana amenazada por sus vecinos europeos.



Esta ilustración, titulada *La partida de ajedrez*, muestra al káiser Guillermo y al comandante en jefe del Ejército francés, Joffre, enfrascados en un duelo estratégico.



El ministro de la Guerra, lord Kitchener, llama a los británicos a alistarse en un célebre cartel de *sir Alfred Leete*.



Cartel británico que insta a los civiles a consumir pescado y dejar la carne para los soldados británicos y aliados.



Soldados franceses en una trinchera.



Cartel antialemán que representa al káiser Guillermo II y el emperador Francisco José contemplando el naufragio del *Lusitania*, torpedeado por un submarino alemán el 7 de mayo de 1915.



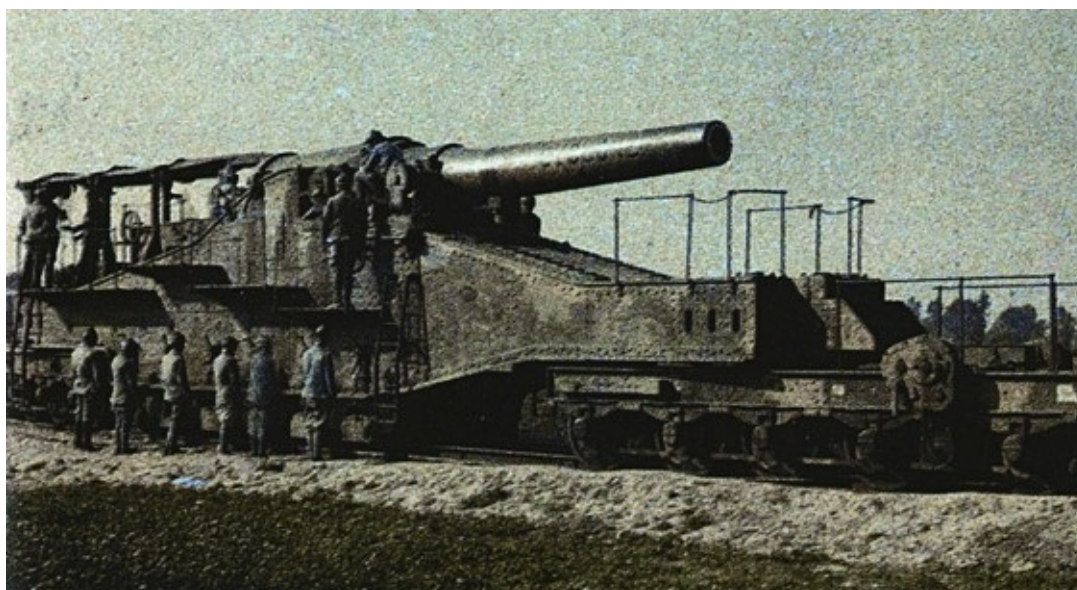
Soldados franceses manejando una ametralladora.



Cartel del holandés Louis Raemaekers en el que denuncia las atrocidades cometidas por los alemanes en Bélgica.



Soldados franceses en Verdún en 1916.



El cañón pesado «Ciclón», de 320 mm, transportado por vía férrea.



Mapa del Somme sobre el Adrien Barrere con dibujos de soldados franceses y viñetas de la batalla.



Soldados alemanes en un momento de descanso.



Cartel alemán que representa el heroísmo de sus soldados, encarnación de Hércules luchando contra la hidra aliada.



Cartel de reclutamiento estadounidense de 1917 que hace referencia explícita a las «atrocidades alemanas»: «Los hunos están matando a mujeres y niños», se lee en el periódico que este joven americano, indignado, ha tirado al suelo.



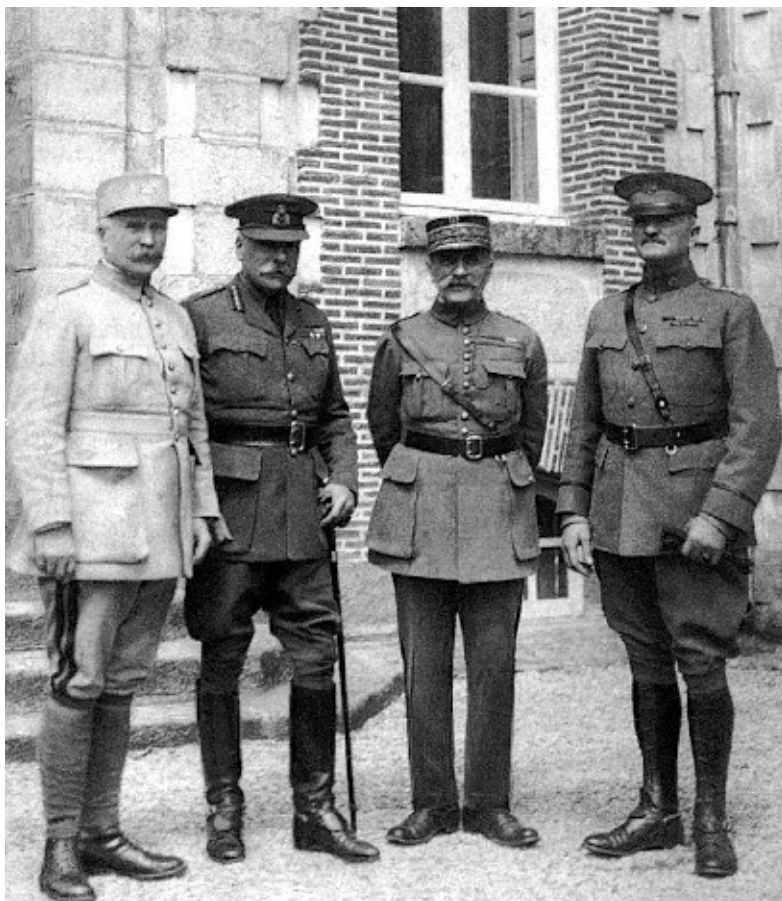
Cartel de propaganda alemana que avisa del bombardeo masivo de las zonas industriales por parte de los ingleses y cita un sindicalista británico: «Tenemos que bombardear la región industrial del Ruhr con cientos de aviones, día tras día, hasta que el castigo haya hecho su efecto».



Cartel francés de *Armas al hombro* de Charlie Chaplin, visión burlesca de la guerra.



Mando supremo alemán en Spa (Bélgica), en junio de 1918. El káiser Guillermo II flanqueado por Hindenburg a la izquierda y por Ludendorff a la derecha.



El mando supremo aliado. De izquierda a derecha: Pétain, Haig, Foch y Pershing.



La III Escuadra de la flota alemana fotografiada en alta mar desde la cubierta del buque insignia, *Federico el Grande*.



Entierro de algunas de las víctimas del naufragio del *Lusitania*, hundido por un submarino alemán el 7 de mayo de 1915.



Soldados británicos salen de las trincheras para iniciar el ataque en el Somme el 1 de julio de 1916.



Un cañón francés de 370 mm transportado por vía férrea.



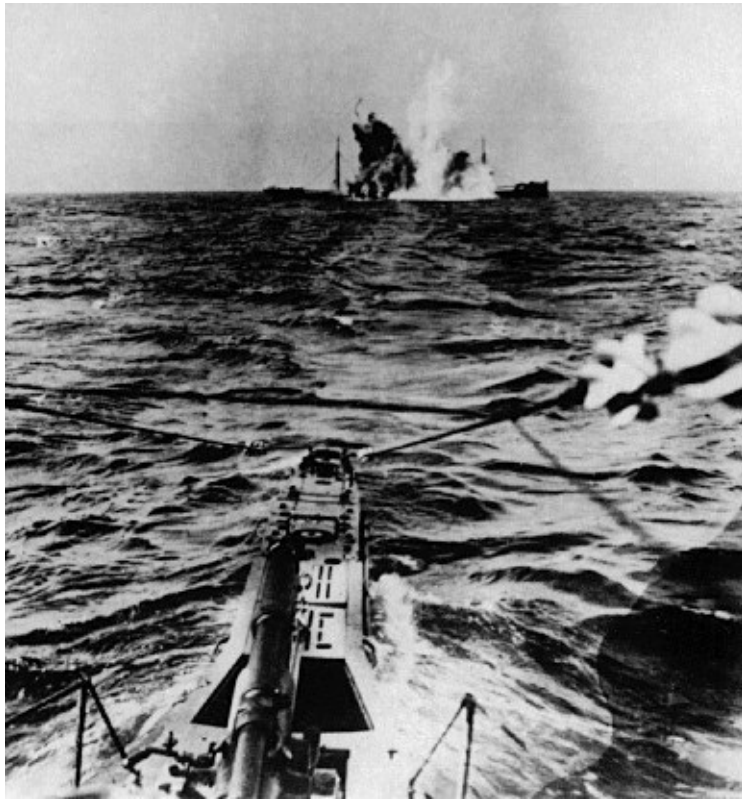
Falkenhayn, cuarto por la derecha, dirige el IX Ejército alemán durante la invasión de Rumanía en otoño de 1916.



Soldados franceses y alemanes heridos en el frente, algunos de ellos gaseados.



Interior de un submarino alemán.



Un submarino alemán torpedea un barco enemigo.



En abril de 1917, Estados Unidos entra en la guerra. Un tanque británico con la bandera norteamericana desfila ante el emblemático Flatiron en Nueva York.



Avión británico de bombardeo a punto de despegar.



Soldados británicos evacuan a un soldado herido cerca de Boezinge en agosto de 1917.



Tropas italianas suben un cañón por la ladera del Monte Santo, que bordea el altiplano de Bainsizza.



Oficiales aliados subidos en las mesas y en las sillas esperando asistir a la histórica firma en el Salón de los Espejos de Versalles.



Georges Clemenceau, Woodrow Wilson y Lloyd George abandonan el palacio de Versalles tras la firma, el 28 de junio de 1919, del tratado de paz entre Alemania y los Aliados.



Norman Stone (nacido el 8 de marzo de 1941 en Glasgow) es un académico, historiador y escritor escocés. Actualmente es profesor de Historia Europea en el Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad de Bilkent, habiendo sido profesor en la Universidad de Oxford, profesor de la Universidad de Cambridge y asesor de la primera ministra británica Margaret Thatcher. Es miembro de la junta del Centro de Estudios Eurasiáticos (AVIM).

Stone asistió al Glasgow Academy con una beca para los hijos de militares muertos, su padre había muerto en la Segunda Guerra Mundial y se graduó con honores de primera clase en Historia en la Universidad de Cambridge, Inglaterra (1959-1962).

Notas

[1] Heinz von Lichem, *Krieg in den Alpen 1915-1918*. Ausburgo: 1993, vol. 3, pp. 179 y ss. <<

[2] Uno de los motivos por los que los franceses tenían fondos era que se trataba prácticamente del único país europeo a la sazón cuya población apenas había aumentado entre 1870 y 1914, y todo aquél en edad de reproducirse se dedicaba al ahorro. <<

[3] Evidentemente, era cierto que el imperialismo enriquecía a los imperialistas y a sus adláteres profesionales, pero el coste de todo ello era descomunal, y el propio Weber lo sabía. La conferencia inaugural lo convirtió en un héroe nacional y llamó la atención de una mujer de una inteligencia extraordinaria, que lo introdujo en un mundo que le resultaba del todo desconocido. Durante buena parte de su vida sufrió continuas crisis nerviosas, y así fue como descubrió que los profesores-doctores no poseían el monopolio de la sabiduría. Creció. En 1914, prácticamente los mil personajes más importantes de la vida cultural alemana firmaron una «petición de los intelectuales» que rebatía los argumentos del discurso inaugural de Weber. Weber fue nombrado médico adjunto en el frente oriental. Véase Joachim Radkau, *Max Weber: Die Leidenschaft des Denkens*. Múnich: 2005, pp. 215-233 y pp. 548 y ss. <<

[4] Hitler incluso decidió instaurar un uniforme para los miembros del partido con camisas especiales inspirándose en Mussolini, que había optado por las negras. Se decantó por las pardas accidentalmente, cuando apareció en el mercado un lote de uniformes de camuflaje. Inicialmente, habían de servir para vestir al ejército alemán en el África Oriental, y fueron almacenadas en el sudeste de Turquía, donde las adquirió un empresario austriaco. <<

[5] La biografía de Riezler es la de uno más de los muchos actores secundarios centroeuropeos que pueblan la historia del siglo. Se casó con la hija del pintor Max Liebermann, director, hasta el ascenso de Hitler al poder, de la Academia Prusiana de Ciencias. Riezler era un filósofo reputado y un especialista en Parménides. Ingresó en el departamento de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, y fue nombrado secretario privado de Von Bethmann Hollweg, con quien pasó muchas horas. Cuando, en 1917, Von Bethmann Hollweg fue destituido, Reizler ingresó en el cuerpo diplomático y se encargó de los preparativos de la llegada de Lenin a Estocolmo. Con posterioridad, y después de algunos reajustes, se afilió al Partido Socialdemócrata, que gobernó en Alemania en los años veinte –ahí fue secretario privado del presidente socialdemócrata Ebert–, pero se escoró aún más hacia la izquierda y se convirtió en profesor de la neomarxista Escuela de Fráncfort. En 1933 se trasladó a Estados Unidos para trabajar en la Universidad de Chicago, donde

empleó sus influencias para derrotar al otro candidato a la cátedra: Karl Popper. A continuación, se exilió desde Austria a Nueva Zelanda. En 1945, Alfred Einstein escribió al presidente Truman para contarle que habían descubierto un arma terrible, la bomba atómica, que podría acabar con el mundo. El presidente Truman creó una comisión para juzgar si era ético lanzarla. ¿Quién estaba al frente de la misma? Kurt Reizler. (Votó a favor). <<

[6] En un nivel más mundano, aunque recogía el mismo grado de ilusión, el periodista praguense Egon Erwin Kisch rechazó la oferta que le hizo su madre de proporcionarle una muda de recambio cuando partía para el frente: ¿acaso su madre pensaba que se iba a una nueva guerra de los Treinta Años? <<

[7] El apellido es «Conrad», que es el nombre por el que se le conoce. «Von Hötendorff» es un añadido, un predicado que denota nobleza. <<

[8] El coronel Doughty-Wylie, del Estado Mayor, desembarcó armado únicamente con un bastón. Había sido cónsul militar (formó parte de un primer plan internacional para mantener la paz en el sudeste de Anatolia), había participado, con la Media Luna Roja, en las guerras balcánicas, al lado de los otomanos, y había sido condecorado. Dijo que no tenía intención de matar a un solo turco, cayó y se le concedió póstumamente la Cruz de Victoria. <<

[9] Guy Pedroncini, *Les mutineries de 1917*. París, 1967. <<

[10] Lenin había contado con un intermediario fabuloso, Helfand, un antiguo revolucionario (cuyo nombre en clave era «Parvus») que se había enriquecido gracias a los Jóvenes Turcos y que había asumido el control del monopolio otomano del tabaco (vivía en la casa, situada en una isla en el mar de Mármara, donde Trotsky, el principal lugarteniente de Lenin, se tuvo que exiliar en 1929 por orden de Stalin). Contuvo a los alemanes, que querían sembrar el caos en Rusia, y se las compuso para que Lenin y sus seguidores viajaran hasta Estocolmo (donde su contacto era Kurt Riezler) pasando por Alemania, en el primer tren de no fumadores de la historia, pues Lenin era también un enemigo acérrimo del tabaco. Posteriormente, el 16 de abril, se produjo la llegada a la estación Finlandia de Petrogrado, después de una semana de viaje, donde fue recibido con una gran ceremonia. <<

[11] Dio nombre a la batalla, aunque la denominación no sea del todo precisa. Existe un excelente museo esloveno en la ciudad, hoy llamada Kobarid (y cuyo nombre alemán es Karfreit). <<

[12] De hecho, Hemingway no llegó a Italia hasta 1918. <<

[13] W. Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*. Viena, 1918, pp. 174 y ss., notas sobre la importancia del petróleo. <<

[14] R. Atkinson, *Trafalgar*. Londres, 2004, pp. 40 y ss., una reflexión

extraordinariamente erudita sobre la medicina en aquella época. <<

[15] En 1923, encabezó un intento de golpe de Estado en Múnich, junto con Hitler. Aquel episodio sirvió para dar un halo de respetabilidad a este último. Sin embargo, en los años treinta Ludendorff fue el único opositor público al III Reich (lo consideraba inadecuadamente anticatólico), hasta que alguien se dio cuenta del contenido de sus escritos. En 1938 recibió un funeral de Estado durante el que los dolientes lucieron unos cascos extraños y profirieron un curioso lamento. <<

[16] Una cláusula del tratado (nunca ratificada) estipulaba la prohibición de vender postales pornográficas (Murat Bardakci, *Sahbaba*. Estambul: 1998, p. 163). <<

[17] John Grigg, *Lloyd George: War Leader*. Londres, 2001, es un libro de lectura fácil y benévolo para con el personaje, y, por desgracia, el autor no vivió lo suficiente para concluir la historia: la explicación de los planes de Lloyd George para después de la victoria. <<